

Clara Voghan

Renata

edición digital



Reading & relax, II

© Clara Voghan, 2005

Todos los derechos reservados.

Exp. 418716

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

I

¿CUANTOS KILOS DEBO BAJAR PARA CONSEGUIR ALGO DE DIGNIDAD?

Una voz melodiosa y grave resonó en el auricular.

—R.H. personal temporario, buenos días. Mi nombre es Renata, ¿en qué puedo ayudarlo?—

Del otro lado la frase quedó inconclusa.

—Neces.....—

Un “bip” agudo se adueñó de la línea, y luego un profundo silencio.

Renata suspiró... En eso se había convertido su vida últimamente: un continuo esperar y atender llamadas que nunca la tenían por destinataria. A ella sólo le tocaban el silencio y la soledad.

Una vez más paseó su mirada por la oficina, como solía hacer entre llamada y llamada. Ahí estaba Susana, muy cerca de algún hombre (¡como siempre!), sonriéndole o rozándolo con

sus cincuenta kilos de maléfica sensualidad. Le gustaba seducir. Y ahora que Renata lo pensaba, ese era el único trabajo que le había visto hacer allí: agradar a los hombres. Era la encargada de dar las malas nuevas, o de cobrar las cuentas, y siempre conseguía que los clientes se fueran con una sonrisa. ¡Y no sólo ellos!. Nacho, Hugo y hasta el mismo Alberto se derretían con su cercanía. Y en cuanto a R.H..... Corrían muchas historias sobre jefe y secretaria. Pero una sola cosa era cierta: él era el único al que le permitía llamarla con un cariñoso “Susy”... En cuanto a ella, Renata, la bella Susana parecía haberla odiado desde el mismo día en que había llegado a la oficina, tres meses atrás. Era como si sus ochenta kilos, o su andar pesado, la ofendieran al extremo. Quizás por eso siempre le dedicaba una mirada burlona, palabras hirientes....., o aquellas continuas risitas a sus espaldas. Siendo las únicas dos mujeres en la oficina eran como dos polos opuestos. Susana, rodeada de hombres y de luz, Renata, encerrada en su pequeño cubículo de telefonista, inmersa en la soledad.

Volvió a sonar el “ring” persistente de la línea dos. Seguro era el que no podía comunicarse, así que Renata no se esmeró demasiado en la atención

—R.H. personal temporario—

Nuevamente aquella voz varonil quedó trunca.

—Quisie....—

Había estado llamando toda la semana, siempre a las tres de la tarde, como si fuera un fatídico reloj. Y como si fuera el trino de un cucú al sonar las campanadas, la voz chillona de Susana rompió el silencio.

—Gorda, ¿otra vez te han colgado?... ¡Hasta por teléfono asustas!—

Todos rieron por la ocurrencia. Todos menos Renata, que, como siempre, tuvo que tragar su dolor. Bajó la mirada como si estuviera en falta, y esperó pacientemente a que los demás volvieran a sus tareas para poder retomar sus sueños... ¡Si ella pesara diez kilos menos!...

Si ella pesara diez kilos menos seguiría siendo gorda y la burla de la oficina. No. Lo suyo era imposible. Tenía que adelgazar por lo menos veinte... , y conseguir dinero para comprar ropa, y hacer algo para arreglar su pelo, y cambiar el tono oscuro de su piel, y...

Suspiró. Lo suyo era imposible.

Ensimismada en sus pensamientos, comenzó a engullir unas galletitas con discreción, sin sacar el paquete fuera del cajón de su escritorio. Ese era su método para poder comer en la oficina sin ser vista. Por eso el viejo mueble estaba atiborrado de migas, envoltorios, y pedazos olvidados de chocolate. Y es que le daba mucha vergüenza comer en público, pero tanta era la necesidad de algo dulce que la ayudara a compensar la amargura de su oscura vida, que recurría a su cajón varias veces durante la jornada.

Y allí estaba ella esa tarde. Tragando, como siempre. Y soñando.

Iba a llevarse una galletita entera a la boca, cuando frente a ella cruzó Alberto y le sonrió. ¡Pobre Alberto!. Tenía una ligera parálisis en su lado izquierdo que lo hacía renguear, y su ojo se bizqueaba cuando la luz le pegaba de frente. Pero a Renata le gustaba..., y le gustaba mucho. Quizás por su problema, parecía

ser el único sensible de la oficina. Y Renata estaba muy sola, y no tenía demasiado de donde elegir.

Inmersa en sus pensamientos, se llevó la galletita seca a la boca. Un pedazo demasiado grande que se atascó en su garganta en el mismo momento en que comenzó a parpadear la línea dos.

Se puso de pie y dejó el teléfono sonando. Seguramente era el que no podía comunicarse, así que, sin culpa alguna, y por primera vez desde que trabajara allí, se dirigió a la salita de atrás, adonde estaba la cafetera. Un lugar de reunión obligado para todos los demás, pero vedado para ella, que nunca había sido invitada. En circunstancias normales no se hubiera atrevido a ir, pero con la galleta atrancada en su garganta, aquella era una verdadera emergencia.

A medida que se aproximaba comenzó a escuchar la voz chillona de Susana:

—Esa gorda pedorra.....—.

Hablaban de ella.

—Y a ti te está echando los galgos... ¡Vamos!.... ¡Confiesa!.....—

No. No estaban hablando de ella. Ella no le estaba “echando los galgos” a nadie en la....

Sus pensamientos se interrumpieron por la voz cascada de Alberto.

—S..s..si, la muy est... est... estúpida siempre me sonrío cuando p..paso—

—No puedes caer tan bajo, Albertito— le advirtió Susana.

—¿Tan bajo? ¡Tan gordo y bajo!— agregó Hugo, y todos comenzaron a reír.

A pesar suyo, los ojos de Renata se llenaron de lágrimas. Sintió unas irrefrenables ganas de correr hacia la seguridad de su cubículo, pero sus piernas parecían clavadas al piso.

El teléfono volvió a sonar.

—¡Gorda!... ¡Atiende!— gritó Alberto, sin darse cuenta de que “la gorda” estaba a unos pocos pasos de allí. Al escucharlo, los demás rieron encantados, como si hubiera dicho un chiste.

Con mucho esfuerzo, y temiendo ser descubierta, Renata logró sobreponerse y llegar a su sitio, pero ni hizo el intento de contestar. Sólo levantó el tubo y lo dejó caer con resentimiento.

Poco a poco, satisfechos y divertidos, sus compañeros comenzaron a reubicarse en sus asientos, sosteniendo todavía sus cafés.

—¿Quién era, Renata? – R.H. asomó por su despacho.

—Un admirador secreto de Renata, que llama siempre a esta hora, y corta— dijo con sorna Susana.

Renata la miró con ojos centelleantes, todavía rojos por las lágrimas, pero no contestó. Su jefe sonrió y volvió hacia su reino secreto, un lugar adonde sólo “Susy” entraba con confianza.

Volvió a sonar la línea dos.

—R.H. personal temporario, buenos días. Mi nombre es Renata, ¿en qué puedo ayudarlo?—

—Quisier....—

Nuevamente se cortó la comunicación. Pero esta vez Renata no colgó. Miró a Susana, a Alberto, que le sonreía con superioridad, y, tragando con furia los últimos restos de la galletita atrancada junto con un odio contenido, comenzó a hablar con el silencio del teléfono.

Hablaba en voz baja, íntima, pero modulando cada palabra de forma de ser escuchada por todos.

—Te he dicho que no llamas... Estoy trabajando.... No, hoy no puedo.... Si. Es definitivo—

Renata colgó el teléfono con furia. Todos la observaron con una mezcla de sorpresa y curiosidad, pero la única que se atrevió a hablar fue Susana.

—¿Quién era, gorda? —

Renata fue escueta al contestar.

—Una llamada personal—

Hugo se sorprendió:—¿Personal?.... ¿Acaso alguien te llama?—

—¡Pa...pa... para venderle una dieta, seguramente!.... ¡P..por eso se enojó tanto!—

Todos rieron por la ocurrencia de Alberto, pero bastó que Renata clavara en él su mirada para que el muchacho agachara la cabeza, avergonzado....

Ese fue el principio de la historia de amor de Renata.

Una historia falsa, pero que escribía un nuevo capítulo cada día, a las tres de la tarde, por la línea dos. Renata atendía a veces con voz susurrante, y otras con cierto desprecio. Sus

conversaciones con el silencio eran largas, y esperadas por sus compañeros, que las seguían con interés.

Aquel amor mentiroso estaba sirviendo para comprarle un poco de dignidad. Esa dignidad que le había sido esquiva mientras se había comportado dignamente, y que ahora, en medio de una mentira, le sonreía con desparpajo.

—¿Y cómo se llama tu admirador?—

La pregunta de Susana la tomó desprevenida. Pero no podía darse el lujo de tardar en reaccionar, o los demás se darían cuenta de su impostura, así que bajó la mirada y observó la larga lista de clientes. Guillermo Pardo era el primero.

—Guillermo—contestó sin dudar. —Pero no es mi admirador... Es mi novio—

Si había que mentir, era bueno hacerlo a lo grande.

—¿Y es así..., gordito como tu?—

Renata miró a Susana con furia.

—¿Desde cuando eres mi amiga..., “Susy”, como para que te haga confidencias?—

Acentuó el “Susy”, que sabía que tanto le disgustaba a la otra, cuando no provenía de la boca de R.H..

Los demás rieron por el atrevimiento de la gorda. Susana la miró con enojo y se fue a sentar sin añadir palabra.

Por primera vez desde que estaba allí, Renata disfrutó de algo parecido a una victoria. Y entonces no pudo resistir la tentación de continuar. Esperó a que Susana estuviera tras su escritorio para añadir: —Mi novio es alto, atlético y buen

mozo.... Y es que no vas a creer esto, “Susy”, pero además de gorda, soy una persona... Y muy interesante—

Por dos días enteros Renata reinó en la oficina. Pero fue quizás porque Susana había sido tomada por sorpresa, o por que estaba “en esos días”, vaya uno a saber. Pero al tercer día, como Lázaro, Susana resucitó.

—¿Cuánto le pagas a tu amiguito para que te llame, gorda?—

—¿Por qué no le dices que lo queremos conocer?—

—¿Alto y atlético? ¿No será también ciego?—

Esos eran los detonantes para que los demás siguieran con sus bromas. Y ya no eran por la espalda. Ahora eran de frente.

La vida de Renata comenzó a volverse un calvario. Cada día rezaba para que el tipo de la línea dos no llamara, o que al menos no fuera tan puntual, ¡pero nada!. Infaltable, la luz roja comenzaba a parpadear, y Renata ya no sabía más que hacer o inventar. Incluso un día Susana le arrancó el teléfono de las manos.

—Es el tono, gorda... Hablas todos los días con el tono, estúpida....—

Pero Renata ya llevaba demasiado tiempo mintiendo como para acobardarse, así que rápidamente le replicó: —Acababa de cortar, idiota. Si quieres hablar con un hombre llama a tu propio novio, y no al mío....—.

Como la respuesta de la gorda fue totalmente sorpresiva, Susana se quedó muda. Entonces su contrincante se

envalentonó, y usando un tono de fingida lástima, agregó: — ¡Ay!... Si me olvidaba Tú no tienes novio, ¿no, “Susy”?—

—La suerte de la fea, la linda la desea... ¿no, Susana?— se mofó Hugo.

Por un momento las burlas se desplazaron hacia la otra.

Pero esa breve victoria de Renata no la complacía. No quería ser la mujer fea con suerte. Quería ser la hermosa, la deseada, la que nunca se acostaba sola...

La que tenía una vida.

Al día siguiente la conversación entre Renata y el silencio fue larga, y muy íntima. Ante los oídos atentos de los demás, la muchacha puso su voz más hermosa y profunda para tener una charla franca con su novio imaginario.

—No, Guillermo. No quiero que sigamos con esto. Comencé esta relación porque estaba muy sola, pero ya basta. Todo lo nuestro no es más que una farsa. Yo no te quiero. Busco un hombre real, no alguien como tu, que sabe escuchar, pero que no parece dispuesto a darse a conocer. Prefiero la soledad a la mentira de lo nuestro. Creo que te aprovechaste de mí, Guillermo. Que me tomaste de sorpresa y te aprovechaste. Es cierto, mi vida es rutinaria y cansadora... ¡Por supuesto quiero vivir un sueño! Pero uno que me tenga por protagonista junto al hombre que amo. Esto, en cambio, no ha sido más que una aventura. Una fantasía hermosa y excitante.... Pero con eso no me alcanza. Lo lamento...—

Era tal la emoción en la voz de Renata, la contracción dolorosa de su gesto, que ninguno de los presentes dudó de su

sinceridad. Y cuando cortó nadie dijo nada por el resto de la tarde.

Después de todo aquella gente también tenía alma...

¿O no?.

A partir de entonces, Renata se negó a atender la llamada de las tres de la tarde, y finalmente la lucecita roja de la línea dos dejó de relampaguear. Durante los dos días subsiguientes hubo una calma tensa en la oficina. Pero pasada la primera impresión, las charlas y las risas a espaldas de Renata se reiniciaron con la misma intensidad que antes.

Para Renata todo volvió a la normalidad. Pero para Susana, las cosas parecieron cambiar radicalmente. Una mañana no sólo llegó con cara de haber estado llorando, sino que al asomar R.H. por su oficina, la llamó simplemente “Susana”. Y aquel nombre, en vez del “Susy” cariñoso e íntimo a que la tenía acostumbrada, les sonó a todos los que lo escucharon como una verdadera cachetada.

Pero ella no era alguien capaz de dejarse maltratar en público. Tenía que cobrar venganza.

¿Y con quién puede vengarse una mujer cuando un hombre la lastima? ¡Con otra mujer, por supuesto!. Y Renata era la única otra mujer de la oficina. Y era gorda. Y era fea. Y se había dado el lujo de plantar a su novio justo delante de todos. ¡Gorda Pedorra!.

Ese día Susana dio rienda suelta a toda su ira. Ya no era la “Susy” que reía a espaldas de Renata. Ahora era “Susana”, la que podía destrozarla con solo levantar el pulgar.

Y lo hizo.

Una y mil veces. Hasta dejar a la “gorda infame” rendida y llorando en su triste cubículo.

Finalmente el reloj marcó las seis de la tarde, y el fin de aquella fatídica jornada. Entonces Susana sonrió y se dio por satisfecha. Con placer observó a su oponente con la cara desencajada por el llanto. Esas lágrimas iban a dejarle en claro a los demás que de ella nadie se reía impunemente.

En silencio todos juntaron sus cosas para irse. A las seis y cinco en la oficina sólo quedaban Nacho y Renata. La pobre muchacha todavía estaba sumergida en medio de una catarata imparable de llanto.

—No le hagas caso, gorda. Está como loca por lo de R.H..... Pero no ha querido lastimarte...—

Renata miró a Nacho por entremedio de sus lágrimas. En los tres meses que había trabajado allí era la primera vez que él le dirigía la palabra.

Afortunadamente el otro no esperó respuesta. Por el contrario, caminó hacia la puerta de salida y mecánicamente apagó la luz de toda la oficina. Inmediatamente la volvió a encender.

—Perdóname— le dijo a Renata. —Es que R.H. se pone furioso si queda algo encendido cuando no hay nadie... —. Nacho la miró avergonzado. —Bueno, pero todavía estás tu...—

Conciente de la triste verdad que acababa de decir, e incapaz de enmendarla, aprovechó para irse, antes de enredarse más en sus palabras.

Ahora sí. Renata estaba sola en esa oficina desierta. El teléfono sonó brevemente pero ella lo desconectó. Miró a su alrededor, se puso de pie, se dirigió, todavía llorando, al escritorio de Susana, y se sentó allí.

Era increíble como todo se veía distinto desde ese lugar. Hasta la luz parecía más brillante. Por un mágico momento pudo sentirse flaca y hermosa. Entre lágrimas sonrió con el orgullo de la que se siente admirada y no se esconde....

Y entonces apareció la señora de la limpieza y se rompió el encanto. Renata era nuevamente la gorda, y además una gorda usurpadora de escritorios ajenos.

—¿Va a quedarse mucho más, muchacha?—

Renata miró a la mujer, avergonzada, como si pudiera leer sus sueños, y se apuró a levantarse. Pero, para su desgracia, su ropa enganchó el cajón del escritorio, que se abrió accidentalmente. ¡Ahora sí la profanación era completa!. ¡El cajón de Susana!...

No pudo evitar mirar adentro, pero al hacerlo vió algo que la sorprendió: un paquete de galletitas abierto, en medio de un mar de migas, no muy distintas a las del suyo. Sin entender, se apuró a cerrar el cajón. Torpemente se inclinó para alcanzar su cartera y se enganchó con la pata del escritorio, tumbándolo ante la mirada atónita de la señora de la limpieza. Sin esperar ayuda lo puso en su lugar, tomo sus cosas, y se escapó corriendo de allí.

En el camino a casa, no pudo parar de llorar. Incluso cuando se acercó a la dulcería casi le fue imposible hablar por la congoja, así que se limitó a comprar tres veces más chocolates de los que llevaba regularmente.

—Parece que hoy tienes invitados, ¿no?— le dijo el tendero, en medio de una sonrisa complaciente. Renata no le contestó y se limitó a pagar. Ya la reconocían. Tendría que buscar otro negocio más alejado. Le daba mucha vergüenza su pequeño vicio, y prefería mantener el anonimato, así que cuando alguien comenzaba a hablarle con confianza, ella simplemente cambiaba de proveedor.

Llegó a su casa. Las cosas estaban igual de desarregladas y sucias que cuando se había ido. Ningún hada madrina había concurrido allí en su ausencia. Desde que su madre había muerto, casi un año atrás, aquello era un chiquero.

Se echó en la cama y comenzó a desembolsar los chocolates, ubicándolos a su alrededor, todos a la vista y a su alcance. Destapó la gaseosa, (light, por supuesto), prendió el televisor, y se dispuso a pasar otra noche en su pequeño paraíso inmundo.

Pero cuando en la pantalla unos dulces cachorritos comenzaron a jugar, envueltos en papel higiénico, sus ojos simplemente se llenaron de lágrimas, y ya no pudo dejar de llorar hasta la mañana siguiente, cuando el despertador comenzó a sonar, para avisarle que otra vez era la hora de ir al infierno.

—R.H., personal temp... Si, le comunico—

Renata apretó un botón y volvió a meterse en sus propios sueños. Después de tanto llanto debía tener una cara horrible (más horrible que de costumbre), pero, afortunadamente, nadie la miraba, así que pasó desapercibida. ¡En cambio Susana!... Su

cara daba miedo, y todo el maquillaje que se había puesto para disimularlo sólo había empeorado las cosas...

Después de todo, no era tan ventajoso estar en un escritorio con tanta luz y justo delante de la puerta de entrada.

—¿Qué te ha pasado, Susana?— pregunto Hugo.

—Estoy resfriada. No pegué un ojo en toda la noche—

Pero a Renata no la engañaban: ¡eso era llanto!. Ella era una experta en la materia.

A pesar de tanto dolor, el día siguió su curso. El teléfono sonaba, incesante (se aproximaba la primavera y muchas empresas solicitaban personal temporario para las ventas que el buen clima propiciaba). Los clientes entraban uno tras otro. Un día como todos...

Pero un día que iba a ser recordado por todos.

Ocurrió a las tres de la tarde. La puerta de la oficina se abrió con lentitud. Mecánicamente, todos miraron hacia ella, y se asombraron al ver un mandadero con un inmenso ramo de veinticuatro rosas amarillas entre sus brazos.

La cara de Susana se iluminó. Se puso de pie y tomó las flores con alegría, buscando la tarjeta, justo en el mismo instante en que R.H. asomaba por su oficina. Susana (¿Susy?) lo miró arrobada, mientras sostenía las flores como si se las fueran a sacar. R.H., en cambio, le devolvió una mirada distante.

—¿Y eso?— le preguntó.

Y antes de que Susana pudiera responderle, aquel hombre inmenso se acercó hasta ella y miró la pequeña tarjeta blanca con cara de pocos amigos. Y entonces sonrió.

—Son para Renata— dijo.

Todos miraron, confundidos, hacia el escritorio de la pobre gorda. Todos, incluso ella misma, que tardó en entender. Pero cuando lo hizo, primero se puso blanca y luego colorada.

—¿Es una broma, no?...— chilló.

Su reacción enfurecida sorprendió a sus compañeros, que la creían incapaz de tal sentimiento.

—Es una broma de ustedes, ¿no?—

Luego los miró a todos, uno por uno, con ojos centelleantes. Y se detuvo en Susana. Ella era la única capaz de gastar tanto dinero para humillarla.... Pero aquella mujer hermosa parecía devastada.

—Será tu novio, Renata.... Aquel que plantaste por teléfono— dijo Hugo, buscando explicación al misterio.

—Lee la ta...ta...tarjeta— sugirió Alberto.

Pero fue R.H. el que comenzó a leerla en voz alta.

—“Renata. No me digas que no. Guillermo”—

R.H. miró a su empleada sorprendido: —¿Quién es Guillermo, Renata? —

La pobre muchacha comenzó a buscar una mentira salvadora, cuando la puerta de la oficina se abrió, y la cara de uno de los clientes habituales asomó por ella.

Renata agradeció al Señor tan oportuna visita. No sabía su nombre, pero podía recordar el haberlo visto innumerables veces. Era alguien difícil de olvidar. Era altísimo (bueno, quizás en comparación con el metro cincuenta y nueve y medio de

ella), era rubio, tenía unos increíbles ojos color caramelo.... Y era su salvador. Su presencia elegante pareció distraer la atención de todos. Por un momento las cosas volvieron a la normalidad, excepto por Susana que seguía de pie, sosteniendo el ramo. R.H., en cambio, corrió a recibir al recién llegado.

—Ven, pasa a mi despacho— le dijo R.H. con familiaridad.

—No, esta vez no vengo por trabajo—

—¿No?— le preguntó el otro confundido.

Y entonces ocurrió lo increíble.

Aquel hombre espectacular se dio vuelta, sonrió, y mirando a los ojos de Renata, dijo:

—Vengo por ella—

Si hubiera pensado que algo de aquello era posible más allá de sus sueños, Renata se hubiera desmayado. En cambio se limitó a mirar a su alrededor, como si el desconocido le estuviera hablando a alguien más. Pero no había nadie más.... Ese bombón, ese caramelo, le hablaba a ella. A Renata.

Agachó la cabeza avergonzada. Era como si estuviera soñando en voz alta, y todos pudieran ver sus más secretas fantasías.

—¡Vamos, Renata. No me puedes decir que no!— le oyó rogar.

Y repentinamente sus ojos volvieron a chocar con los de él, que se había puesto de rodillas frente a ella, para suplicarle.

—¿Vienes?— insistió.

Renata, confundida, miró la cara de asombro de todos, y los ojos enfurecidos de Susana, y asintió, sin saber a que.

El hombre se puso de pie y le sonrió.

—¿Me la prestas por el resto del día, R.H.?—

—Claro, Guillermo—contestó el otro, extrañado.

Y entonces Guillermo Pardo rescató las rosas de manos de Susana, que en principio se resistía un poco a soltarlas, y se las entregó a Renata. La tomó de la mano y la condujo hacia la salida, ante la mirada atónita de todos los demás.

II

¿CUANTOS KILOS DEBO BAJAR PARA SER ATRACTIVA?

Ahora ya estaba arrepentida. La noche anterior todo había sido tan... mágico, tan irreal, que Renata no había dudado en dejarse cautivar por las palabras de Guillermo Pardo. Pero ahora, a plena luz del día y en aquel automóvil extraño, nada parecía tan lógico o posible.

Su primera desilusión fue aquella misma mañana. Había esperado que fuera el mismo Guillermo el que viniera a buscarla. Pero no. Era un simple chofer el que la conduciría a aquel destino incierto.

“Fiesta Nacional de la Flor—Bienvenido a Escobar”

Leyó el cartel mecánicamente. Nunca antes había estado allí, aunque sabía que el pueblo de Escobar, distante a unos cuarenta kilómetros de la Capital, se vestía cada primavera de fiesta para mostrar el esplendor de las flores cultivadas en los cuantiosos viveros del lugar. Un lugar que albergaba también lujosas quintas de fin de semana, como aquella a la que estaba a punto de ingresar.

El auto detuvo su marcha frente a una casona imponente, rodeada de un césped prolijo. Más allá podía verse el campo y el río. El chofer abrió la puerta de Renata y ella no tuvo más remedio que salir hacia su nuevo destino: ese lugar espléndido

(tan distinto a la miseria de su propio piso), y en donde iba a pasar los próximos meses de su vida...

¿O no?

Las dudas volvieron a apoderarse de ella. ¿Y si su vida no pasaba de aquella noche? ¿Si la extraña propuesta de Guillermo Pardo ocultaba alguna otra cosa? ¿Si solamente estaba interesado en su cuerpo?... ¡Ridículo!. Nadie podía estar interesado en una ballena fea como ella, y mucho menos alguien como él... Aunque... Quizás no para hacerla su esclava sexual, pero si para usar sus órganos para un trasplante..., o su sangre... Quizás pertenecía a alguna secta ansiosa por sacrificar vírgenes... Y bastaba que Guillermo la mirara a la cara para que tuviera un certificado de su virginidad.

—¿Le pasa algo, señorita?—

La voz de aquella mujer la sorprendió en medio de sus pensamientos más lúgubres. Ya casi podía verse a si misma descuartizada, chorreando sangre.

—¿Se siente bien?—

Renata asintió con la cabeza y se dejó conducir por la imponente recepción de la casona hasta una pequeña salita llena de fotos, algunas de tamaño natural, de una mujer hermosa, posando como modelo. Algo en el cerebro de Renata la conectó con una parte olvidada de su infancia. Ella frente a un plato de una horrible sopa de garbanzos, y su madre atenta a un programa de televisión, en blanco y negro... ¿Cómo se llamaba? ¡El arte de la belleza!. Si, “El arte de la belleza, con nuestra modelo internacional, Nadia”. La voz del locutor todavía resonaba en su cabeza. Y aquella mirada de su madre. Una mirada de admiración, que pocas veces tenía.

¿Así que la tía de Guillermo Pardo era Nadia, la modelo internacional?. Renata comenzó a contemplar uno a uno los retratos de las paredes, con la misma reverencia con que tantos años atrás su madre lo hubiera hecho. Recorrió la habitación hasta que, sin notarlo, una de las fotos se corporizó en una mujer mayor, elegante y hermosa. La misma Nadia la estaba observando con curiosidad desde la puerta.

—Veo que has aceptado la proposición de Guillermo— dijo la mujer, complacida.

Renata bajó la cabeza, pero pudo darse cuenta de que aquella dama caminaba alrededor de ella, evaluándola.

—Perdón— susurró la muchacha avergonzada.

—¿Perdón?—

—Si.... Perdón por hacerle perder su tiempo... Seguramente su sobrino no le dijo que yo era tan... No me enoja si usted elige desistir.—

—¿Desistir? ¿Por qué iba a hacerlo? —

—Soy muy fea, y eso... eso no se puede cambiar—

La gran Nadia sonrió. Incluso su sonrisa era impresionante.

—Tienes razón Renata. La belleza no se puede fabricar. Se tiene o no se tiene.... No. No se trata de volverte hermosa. Se trata de hacerle creer a los demás que lo eres. De aprender a atraerlos, a seducirlos... Y la atracción, Renata, es simplemente una cuestión de apariencias... Te he de convertir en una mujer atractiva... Puedo hacerlo con facilidad—

Renata la escuchaba, asombrada. La señora no tenía aspecto de loca, no tenía un cuchillo en sus manos, no gritaba con

desesperación... Pero sin embargo lo que decía no tenía ningún sentido: ¿atractiva ella?... ¡Imposible!. Renata se sabía una verdadera ofensa al buen gusto.

Nadia pareció leerle sus pensamientos, y continuó hablando.

—Tú también sabes como atraer, Renata. A tu manera, pero lo haces. La primera vez que mi sobrino escuchó tu charla por el teléfono quedó impactado. Tu voz cálida y profunda, tu hablar dulce... No se. Algo de ti lo atrajo tanto como para seguir llamando, incansable, a las tres de la tarde. ¡Le fascinaban tus mentiras!—

Renata se puso colorada.

—¿Usted también sabe de eso?—

—¡Por supuesto!. Guillermo y yo somos muy unidos... Su madre, mi hermana, murió cuando él tenía apenas seis años.... Yo lo crié—

—Usted no entiende...— comenzó a disculparse la muchacha con desesperación. —Lo hice porque todos se burlaban de mí... Quería... Quería que me conocieran un poco para que me tomaran algo de cariño. Quería....—

—Querías atraer, y lo lograste. Llamaste la atención de Guillermo....—

El corazón de Renata se iluminó brevemente, hasta escuchar el final de la frase.

—... aunque no lo suficiente como para querer conquistarte. Pero eso es lógico. Él está muy enamorado de la estúpida novia que tiene—

Renata suspiró. ¡Claro! ¡Por supuesto que estaba de novio! Un tipo tan atractivo como él... ¿En qué había estado pensando? ¡Crear que esta dama que tenía delante iba a poder transformarla hasta tal punto como para que Guillermo Pardo se enamorara de ella! ¡Qué ridículo!...

Nuevamente Nadia pareció leer sus pensamientos.

—¿No habrás malentendido el interés de mi sobrino, no?—

—¡No!— respondió la muchacha, con una convicción tal que no dejó en su interlocutora ninguna duda de lo contrario.

—Ahora a lo nuestro, Renata.... El tiempo que tenemos es poco.... Necesito que te desnudes tanto como tu pudor te permita—

—Ya se. Ahora viene la parte de la balanza... Peso como mil kilos y...—

—¿Balanza?— se sorprendió la vieja modelo. —¿Por qué tendría yo aquí una balanza? Esto no es un consultorio médico, Renata... A la gente no le interesa cuanto pesas. Nadie lleva una balanza a la hora de juzgarte. Es más, te sorprenderías al saber el peso de muchas longilíneas atletas... El peso no es más que una fantasía estúpida que meten en la cabeza de la pobre gente. He tenido amigas fascinadas por alguna nueva dieta, proclamando a los cuatro vientos el brillante resultado obtenido, pero que no habían modificado en nada su apariencia... Y esto, Renata, como ya te he dicho, es sólo cuestión de apariencias... Desvístete ahora.—

Renata obedeció sin preguntar, aunque a medida que se iba quitando la ropa se iba sintiendo más y más avergonzada. Y no era por pudor. Era por esos rollos horribles que asomaban por

entre la ropa interior, inmensa y hecha jirones, que llevaba. Sus prendas íntimas habían ido creciendo al compás de su gordura, y tenía rotos y descosidos que ahora quedaban a la vista de aquella mujer elegante ¡Quería morir!.

—Ven por aquí, por favor...—

La mujer le abrió una puerta estrecha, oculta por una de las fotos de la pared, que cerró inmediatamente luego de que pasara por ella su discípula.

Para su sorpresa, Renata estaba ahora en un cuarto pequeño, rodeada de espejos que le devolvían su imagen de ballenato, torpemente cubierto por andrajos. ¡Era horrible!.

—Esto ya lo he visto. Es como en ese programa de la televisión en que....— comenzó a parlotear Renata, obviamente nerviosa.

—Shhhh.... Silencio. Observa sin hablar—

La voz de Nadia, salida de ningún sitio y de todos ellos a un tiempo, inundó el lugar.

Renata obedeció. Durante unos minutos hizo eso que se había negado sistemáticamente a hacer durante los últimos diez años de su existencia: contempló su propia imagen.

Observó su piel floja y macilenta. Las tres montañas que formaban sus pechos, su barriga, y su “sobrebarriga”. Su espalda, con la piel rebasando por sobre las tiras del sostén, la inmensa braga blanca, y los grumos de sus piernas.

Agachó la cabeza, avergonzada, negándose a seguir con aquel suplicio.

—¿Qué pasa, Renata?—

—Ya está, ya he visto todo— dijo, casi llorando.

—Entonces vas a contestar con facilidad a mi pregunta: ¿qué es lo más hermoso de tu cuerpo, Renata?—

Una angustia tensa subió por la garganta de la muchacha y se apoderó de su corazón.

—Nada— dijo con convencimiento.

—Entonces no has mirado bien—

Como en un acto de magia, la señora apareció de la nada y la obligó a levantar la cabeza.

—Quiero que busques lo hermoso que hay en ti, Renata. Yo veo muchas cosas que en verdad me agradan...—

La muchacha volvió a hacer el intento, pero al ver el reflejo de aquella belleza otoñal junto a su primavera fealdad, rápidamente desistió de aquella batalla que había perdido el mismo día de su nacimiento.

—Levanta la cabeza, Renata. Mírate. Pero mírate con afecto. Porque esta eres tu, Renata. ¿Y si tú misma no te quieres, quién más va a hacerlo?... Todos tenemos algo hermoso. Algo que vale la pena mostrar. Algo que nos enorgullece. Sobre eso vas a centrarte, Renata. Sobre lo que es hermoso en ti. Sobre lo que te gusta de ti misma—

—Nada— insistió la otra, compungida. —¡Todo es horrible!. Mi cara, mi trasero, mis pechos....—

—¡Basta!— se enojó la señora.

Su voz no fue elevada, pero su tono fue tan terminante que asustó a Renata.

—¡Estoy harta de que seas una víctima! ¡A nadie le interesan las víctimas!. Las víctimas simplemente se enumeran: una víctima, dos víctimas... Sólo a las heroínas se las nombra. Todos se interesan en ellas.... Si has venido a este mundo para dar lástima, te has equivocado. La gente se aburre pronto de las lloronas.... Abre los ojos, levanta la cabeza, y mírate. ¡Éste es el cuerpo que te tocó!. No importa que haya más hermosas. No es esa tu piel. Tu vida es esta. Y si tu misma no te respetas, no te sorprenda que los demás te desprecien. La fealdad que estás viendo en ti, es lo que les muestras, y lo que les impide ver quién eres en verdad....—

Renata comenzó a mirar con fascinación a su mentora a través del espejo, mientras ella continuaba hablando:

—¡Ahora vas a saber lo que veo yo!... Veo una piel sana, de un dorado hermoso, tan distinto del blanco desteñido de las rubias. Veo unos ojos grandes, ligeramente almendrados, con una mirada intensa. Veo unas manos perfectas y cuidadas, un busto firme y generoso, una cintura que se resiste a perderse. Unos labios sensuales que hacen juego con esa voz profunda y seductora que tienes. Un pelo sano, abundante y brillante, que sirve de hermoso marco a tus facciones suaves.... Todo eso veo yo. Y eso es lo que tienes que mostrar....—

Se produjo un silencio que Renata aprovechó para observarse, pero esta vez con una nueva mirada. Si... Sus ojos no eran feos... Su boca no estaba tan mal... ¿Sensual? ¡Nunca!... Quizás...

Quizás todavía podía rescatarse algo en ella.

—Vístete, por favor. Vamos a comprar ropa—

—Yo... yo.... No traje dinero, es decir....—

—¿Mi sobrino no te dijo? Mientras estés en mi casa, todo es a mi cargo—

—Pero..., pero... Me refiero a... Todavía estoy gorda. ¿No sería mejor comprarla cuando... cuando..., no se, haya bajado un poco de peso, o algo así?—

—Hoy, Renata... Hoy. Hoy mereces estar bien. Verte hermosa. Aprende a no esperar el futuro para ser feliz. Aprovecha lo que la vida te da hoy. Disfruta cada minuto, Renata, por que puede ser el último—

Por un momento ambas mujeres se miraron a los ojos, y Renata pudo ver en los de su benefactora la sombra de un dolor profundo que la sobrecogió. Pero como la muchacha no sabía lidiar con el dolor propio ni con el ajeno, se limitó a bajar la cabeza una vez más.

—El peor error de aquellos que engordan es no ir de compras, a la espera de tiempos mejores. Se sienten apretados, molestos, feos. Dejan de mirarse al espejo... Y entonces siguen engordando.... Cuando sientas que la ropa no te queda, Renata, no dudes en comprarte algo hermoso, ir a la peluquería, y comenzar una dieta. El sentirte linda te va a ayudar a bajar. Y si, a pesar de eso, no lo logras.... ¿quién te quita la felicidad de tener algo que te queda bien?.—

La extraña filosofía de la señora la hacía sonreír, pero aún así estaba dispuesta a seguirla a pie juntilla. Se vistió rápidamente y emprendieron el camino hacia el lujoso centro comercial del pueblo de Pilar, cercano a unos pocos kilómetros.

Aquella expedición de compras fue larga y tediosa. Pasó horas probándose sostenes y bragas adecuados a su descomunal tamaño. En circunstancias normales ella hubiera elegido los

primeros que le alcanzaran, sin probarse ni mirar. Pero en aquel negocio lujoso, tanto la solícita vendedora como la señora Nadia parecían complotadas para hacerle poner encima toda la mercadería disponible.

Para el fin de la jornada ya tenían tres conjuntos de ropa interior, todos ellos distintos y capaces de contener su inmensa humanidad a la perfección, tres conjuntos deportivos de la marca más cara en plaza, un camisón de seda que tapaba sus piernas y resaltaba su busto, que fascinaba a Renata, con la bata haciendo juego, algunos pantalones y blusas, y, lo más raro de todo, dos trajes de baño de competición... ¿Para qué los necesitaría, justo ella, que le tenía horror hasta al agua de una bañera?. La señora había insistido en la compra de todos y cada uno de esos artículos, y ella había obedecido ciegamente a todos sus reclamos. Después de todo, ese tour de compras era uno de los sueños de su vida... (claro que en esos sueños tenía treinta kilos menos, y era rubia y de ojos celestes).

Para cuando llegaron a la casona, Renata moría de hambre. Desde la mañana que no comía, pero había estado tan distraída y emocionada que no lo había notado hasta aquel momento, en que un agradable olor a salsa inundaba parte de la residencia. Involuntariamente suspiró, y siguió suspirando mientras (siguiendo precisas instrucciones) se arreglaba para la cena. Seguramente a ella iban a tocarle algunas verduras y, con suerte, algo de fruta.

Al llegar al lujoso salón que servía las veces de comedor, se sorprendió. En la mesa había un millón de cubiertos, copas de cristal transparentísimo, y, lo más importante, un platito para cada una, con dos pequeños panes. ¡Al menos iba a poder comer algo de pan!.

Se sentó en el sitio indicado, sin quitarle la vista de encima a sus dos pequeñas presas, y ni bien su protectora se puso a hablar, alabando las virtudes de comer con educación, Renata comenzó a llenarse la boca con ellos. ¡Panes! Quizás los últimos que iba a comer durante esos próximos meses. Quizás depositados allí por un descuido de la cocinera, no enterada aún de su estricta dieta....

—Espero que te guste la comida, Renata— dijo la señora Nadia, mientras levantaba la tapa de la lujosa fuente de plata que encerraba.... ¡Ravioles!. Una deliciosa pasta rellena, como la que hacía su madre los domingos.

La cara de Renata debió ser de tal sorpresa que la vieja dama se preocupó.

—¿No te gustan, querida?—

—¡Siiii! Me encantan.... Es que creí....—

—¿Creíste...?—

—Que iba a estar a dieta—

—¿Dieta? ¿Por qué pensaste eso, Renata?—

La muchacha la miró sorprendida. Era tan evidente la respuesta que no supo que contestar.

—¿Acaso estás enferma? ¿Necesitas una dieta?—

—¡Estoy gorda!—

—¡Ah!... Por eso quieres hacer dieta.... —

La dama la miró sobradamente y luego continuó.

—Habrás hecho muchas dietas en tu vida, ¿no?—

—¡Todas!—

—¡Y sin embargo sigues igual de gorda!... Entonces vamos a probar otro camino.—

Para su gusto y horror, le sirvió un buen plato de pasta humeante, que Renata comenzó a devorar con culpa.

—Veo que te gustan... ¿Qué es lo que estás comiendo, Renata?—

Renata la miró sorprendida. Tragó lo que tenía en la boca, para hablar educadamente, y, sonriendo, contestó:

—Ravioles—

—¡Muy bien!... ¿De qué están rellenos?—

—De...—

La pobre muchacha comenzó a mirar su plato, como si en él estuviera escrita la respuesta. Trató de recordar el sabor en su boca, pero había tragado tan rápido que no lo podía percibir.

—¿Verdura?— arriesgó.

—¡Muy bien!—

Renata suspiró aliviada.

—¿Qué tipo de verdura?— insistió la otra.

¡No lo sabía!. No tenía ni la más remota idea.

—Esta vez quiero que tomes una porción pequeña de tu plato, Renata. Quiero que la saborees. Que la disfrutes. Que percibas su olor. Que mastiques lentamente, dejándote inundar

por el placer... Y entonces, sólo entonces, me digas de qué verdura están hechos—

Renata la obedeció, pero necesitó más de tres mordiscos para adivinar que eran raviolos de espinaca con jamón. Cuando iba a llevarse a la boca el cuarto, la señora la interrumpió.

—¿Eso no está frío, Renata?—

—Un poco— dudó en contestar la muchacha, y en seguida se arrepintió. Para su horror la señora Nadia ordenó a la asistente que estaba parada a un lado de la mesa, retirar el plato. ¡Y ahí se fueron los deliciosos raviolos de espinaca con jamón, con una salsa que, ahora que era ya tarde, intuía de tomates y albahaca.... Sintió ganas de aferrarse al plato y gritar.

—Bueno, ahora que hemos comido, llegó la hora del postre. Un postre especial, para festejar tu llegada.... Vamos al centro de Pilar para comer un rico helado ¿Qué te parece?—

Rápidamente la hambrienta gordita se olvidó de la pasta. Amaba lo dulce, y su pasión secreta eran los helados.

Antes de partir, la señora la obligó a volver a peinarse y a dar una última mirada a su apariencia. Renata lo hizo sin mucho convencimiento, pero, mientras esperaba su postre en la heladería, se sorprendió al ver su propio reflejo en el cristal de la vidriera. ¡Ese sostén sí que le realzaba el busto! ¡Y hasta parecía un poco más flaca!...

Por un momento toda su postura cambió, volviéndose más elegante y digna. Pero bastó que le entregaran un pequeño cono para convertirse en la Renata de siempre, sucia, ansiosa e indolente.

La señora la observó devorar el primer sabor. Pero cuando llegó el segundo, la interrumpió.

—¿Está rico, querida?—

—No tan dulce como a mi me gusta—

Su respuesta había surgido desde el fondo de su alma, pero ni bien la oyó salir de su boca, se arrepintió.

—Entonces no lo comas, Renata—

Y diciendo esto, la dama tomó el resto del helado y lo tiró al elegante tacho de basura que había cerca. Su actitud la tomó por sorpresa, pero esta vez Renata estaba dispuesta a protestar.

—¡La comida no se tira!— sentenció, como tantas veces había escuchado hacerlo a su madre.

—La comida no debe desperdiciarse, Renata. Y que comas algo que no necesitas, y que tampoco te da placer, es desperdiciarla. Que uses tu cuerpo para tirar en él la comida no ayuda a paliar el hambre mundial.... Aprende a conectarte con tu propia necesidad, o con el placer. No hay otro motivo para comer—

—Tengo hambre— rebatió en voz muy baja.

—¿Hambre?... Hoy ya es tarde. No es bueno comer cuando se está por ir a la cama. Te impide disfrutar el sueño... Mañana, en cambio, te espera un delicioso desayuno.—

Defraudada, Renata intentó ponerse de pie, pero la señora la retuvo.

—¿Adónde vas?—

—Ya acabé con el helado—dijo, en medio de un involuntario suspiro.

—No sólo se viene a un lugar como este a comer. También se viene a observar y a ser observado. A conocer gente, o a reencontrarse con los conocidos. Comer en un lugar público es siempre un hecho social. ¡No lo olvides, Renata!—

Y aquel “hecho social” que para ella hubiera durado apenas cinco minutos, se convirtió en una hora y media de charla y te de hierbas (para no espantar el sueño).

Al llegar nuevamente a la casona, un caramelo sobre la almohada le hizo olvidar por un momento el hambre que todavía la atormentaba, y, tal como lo había predicho Nadia, el reposo llegó dulcemente.

Al despertar, su inmenso estómago crujía. Tenía tanta hambre que estaba decidida a conformarse con lo que fuera.

—¿Dispuesta a enfrentar tus responsabilidades en la finca, Renata?—

Las palabras de su benefactora la sorprendieron. ¿Responsabilidades? ¡¿Y el desayuno?!!!!.

—¿No voy a comer nada antes de hacer gimnasia?— preguntó tímidamente.

—¿Gimnasia?— se sorprendió la señora, a quién, por lo visto, le gustaba repetir las preguntas. —¿Eso de correr en una cinta, o levantar las piernas?... No. Esas no son tus obligaciones... Aquí no se hace gimnasia, Renata. Aquí se vive, y se aprende a vivir.—

—Pero... sin dieta y sin gimnasia ¿cómo se supone que voy a adelgazar?—

—¿Adelgazar?... Agradar, Renata, agradar. Eso es lo que pretendo de ti. Que aprendas como agradar y agradarte.... Si tratando de alcanzarlo también adelgazaras, mejor. Pero definitivamente no es lo importante.... Y ahora volvamos al placer. Quiero que aprendas a disfrutar del placer. Y no hay placer sin obligaciones. El ganarnos el sustento y ayudar a los demás nos hace disfrutar del placer como una recompensa, sin culpa. ¡Nunca lo olvides!—

La muchacha la miró sin entender. Mientras la dama hablaba la había estado siguiendo mansamente, y ya estaban afuera de la casa, en el jardín. La gran Nadia continuó.

—Vas a tener que alimentar los animales que tengo a orillas del río. Esa es la tarea que hacía mi hija todas las mañanas, y ahora va a tocarte a ti.—

Renata levantó la vista y observó el río, distante al menos unos cuatro kilómetros.

—Por hoy, voy a acompañarte. Pero para mañana ésta va a ser tu responsabilidad—

La señora se puso en marcha, pero Renata se estancó. Su vientre crujía y se moría de hambre.

—¿Y el desayuno?— protestó.

—Primero desayunan los animales, Renata. Ellos también tienen hambre y necesitan de ti. Ocupate siempre primero de los más débiles—

La respuesta no pareció complacer a la gorda. ¡Ella también se sentía débil!

Finalmente la señora transó:

—Vamos a la cocina a buscar un vaso de jugo de naranjas. Eso nos va a dar fuerzas para el camino—

¡Y que camino!. Largo, sinuoso, cansador. Renata tropezaba a cada paso. Arrastraba los pies y levantaba la vista sólo para medir cuánto faltaba de aquel suplicio. Se sentía como una peregrina al Santuario de la Virgen de Luján, caminando más allá de sus fuerzas. Claro que aquellos eran setenta kilómetros y estos a lo sumo cuatro. Pero para ella no había diferencia: ¡estaba agotada!. Tan cansada que, cuando finalmente llegó, alimentó a los animales (unas gallinas, patos y conejos) sin tener en cuenta el miedo que habitualmente le producían.

El regreso fue más fácil. Ciertamente el sol comenzaba a calentar, pero el desayuno que le esperaba la hacía olvidar el calor y el cansancio.

Ya en la casa, el olor a pan tostado le produjo un placer indescriptible. Pero todavía, por estricta imposición de la señora, debía arreglarse para el desayuno. Renata se lavó con descuido, se peinó sin mirar, y bajó hacia el comedor con sus últimas fuerzas.

Allí estaba la gran Nadia, cambiada, maquillada y espléndida, sentada frente a un desayuno apetecible. ¿Cómo se había arreglado tan rápido? ¿Cuál era su secreto?.

—Siéntate aquí, hija. Como ves, hay pan integral, queso blanco, mermeladas, frutas, jugos, te, café, leche y croissants, o como le dicen aquí, medialunas. Es hora de desayunar—

Renata creyó desmayar de placer al sentarse, pero la alegría le duró poco.

—Antes de empezar quiero que veas algo que vas a encontrar interesante—

La señora se puso de pie y abriendo las puertas de un hermoso armario dejó al descubierto un televisor de pantalla plana.

Renata ardía por dentro. ¿Ahora también un documental?. Tenía hambre. Quería desayunar y lo tenía merecido...

Pero las imágenes en la pantalla la dejaron sin apetito.

No era un documental. Era ella misma, la noche anterior, abalanzándose sobre los dos panes, devorando los raviolos, regando salsa por doquier.

—Esto es lo que los demás ven de ti, Renata. Mira tu expresión... ¿Notas la rabia, la furia?—

Renata sintió ganas de dejar allí mismo ese experimento. De rendirse, sin mas. No sólo era fea, también era una bestia desagradable.

La señora pareció leer sus pensamientos. Tomó afectuosamente su mano, y dijo:

—Esa no eres tu, Renata. Esa es alguien que padece la vida, y no sabe como disfrutarla—

Nadia desplazó su mirada hacia el espejo que las reflejaba y obligó a la muchacha a hacer lo mismo.

—Tu, en cambio, eres esta que está sentada frente a mi, dispuesta a aceptar el reto... — continuó, mientras la miraba con dulzura.

Hubo un minuto de cálido silencio entre ambas mujeres y sus reflejos.

—¡Pero basta de imágenes!. Concentrémonos en este desayuno que hemos ganado. Quiero que lo disfrutes, pequeña.—

Renata, todavía shockeada por lo que había visto, aceptó mansamente sus palabras.

Y, por primera vez desde que era muy chiquita, volvió a paladear cada bocado, dejándose sorprender por los distintos sabores, y cautivar por el olor profundo de cada pequeñísimo mordisco que llevaba a su boca. Esa fue la primera de las muchas veces en que luego habría de disfrutar del acto de comer. No sólo como un arrebató apasionado, sino como un jugueteo placentero que la sorprendía con las distintas texturas. Un acto que llamaba a despertar a cada uno de sus sentidos.

—Comer es como hacer el amor, Renata. Lleva su tiempo, y tiene su arte. Hay que seleccionar muy bien aquello que va a satisfacer nuestro apetito. Tiene que ser algo sabroso pero, a la vez, tiene que nutrirnos y hacernos bien.... Se tarda en encontrar lo que buscamos, pero vale la pena. Y cuando lo logras, cuando ya estás dispuesta para el placer o el amor, todavía hay que preparar todo para que esa sea una experiencia única e inolvidable. Cada comida, cada encuentro amoroso, tiene que ser una verdadera celebración. Y tu, Renata, tienes que aprender a celebrar tu vida. Sólo cuando lo logres, no importa cuanto peses o como te veas, serás hermosa, para ti misma y para los demás.—

Y si no fuera porque aquel desayuno, comido con placer y no con furia, con la satisfacción de merecerlo, de estar haciendo lo correcto en el tiempo adecuado, si no fuera porque aquel desayuno resultó una verdadera celebración, Renata hubiera creído que la señora deliraba.

Después de aquella experiencia memorable, el tiempo pareció desdibujarse. Eran las diez de la mañana. Para esa hora, apenas dos días atrás, había ya atendido cientos de veces el teléfono, había envidiado miles de veces a la hermosa y flaca Susana, y había sido desgraciada millones de veces más. Y ahora, ni un gramo más delgada, tímidamente había entrevisto algo de felicidad.

La voz serena de la gran Nadia la volvió al mundo real.

—Vayamos al cuarto de los espejos—

—¿Es necesario?— dudó Renata. —Me refiero a... Bueno, después del video de esta mañana entendí el mensaje...—

—¡Es imprescindible, Renata!. Si vamos a hablar de apariencia, lo importante es la imagen. Tu imagen. La que muestras a los demás. Por eso en esta casa vas a estar rodeada de espejos y de cámaras. Hasta que seas conciente de cada uno de tus movimientos. De como volverlos atractivos. Queremos que la gente te vea y que quiera seguir mirándote.—

Mientras hablaba, Renata la había seguido por el laberinto de aquella mansión, y ahora comenzaban a recorrer un estrecho pasillo de paredes espejadas que devolvía su imagen tosca cientos de veces.

La señora Nadia se detuvo frente a un pequeño atril que sostenía un libro de fotos. Sin hablar comenzó a dar vuelta sus

hojas ante la mirada sorprendida de su discípula. Eran imágenes de modelos o actrices que Renata conocía muy bien. Mujeres hermosas que en aquellas fotos parecían haber perdido parte de su encanto. ¿Qué estaba mal en ellas?

—¿Todas fueron alumnas tuyas?—

—¿Alumnas?... No. Muchas de ellas eran verdaderas maestras en sus respectivos artes. Eran hermosas, tenían talento y personalidad, pero no se sentían atractivas. Como tu, Renata—

—Si, igualito—dijo la otra con amargura.

La señora siguió dando vuelta las hojas. Nuevamente podían verse las mismas caras, los mismos cuerpos hermosos, ni un gramo más flacos o más gordos, vestidos con el mismo glamour. Pero algo había cambiado en ellas que las hacía ver más... ¿seguras?..., ¿elegantes?..., ¡Atractivas!.

—Quiero que compares las primeras y las últimas fotos, ¿notas las diferencias?—

Antes, y después... Antes y después... ¿Cuál era la diferencia?.

—Si alguna vez se te ocurre contar que viste aquí estas fotos, voy a negarlo. Las mujeres que buscan mi ayuda aprecian el anonimato para ciertos temas personales... Te muestro su imagen simplemente para que comprendas que no todo es cuestión de peso o dinero. Hay algo más... ¿Conoces a esta?—

La gran Nadia se detuvo en la imagen de la mujer rubia que Renata tantas veces había visto correr entre las vías del tren, en la presentación del teleteatro de la noche.

—Quiero que mires su postura en la primera foto. Ella siempre se sintió avergonzada por su busto pequeño. Mira como lo esconde, hundiendo su torso, adelantando sus brazos. Observa sus piernas. Tiene la convicción de que son demasiado delgadas. Fíjate como las junta, hasta hacerlas parecer un bloque.... Y lo más importante: nota su mirada. Está asustada, es evidente. Se siente juzgada y tiene miedo de fallar. Observa sus labios contraídos, imitando malamente una sonrisa... Mira ahora, en cambio, la segunda foto. Su actitud: “soy hermosa”, parece decir, y convence. Como seduce a la cámara. La belleza de esa sonrisa pícaro. La actitud relajada de todo su cuerpo... Dan ganas de seguir mirándola.... En eso vamos a comenzar a trabajar contigo, Renata. En tu postura. En ese primer mensaje que envías a la gente, cuando te ve.—

Para sorpresa de Renata, la última foto de la primera parte del libro era una suya, a su llegada.

—¿Sabes lo que me dice esto, Renata?. “No valgo la pena, no me sigan mirando. Soy una víctima de mi propia fealdad”... ¿Te detendrías en alguien así?. Yo no. Odio las víctimas. Como tu, como los otros. Me fascinan, en cambio, las heroínas. Aquellas que no le tienen miedo a presentar batalla a pesar de las dificultades. Y tu, Renata, al intentar sobreponerte y cambiar de vida, eres una heroína. Y quiero que eso se vea en tu imagen.—

Renata sintió que las lágrimas fluían en tropel. Pero la gran Nadia no era amiga de sensiblerías, sino del trabajo arduo. Durante la siguiente hora Renata caminó aquel pasillo hasta el hartazgo. Y en cada pasada su maestra aprovechaba para destacar algún detalle hermoso en su caminar o en su figura. Algo que Renata nunca había notado, pero que, visto así, tampoco estaba del todo mal.

Para cuando el reloj de la sala inundó la casa con sus doce campanadas, la señora dio por terminada la clase del día.

—Bueno, Renata, es hora de ponerse en movimiento—

Renata la miró sin entender. ¿Qué había estado haciendo hasta entonces?.

—Soy muy mala para la gimnasia— se disculpó la muchacha, a quien todavía le dolían las piernas por el paseo matinal.

—¿Gimnasia?— preguntó la señora una vez más, como lo había hecho ya a la mañana temprano. — De verdad: ¿tienes algún problema físico por el que tengas que hacer gimnasia?—

—No..., pero.... . Los aeróbicos sirven para... La gente hace....—

—Deja que la gente haga, Renata. Tú no eres como el resto de la gente... Ya te dije, la belleza no se adquiere ni con ejercicios aeróbicos, ni con dieta. Olvídate de ser hermosa. Tienes que centrarte en ser atractiva. Una mujer que atrae por la libertad y seguridad con que se maneja por la vida.... No, Renata, nada de ejercicios gimnásticos repetidos hasta el hartazgo para ti. No. Esta mañana vamos a nadar.—

—¿Nadar?— repitió Renata, aterrorizada. — Me asusta el agua. ¡Yo no se nadar!.—

—Ese es tu verdadero problema, Renata: tu actitud. Tienes que cambiar el “yo no se”, por el “todavía no lo he intentado”.—

Y sin admitir más disculpas, la señora Nadia la obligó a vestir el escueto traje de baño que habían comprado, y a atar su pelo con trenzas, alrededor de su cara. Luego la condujo a un recinto

vidriado desde donde se veía hasta el río, un lugar dominado por una inmensa piscina. Allí, medio sumergido en el agua, estaba el muchacho más buen mozo y atlético que Renata hubiera visto en su corta vida: Ricky, su profesor. Alguien frente al cual el mismo Guillermo Pardo no parecía tan gran cosa.

Si se hubiera encontrado con un hombre así por la calle, Renata hubiera tenido vergüenza hasta de mirarlo. Y ahora se veía obligada no sólo a hablarle, sino a compartir con él toda una hora. ¡Y ella en traje de baño!... Aquello era una verdadera pesadilla.

—Métete al agua— la apuró la señora.

Renata no tuvo valor de protestar. Con mucho cuidado se metió torpemente en la piscina. ¡Estaba helada!. Sintió como sus pechos se ponían firmes y sus pezones erectos. Por vergüenza cruzó los brazos.

—¿Tienes calor, Renata?— le preguntó aquel varón increíble que la trataba con confianza. — Estás toda colorada...—

—Es el miedo— se disculpó.

—¡No me tendrás miedo a mí!— dijo el otro, riendo. —¡No soy tan feo!... Pero, ¡estás temblando!—

—Tengo mucho frío—

—Entonces vamos más adentro—

Renata se rindió a su fuerza y dejó que él la condujera hacia la parte más profunda. El contacto con sus brazos musculosos la turbaba. Después de todo, eso era lo más cerca que había estado de un hombre en toda su vida.

Pero, emocionada y todo, el miedo se impuso, y cuando sintió que el agua comenzaba a arrastrarla, se soltó de los brazos de su maestro y se asió al borde de la piscina como si se encontrara pendiendo de un abismo oscuro.

—¿Qué pasa, Renata?—

—¡Tengo miedo!—

—¿De qué?... ¿Qué es lo que te da más miedo?—

—Que el agua me llegue a la cara. Tengo miedo de hundirme y no poder respirar. Tengo miedo de ahogarme—

—¡Claro!. Me imagino. Pero aquí haces pie, Renata. Y estás muy firmemente sostenida... ¡Relájate! Deja esos hombros fluir...—

Nuevamente el profesor la contuvo, abrazándola. Suavemente logró que se alejara unos centímetros, sin dejar de asirse fuertemente del borde.

—Ya está, Renata. Ya estás en posición... Ahora puedes empezar—

—¿A qué?— preguntó la otra, con temor.

—A enfrentar tu miedo, Renata. ¿Te asusta meter la cabeza en el agua? ¡No lo pienses! ¡Métela!—

Renata lo miró horrorizada, pero no tuvo valor de oponerse, así que obedeció. Tomó todo el aire que era capaz de contener en sus pulmones, cerro firmemente la boca y los ojos, y se sumergió...

¡Fue horrible! Una sensación espantosa. Salió escupiendo y tosiendo sin parar.

Sin soltar el borde, comenzó a desplazarse hacia la parte baja, pero nuevamente Ricky la detuvo.

—¡Muy bien, Renata! ¡Felicitaciones!.... ¡Lo lograste!. Has enfrentado tu miedo... Ya no hay nada peor... Ahora vas a volver a tomarte del borde, aquí donde estabas, vas a tomar aire, un, dos, tres...., ¡y abajo!. Vas a mantener la cabeza bajo el agua mientras cuentas nuevamente hasta tres, vas a tomar impulso hacia arriba, y vas a volver a respirar para poder sumergirte con comodidad. Y así hasta que yo te avise.—

Sin saber como negarse, Renata obedeció. Las primeras sumergidas fueron horrendas. Pero poco a poco comenzó a sentir el placer del impulso conque elevaba su cuerpo. Habituada a arrastrarlo, en el agua parecía liviano y etéreo. Por otro lado, aquel salto le daba tiempo para respirar, lo que permitía hacer más placentera su estadía abajo del agua, que ahora le parecía tibia y agradable.

Para cuando la clase acabó, sin soltar la seguridad del borde, Renata ya había permitido que sus piernas flotaran en libertad. Una deliciosa sensación de abandono, sólo comparable a saborear un rico chocolate, adentro de la cama, mecida por la lluvia, en una fría noche de invierno.

—Vamos, Renata, ¡a salir del agua!. Tienes que darte un buen baño. Vas a aprovechar también para nutrir tu cabello y tu piel. ¡Es hora de volver a arreglarse!. Te espero a la una de la tarde en el comedor, para el almuerzo— dijo la señora, mientras la ayudaba.

“¿El almuerzo?.... ¿Ya?”, se sorprendió pensando Renata. Toda aquella adrenalina le había hecho olvidar por completo la comida. Algo que nunca antes soñó que pudiera pasarle alguna vez.

Como cuando se está en un viaje, los días comenzaron a llenarse de emociones para Renata. Cada hora era una aventura distinta, un reto. Al principio no había sido nada fácil. Recordaba bien aquella mañana que, lloviendo torrencialmente, se había considerado liberada de su obligación de alimentar a los animales, y se había quedado en la cama. La misma Nadia la había ido a buscar. Era la única vez en que vió enfurecerse a aquella paciente mujer. Parecía como si no estuviera dispuesta a perdonarle su indiferencia ante las necesidades de los pobres animalitos a su cargo.

Así Renata aprendió a recorrer aquellos cuatro kilómetros no sólo con constancia y abnegación, sino también con gracia. Al principio lo había hecho medio dormida y entre maldiciones, pero no eran pocas las veces que la señora la sorprendía con un video de sus caminatas solitarias. Ella pretendía que Renata, aún pensándose no vista, irradiara gracia. “Debes recorrer el camino, en vez de padecerlo”. Y no sólo eso, la recriminaba hasta por su forma de tropezar: “No olvides que un tropezón es una buena excusa para levantar vuelo, Renata. ¡Aprovéchala!”.

Poco a poco Renata comenzó a poner atención a sus movimientos. A la gracia con que debía desplazarse por la vida. Una gracia que, extrañamente, no estaba conectada con la disciplina, sino con el placer. Así como había descubierto que dejarse invadir por los sabores y los olores de la comida la ayudaban a comer más lentamente y con más garbo, conectarse con su propio cuerpo la había vuelto dueña de sus movimientos, que ahora eran serenos y elegantes.

La señora la había obligado a aprender a andar en bicicleta, conducir un automóvil, jugar volleyball, nadar y cabalgar, entre otras cosas. También le había enseñado a cuidar de su piel, a maquillarse, y a vestirse. “Jamás descuides los detalles. Ellos te van a dar distinción, y van a llamar la atención de los demás”. “Nunca compres la ropa por necesidad. Es la forma más rápida de llevarte a casa lo que no te gusta. Por el contrario, dedícale dos horas por semana a conseguir ropa adecuada. Y si algo te queda bien, no dudes en comprarlo, aunque no lo necesites. Ya construirás la ocasión de usarlo”. “Pruébate lo que te gusta y lo que no te gusta. La ropa es como la gente. Puede parecer deslucida, pero brillar a tu lado”.

Una de las actividades más difíciles para Renata había resultado la equitación. Desde chica había temido a los animales y a las personas, así fuera un cuzquito, o su propia madre. Cuánto más la asustaba aquel imponente potro que la señora le había asignado para su uso personal.

—Un caballo es como un hombre—, solía decirle. —Desde el principio tienes que demostrarle que no te asusta, y hacerle sentir quién está al mando—

—Pero “sí” me asustan— le había replicado tímidamente.

—No caminas desnuda por la calle. De la misma manera, no todos tienen que conocer tus verdaderos sentimientos. Temerle a un caballo... o a un hombre, es lo correcto. No puedes estar segura de como van a reaccionar, y hasta el más inofensivo, o manso, puede terminar lastimándote. Es bueno no confiar en ellos. ¡Pero demostrar tu miedo es otra cosa!. Es el peor error. Por el contrario, cuando te les enfrentas, tienes que mirarlos siempre directo a los ojos. Tu pulso no puede alterarse, y tu voz debe ser suave, pero firme. ¡Jamás dejes que el caballo marque

el rumbo!. Únicamente tu sabés adonde quieres ir. Tampoco te dejes arrastrar por un hombre. Puede ser excitante al principio, pero nunca se llega “al lugar correcto”—

Pero de todas las cosas que Renata había aprendido, siempre a manos de los mejores expertos, la que le había resultado más fácil había sido la danza. Es cierto que sus movimientos habían sido torpes al principio, pero desde pequeña le había resultado muy placentero dejarse llevar por la música. Y aunque durante todos esos años esa había sido una experiencia solitaria, pronto logró adaptarse a las luces, los espejos y las cámaras (¡siempre con filmaciones sorprendidas, cuando menos lo esperaba!). Además Franco, su profesor cubano, de unos maravillosos ojos negros y un cuerpo alucinante, sabía exactamente como contagiarle su alegría. Nada más placentero que abandonarse en sus brazos cuando la música era romántica, o bailar a su compás cuando el ritmo le hacía hervir la sangre.

Esas horas pasadas junto a él, así como los masajes que Ricky le prodigaba en la pileta, o las enseñanzas de Tomás, el muchacho de la caballeriza, la conectaban con un mundo que hasta entonces le había parecido prohibido: el de los hombres. Y hombres hermosos y deseables con los que poco a poco, y sin necesitar mayores enseñanzas, había aprendido a coquetear. Le gustaba su cercanía, que la tocaran, que la miraran con deseo. Y es que a medida que el tiempo había ido transcurriendo Renata se había convertido en un verdadero objeto de deseo. Y no sólo para los demás. Sus visitas a aquel pequeño vestidor lleno de espejos la sorprendía cada semana con alguna parte nueva que le gustaba de si misma. Alguna zona que ahora mostraba con orgullo y encanto.

Nunca pensaba en su forma de vida anterior o en la oficina. Aquello había quedado muy atrás. Pero había una cosa de su

pasado que volvía en forma recurrente: ¿Qué pensaría ahora de ella su salvador, Guillermo Pardo?

III

¿CUANTOS KILOS DEBO BAJAR PARA SEDUCIR A UN HOMBRE?

—R.H. personal temporario. Mi nombre es Olga, ¿en qué puedo ayudarlo?—

Guillermo suspiró. Muy a su pesar extrañaba la voz melodiosa y sensual de la gordita. ¿Cómo le estaría yendo con su tía?. Ya hacían casi dos meses desde que se había mudado a Escobar. ¡Pobre gordita!. Sabía que la gran Nadia no se caracterizaba por ser una mujer paciente con sus discípulas. Todavía recordaba cuando era chico, y las modelos le pagaban por contrabandear comida, hartas de las dietas de hambre a que la tía las sometía. Había visto a muchas llorar por los gritos que les pegaba cuando se subían a la balanza. Recordaba también las largas sesiones en el gimnasio. Pasaban días sin que las dejara siquiera ver el sol. ¡Las pobres terminaban odiándola!...

Pero si bien el precio era alto, también lo era la recompensa. La gran Nadia tenía en su haber dos “Miss Mundo”, una candidata al Oscar, y varias modelos que habían hecho una gran carrera en París. Pero... ¿podría con la gordita?. La muchacha era un verdadero desastre.

—¿Hola?—

La voz nasal volvió a inundar el auricular. Mecánicamente colgó el tubo.

¡Nada había vuelto a ser lo mismo desde la muerte de Rocio!. La tía no se resignaba a haber perdido a su única hija. Y sólo un reto tan descomunal como ayudar a la gordita parecía haberla reanimado.... Claro que el chiste le estaba costando caro. El sueldo de esa horrible voz nasal que reemplazaba a Renata en lo de R.H. salía de su propio bolsillo, así que más valía que la gordita se esforzara por dejar contenta a la tía. Si no cambiaba, la iba a decepcionar. Pero....

¿y si cambiaba?

Entonces él mismo iba a tener que romper con la bellísima Ana Laura y lo iba a lamentar. Pero una apuesta era una apuesta, y tendría que respetarla....

¡Qué estaba pensando!

La gordita era imposible. Y si bien la tía antes de aceptar el reto la había ido a ver a lo de R.H. para saber si era material apto, el que semejante esperpento pudiera algún día conquistar a su primo José Ignacio, un verdadero “gourmet de mujeres”, era tan ridículo como impensable.

Su noviazgo con la hermosa Ana Laura estaba asegurado.

—¿Cómo?... ¿No sabías que hicimos una apuesta?—

La pobre Renata la miró, descorazonada. Volvió a sentirse como tres meses atrás, cuando todos se burlaban de ella a su espalda.

—Guillermo vino a verme con un anillo que pensaba darle a Ana Laura. ¿Conoces a Ana Laura?—

Renata negó con la cabeza.

—¡Es horrible!... Bueno, según tu criterio y el de mi sobrino, es bellísima. Ha sido bendecida con una belleza física que no ha sabido honrar con un alma hermosa. Se siente superior a todos. Sabe seducir y se aprovecha de eso para lastimar. Y mi pobre sobrino es su próxima víctima.—

—Pero..., la apuesta... ¿Sobre qué era la apuesta?—

—Guillermo insistía con que su novia era la mujer más hermosa que había visto (el pobrecito confunde belleza con seducción).... Yo le dije que toda mujer podía ser hermosa si tenía, como su novia, tanto dinero como para financiarlo. Él se apuró a contradecirme, y para ejemplificarlo contó tu historia... O mejor dicho: tus mentiras. El necio de Guillermo estaba convencido de que alguien tan desesperado como tú no podía convertirse en alguien como Ana Laura. ¡Qué equivocado!... Justamente el que estuvieras tan desesperada te hacía la candidata perfecta para un cambio tan grande... ¡Y lo has logrado!—

—¿Soy tan linda como Ana Laura?— preguntó la muchacha ilusionada.

—¡No!... Eres tan linda como tú misma, Renata... Pero él no va a notar nunca la diferencia.—

—¿Y cuándo termina la apuesta?—

—Cuando el idiota de José Ignacio, otro de mis sobrinos, te invite a salir. Es un verdadero conquistador... Una apuesta muy fácil de ganar, porque los que se creen conquistadores, amiga

mía, son los más fáciles de conquistar. Su vanidad los hace extremadamente vulnerables—

Renata jugueteó con la cucharita en silencio, apesadumbrada. La señora la observó.

—¿Cómo te convenció él de venir, si no te mencionó lo de la apuesta?—

—Me dijo que usted estaba muy deprimida por la muerte de su hija, y que ayudarme a mi, volviendo a ejercer su profesión, iba a mejorarla—

—Al menos no te mintió—

—¿Por qué no hay fotos de su hija en la casa?—

—No le gustaba que la fotografieran. Decía que salía muy fea—

—Pero era hermosa...—

—La mujer más linda que conocí, en una vida dedicada a la belleza—

—Y muy joven...—

—Tenía tu edad—

—¿Por qué su cuarto está cerrado?—

—Porque todavía no estoy lista para seguir con mi vida—

—¿Tenía novio?—

—¿Qué te contaron de ella?—

—Solamente que era hermosa...—

Por los ojos de la señora asomó brevemente una lágrima. Pero como Renata todavía no estaba preparada para lidiar con el dolor, ni propio ni ajeno, se apuró a desviar la conversación.

—¿Y cuándo voy a conocer a ese José Ignacio?—

—Todavía no estás lista—replicó.

Y antes de que Renata pudiera protestar, la señora encendió el maldito televisor. La imagen y la música se apoderaron del aparato. Era Renata bailando salsa. Se la veía espléndida, provocativa, seductora. Perfecta. Luego, una nueva imagen. Era también de ella, pero dos días después, cuando la señora había insistido en que tomara la clase en el estudio del profesor, con las otras alumnas... Aquel día Renata se había sentido intimidada por las demás. Eran más altas y más bellas que ella. Y bailaban mejor. Así que, imperceptiblemente, se había ido desplazando con lentitud hacia los últimos lugares, alejada del profesor, el espejo y la barra, y había seguido el resto de la clase con paso torpe, pendiente de sus rivales.

—¿Ves, Renata? Todavía no estás lista—

—Las otras eran mejores—

—Siempre hay personas mejores que uno. Más hermosas, más inteligentes, más buenas. Pero eso no es excusa para dejar de brillar... Observa tu mirada, Renata. Tus ojos están clavados en ellas. ¡Fíjate! Se puede ver la envidia que sientes. Pero, ¿sabes qué?, esa no es tu piel, Renata. Ellas pueden ser más hermosas o mejores, pero no son tu. El que envidia no ama lo que posee. No lo valora.... Quiero que vuelvas a esa clase, Renata. Quiero que te concentres en la música, en tu cuerpo, en tu imagen. Quiero que seduzcas a tu profesor. Como si fueras la única mujer en esa sala. Y cuando logres estar satisfecha con

lo que veas, quiero que fijas tu mirada en las demás. Pero no con envidia, sino inundándote con el placer de su belleza. Porque sólo el que es verdaderamente hermoso puede percibir con claridad la belleza en los otros.—

Renata sonrió avergonzada. Faltaba mucho por aprender todavía, y poco tiempo para ganar la apuesta. Pero no la de Guillermo y su tía, sino la suya propia. La gran apuesta que se había hecho a sí misma la luminosa mañana en que salió de su casa para comenzar a vivir su propia vida.

—¿Y ese anillo?—

Los ojos de la hermosa Ana Laura echaron chispas, mientras contemplaba el espléndido diamante.

Guillermo se sobresaltó. ¡Odiaba la costumbre que tenía su novia de hurgar entre sus cosas!. Había comprado ese anillo al principio de la primavera, cuando su relación con Ana Laura florecía, pero ahora, ya casi acabado el verano, todo parecía un tanto podrido y mal oliente.

Como lo había predicho su tía, con tener una hermosa y ardiente mujer en su cama no bastaba. La vida estaba hecha de muchos momentos, y cuando Ana Laura no gemía de placer (cosa que hacía muy bien), su voz era aburrida y cansadora. La noche anterior había pasado cerca de dos horas completas discurriendo acerca de si le convenía o no hacerse “extensiones” en el pelo (una suerte de postizo, como pudo enterarse luego).

¡Después de todo no era nada más que otra mujer hermosa, como tantas que habían pasado por su cama!. Esas que se acercaban rápidamente a él cuando se enteraban de que era el heredero de la Química Pardo, pero que se alejarían con igual prontitud si, como siempre le auguraba su gerente general y antiguo empleado de su padre, su ineptitud para los negocios terminara fundiendo el emprendimiento familiar. Porque, decididamente, Guillermo no era bueno para hacer dinero. Odiaba ir a la planta y lidiar con los empleados, proveedores y políticos de turno... Amaba, en cambio, sumergirse en algún mundo distinto al suyo y captarlo con su cámara de video.

Era un documentalista de corazón, desde los catorce años, cuando su tía le había regalado su primera filmadora. Había pasado aquel verano persiguiendo hormigas con su cámara. Pero bastó que un día apareciera con el cuerpo cubierto de ronchas para que su padre lo encerrara en su habitación.

En el otoño de aquel año, en los albores de su adolescencia, su primer documental estaba acabado: “La escuela Irigoyen, o el hormiguero perfecto”, un corto que retrataba con ironía la vida escolar, y que no le ayudó en nada a ganar la simpatía de sus esquivos compañeros, o el favor de las autoridades del colegio. Máxime cuando la película logró el primer puesto en un concurso auspiciado por el Municipio, dejando en evidencia para todos las mezquindades de aquel centro de excelencia educativa. Entonces, el director, nada halagado por su precoz talento, decidió no renovar la vacante para el año siguiente, lo cual le produjo una gran alegría, pero le ganó también el eterno disgusto de su padre. Un descontento que se llevó a la tumba, unos pocos años después, y que todavía pesaba sobre los hombros de Guillermo, que, mal administrando su planta, vanamente intentaba complacer los designios paternos.

—¿En qué estás pensando?— insistió Ana Laura, mientras observaba con atención el anillo, ahora en su dedo.

—En nada— respondió él, buscando poner su mejor cara de estúpido.

—¿No me vas a decir de quién es el anillo?—

—De José Ignacio— dijo, por decir algo.

—¿De José Ignacio, tu primo?—

—Bueno, de una antigua novia de él...—

—A José Ignacio le conocí miles de mujeres, pero nunca una novia....—

—Es que murió trágicamente... Por eso yo me quedé con el anillo. Para que no le trajera malos recuerdos...—

—¿Y cómo se llamaba?—

—José Ignacio— repitió con seguridad.

—¡Tu primo no!... La novia, idiota—

—La novia no era idiota— dijo, haciéndose el tonto. —Era más inteligente que tú y que yo, y se llamaba...—

Buscó en su mente un nombre que le evocara el recuerdo de una mujer inteligente, pero no había muchos.

—¡Renata!— dijo, al fin. Y de su boca escapó una sonrisa.

—¿Y cómo murió?—

—¡Fue horrible!... Iban caminando al borde de un barranco, ella perdió pie, y él sólo pudo sostenerla por el pelo...—

—¿Y?—

—Tenía extensiones— completó Guillermo con aire trágico.

Para su sorpresa, la idiota de su novia no sólo se creyó su historia, sino que comenzó a acariciar su propio pelo, apesadumbrada.

¡Al menos el tópico capilar no iba a volver al tapete por un tiempo!

Renata se desperezó, inundada por el tibio calor de los últimos rayos de sol de la tarde. Era uno de los pocos momentos de ocio del día, y como todo últimamente, había aprendido a disfrutarlo con intensidad.

Llevaba todavía el traje de baño que había usado en su clase de natación (no la oscura malla olímpica de sus primeros días en la casa, sino uno osado y divertido, más acorde con su nueva figura). Su pelo, impregnado todavía por el baño hidratante que el calor del sol activaba, estaba peinado con arte alrededor de su cara, ligeramente bronceada. Se la veía espléndida y despreocupada.

—Déjame adivinar...—

La voz de aquel desconocido la sorprendió. Parpadeó rápidamente para poder observarlo a pesar del encandilamiento. Era un hombre en sus últimos cincuenta, pero todavía era imponente. Llevaba un traje de verano (¿Armani, quizás?), que le calzaba a la perfección. Tenía un abundante pelo entrecano, y

una sonrisa que dejaba a la vista un millón de dientes blanquísimos. Pero lo más extraño de su apariencia no era su nariz perfecta, o su sonrisa que recordaba levemente al “Guasón” de Batman, sino el hecho de que no tenía ni una sola arruga, y que su expresión era un tanto rígida. Quizás tres meses atrás Renata lo hubiera percibido solamente como un hombre hermoso. Pero ahora se había vuelto mucho más crítica respecto de la belleza.

—No eres modelo. Te falta altura....— insistió aquel gigantón que la cubría con su sombra. —Tampoco bailarina, porque tus pantorrillas no son demasiado musculosas... Ni una rica heredera, porque tu reloj no es de marca...—

—No me parece adecuado observarme tanto sin presentarse antes— dijo Renata, con un tono sensual y esa sonrisa seductora que, ahora había aprendido, siempre le ganaba el favor de los hombres.

—¡Actriz!— dijo el otro, convencido de haber acertado. — ¡Esa voz merece ser escuchada por todos!—

—¡Casi!— respondió, sonriendo con frescura. —Aunque alguna de mis actuaciones negando a mi jefe merecerían un “Oscar”, soy simplemente una telefonista—

—Saverio López, para servirte—

Renata le extendió la mano y él, pomposamente, se la besó. Tres meses atrás la muchacha se hubiera espantado por semejante gesto, pero ahora era capaz de tomarlo, no sólo con naturalidad, sino con gracia y coquetería.

El doctor Saverio López era un antiguo amigo y colaborador de la señora Nadia. Un cirujano plástico de renombre

internacional, capaz de lograr que actrices de diversos países y nacionalidades terminaran sus días con un cierto aire de familia. “Tiene una cara López”, decía la gente para alabar a una mujer perfecta. Y ahora ese icono de la cultura del bisturí la miraba a Renata con ojo crítico.

—¿Cuántos kilos has perdido?—

La antigua gorda se ruborizó.

—¿Se nota?—

—¡En absoluto!— dijo el otro con convencimiento. —Tu piel se ha adaptado a la perfección. No puedo ver ni una sola estría—

—¿Entonces cómo se ha dado cuenta?—

—¡Años de trabajar en esto!.... No hay nada que un cuerpo pueda ocultarme. Podría nombrarte un par de actrices famosas que viven en soledad, pero cuyo vientre chato y elástico no oculta para mí el secreto de un embarazo juvenil... Soy capaz de detallar con exactitud las veces que una famosa cantante recurrió a algo más que “verduritas y agua mineral” para verse tan joven. ¡Y no sólo eso!... Pero, afortunadamente para todas ellas, soy muy discreto—

—¡Saverio!... Te estaba esperando en mi despacho—

El reproche de la señora sorprendió a Renata que, abstraída en el visitante, no había notado su presencia.

—Estaba contemplando tu nueva creación— le dijo él, a modo de excusa.

La señora lo miró con desdén. Con un odio en los ojos que Renata nunca le había visto antes.

—Ella no es mi creación. A diferencia de las demás, Renata ha demostrado ser lo suficientemente fuerte e inteligente como para reconstruirse por sí sola—

El Doctor miró a la muchacha con renovada curiosidad.

—Renata...— dijo pensativo. — “Renacida”... Esa es la exacta traducción de tu nombre... Y hay que tener mucho valor para renacer—

Aquel hombre desplazó su mirada hacia la dama que lo enfrentaba. —... ¿no, mi querida Nadia?—

Su oponente bajó la cabeza. Renata los miraba confundida, sin saber de que se trataba realmente todo aquello. Pero la tensión duró apenas unos segundos. Como si nada, la señora retomó el diálogo.

—Como te he dicho, Renata lo ha hecho sola. Yo sólo le he dado un poco de ayuda—

—Pues el resultado es perfecto...— dijo el otro con entusiasmo renovado, mientras contemplaba a la muchacha como si se tratara de un auto de colección. Ella se sentía avergonzada, aunque orgullosa, pero se turbó al oír el final de la frase del cirujano:

—... aunque...—

—¿Aunque?— preguntó Renata con preocupación.

La señora se apuró a implorarle

—No lo escuches. Es como un demonio. Sabe manejar la vanidad de las mujeres para lograr sus más oscuros propósitos— sentenció la gran Nadia.

—Querida amiga.... Todo puede mejorarse, aún lo perfecto. Y Renata necesitaría ciertos toques para....—

—Todo puede mejorarse, pero no siempre vale la pena hacerlo. A veces, para lograr algo, sacrificamos cosas más importantes. No debemos buscar la perfección, sino el perfecto equilibrio.... ¡No lo escuches, pequeña!—

—¿Qué cambiaría en mí?— preguntó la muchacha, desoyendo los consejos de su mentora.

—Lipoaspiraría tu vientre. Esculpiría tus piernas, en especial tus rodillas. Le daría un pequeñísimo toque a tu nariz, y apenas “pinzaría” tus pechos, para volverlos más erguidos y turgentes.... Eso te volvería una mujer perfecta—

—Eso te volvería una mujer vana, Renata, y te alejaría de la perfección— volvió a sentenciar la señora. —Has luchado tanto para encontrar tu esencia, pequeña, que sería tonto que ahora la perdieras en un quirófano. Tu imperfección es lo que te hace distinta a las otras. ¡Y has luchado mucho por animarte a ser distinta!—

—Yo podría....— insistió el cirujano.

—Tú no podrías nada, Saverio. ¡Tú nunca puedes!... No insistas... Además, a diferencia de todas las demás que han pasado por mi casa, Renata no tiene dinero. Es una simple telefonista con un sueldo mensual equivalente a lo que gastas diariamente en combustible para tu yate—

El hombre la miró, confundido.

—¿Y quién paga...?—

—Yo— lo enfrentó la dama. —Renata es una invitada... Saca tus garras de ella—

El doctor López la miró con algo más que curiosidad, y Renata, aún a pesar de su poca experiencia en el tema, pudo leer en aquella mirada un sentimiento profundo que aquel hombre tenía por su mentora.

—¿Tanto te interesa?— preguntó, confundido.

—Si— dijo Nadia, con resolución.

—Entonces yo también voy a aportar mi granito de arena—

Y mirándola a Renata, agregó: —Ofrezco operarte sin costo alguno, y pagar también tu convalecencia en el salón “VIP” de mi clínica—

Si Renata no hubiera estado tan extasiada por el nuevo abanico de posibilidades que estas palabras le abrían ante sus ojos, hubiera notado el efecto que tenían en su mentora, y la intención oculta con que su nuevo benefactor las había pronunciado.

Por un momento los viejos amigos quedaron enfrentados en una mirada cruel, repleta de reproches.

La muchacha, incapaz de darse cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo allí, sólo se limitó a aceptar la propuesta en un susurro de voz.

—Gracias.... Eso sería maravilloso— dijo, con timidez.

Pero la mirada amargada con que la fulminó la gran Nadia la asustó.

—¿Serías capaz de aceptar semejante propuesta, Renata?—

—Sí. Me encantaría ser hermosa de verdad...—

La señora la miró con decepción. Una decepción profunda, que parecía salida del fondo mismo de su alma.

—Entonces eres libre de ir con él, Renata—

—Después puedo volver, ¡y entonces si que seguro va a ganar la apuesta!— dijo la muchacha con entusiasmo, tratando de justificar su decisión.

—No. No vuelvas Renata. No es necesario... La apuesta, “mi” apuesta, ya está perdida...—

Y sin decir más, la vieja modelo se retiró con la misma elegancia y gracia con que había aprendido a tapar el dolor cada vez que se hacía presente en su vida.

IV

¿CUANTOS KILOS DEBO BAJAR PARA SER PERFECTA?

A Renata le dolía todo. Las piernas, los brazos. ¡Y ni hablar del abdomen!... Pero más que nada le dolía la culpa. Y es que, a pesar de todo lo que le había enseñado la señora Nadia en los últimos meses, Renata todavía no había aprendido a desarticular la culpa como motor de sus emociones. Siempre se había sentido culpable por ser gorda. Y por eso aquel dolor horrible que se apoderaba de su cuerpo le parecía una buena forma de expiación. Había comido de más, se merecía sufrir en una sala de recuperación.

Pero eso no era todo. Había culpas más profundas.

Como haber defraudado a su madre, la única que la había querido de verdad durante su infancia. Renata siempre le había reprochado su amor sobreprotector y asfixiante, y la había hecho responsable incluso por sus propios defectos. Pero al comenzar la vida en soledad, tras su temprana desaparición, esa rabia se había convertido rápidamente en culpa por no haber sabido agradecerle una vida dedicada a ella. Y ahora, tanto tiempo después, volvía a cometer el mismo error. Había defraudado a la señora Nadia, la única que le había demostrado desinteresado afecto. Había accedido a la operación. Había interrumpido voluntariamente la celebración de la vida, para hundirse en un dolor inútil, provocado por su propia vanidad. Culpa... Culpa... Y más culpa.

Una culpa que duró hasta su primera visita al consultorio del doctor López, dos semanas después de la operación. Allí había una balanza, y Renata no pudo resistir la tentación.

¡Veintinueve kilos, ochocientos cincuenta gramos!

Había rebajado más de veintinueve kilos... Todo había valido la pena.

Bastó cerrar la puerta de su piso para que su vida anterior quedara atrapada allí. Ahora la ciudad era suya. Guillermo, enfundado en unos pantalones de mezclilla que le quedaban grandes, y muy alejado de su traje Armani que lo apesaba diez horas al día, se sentía en libertad. Tenía una cámara digital que le acababan de traer de Estados Unidos. Una pequeña joyita que le permitía la libertad de acercar lo lejano, iluminar lo oscuro, o capturar lo inasible. Después bastaba prender el ordenador, y cambiar a su antojo la realidad apresada en la imagen. Esa era su pequeña venganza por el mundo que le tocaba vivir.

Para el atardecer, ya de vuelta a su casa y a su vida, tenía en su haber cuatro horas de filmación y unos minutos olvidables, compartidos con una desconocida en un hotelito de mala muerte.

El teléfono comenzó a sonar. Seguramente era Ana Laura controlando sus pasos (¡Y lo bien que hacía!), o Atilio, inundándolo de cifras y valores que él prefería no conocer.

Al tercer “ring” funcionó la contestadora.

—¿Guillermo? Soy R.H.... eh.... quería...—

Guillermo se apuró a contestar.

—Soy yo. ¡Tanto tiempo!... Estabas desaparecido—

—Es que como andabas en aquel asunto con nuestra Renata, no te he querido molestar...—

“Renata”. Guillermo ya la había olvidado... ¿Cuánto tiempo había pasado?—

—¿Y?— insistió el otro, ante el silencio de su amigo.

—¿Y, qué?—

—¿Cómo anduvo eso? ¿Todavía no te has cansado?... Resultó “rendidora” la gordita....—

“La gordita”... ¿Ya habría adelgazado?...

—Para nada... La verdad es que nunca he podido terminar de conquistarla y...—

—¡Y te has cansado!— interrumpió el otro. —Imaginaba que no ibas a durar mucho... Entiendo que para alguien como tu, que tiene la hembra que quiere cuando quiere, la gordita era algo así como... exótica. Sólo otra experiencia en tu agenda...—

Guillermo se sintió ligeramente ofendido al escuchar a su amigo. ¿Qué estaba insinuando? ¿Qué él era uno de esos estúpidos que coleccionaban mujeres y relaciones intrascendentes?....

Pero, por otro lado, no podía negar que acababa de acostarse con una desconocida, simplemente porque se había dado la ocasión.

Se sintió repentinamente asqueado y se apuró a terminar la charla.

¿En qué se estaba convirtiendo? ¿Terminaría él como José Ignacio, su primo, con un frondoso pasado, y nada para recordar? ¿O lograría algún día encontrar una mujer donde anclar sus sentimientos? Una mujer especial. Una que hiciera que volver a casa valiera la pena.

El teléfono volvió a sonar. Por un momento abrigó en su pecho el profundo deseo de que fuera aquella mujer soñada.

—¿Quién es?— preguntó con cierta emoción. Pero como siempre, la voz en el teléfono lo decepcionó.

Era hora de volver a la realidad.

Bastó cerrar la puerta de su piso para que su vida anterior la atrapara. La cama, todavía revuelta, tal cual la dejara cuatro meses atrás, estaba repleta de papeles de golosinas. Un pedazo de chocolate, olvidado en el piso, había terminado fundiéndose por efecto del abrasador calor veraniego, que se había concentrado en aquel pequeño departamento mal ventilado. Todo se veía manchado y sucio. Pero lo peor era ese olor a muerte que se le estaba pegando al cuerpo. A ese cuerpo que ahora lucía esbelto y hermoso y que, definitivamente, no pertenecía a aquel lugar.

Se apuró a abrir la única ventana y a tirar los restos de comida olvidados en el pequeño hornillo que hacía las veces de

cocina. Después se acostó a descansar. Todavía le dolía el cuerpo por la operación y no valía la pena deshacer las valijas. De hecho, hubiera resultado inútil intentarlo.... La señora le había comprado tanta ropa, bijouterie y maquillaje como para un año, olvidándose de que ella no iba a volver a una lujosa mansión, sino a una pequeña celda.

Por un momento, y tirada en ese incómodo camastro, se sintió gorda y fea como había sido siempre... ¡Necesitaba un espejo!... Y no uno pequeñito, como el único que había en su casa de gorda, sino uno muy grande, suficiente como para mostrarle cuanto había cambiado...

Una vez más Guillermo cerró los ojos y simuló dormir. Odiaba tener que escuchar los monólogos de Ana Laura después de hacer el amor. Pero, por sobre todo, odiaba responder a preguntas tales como: ¿Qué te ha parecido?.... ¿No ha estado fantástico?... ¿Me quieres?.... , o la peor de todas: ¿En qué piensas?.

¿En qué se suponía que debía pensar un hombre después del sexo?... ¡En nada!... En que había pasado un buen rato y que no quería arruinarlo con una charla inútil... Pero a las mujeres les encantaba hablar y hablar... Y hablar tonterías: mi cabello, mis uñas, ¿me hace ver gorda esta falda?, etcétera, etcétera.... ¿Cuánto hacía que no prestaba atención a una mujer? ¿Qué no se interesaba en sus palabras?...

Imperceptiblemente comenzó a invadirlo una modorra placentera. Un sueño acariciante, arrullado por una voz dulce y melodiosa que surgía del fondo mismo de su memoria. Era la voz de una mujer de la que ya no recordaba el nombre..... Alguien que desnudaba su corazón con cada palabra, y que él quería seguir escuchando Alguien que...

—¿Te has dormido, Guillermo?—

Los chillidos de Ana Laura le llegaron abriéndose paso entre las sombras, justo en el momento en que estaba por recordar el nombre de aquella mujer. Hizo un intento más.. Y luego se durmió.

La cabeza todavía le pesaba por la angustia de la noche anterior. Como lo había augurado la señora, la vuelta a casa no le estaba resultando nada fácil.

No era lo mismo despertar a las seis de la mañana, con el sol colándose por los visillos, y los pájaros anunciando un nuevo día, que hacerlo con el rugido del despertador, en medio de aquella oscura ratonera que era su casa.

Para colmo, contrariando todas las brillantes enseñanzas de su maestra, se había ido a la cama sin comer, y lo que era peor, sin siquiera intentar arreglar su espacio vital. Y ahora, a pesar de tener veintinueve kilos ochocientos cincuenta gramos menos, el despertador seguía siendo la peor parte del día.

Pero una vez adentro del coqueto conjunto deportivo blanco, y frente a su propio reflejo en un escaparate, todo volvió a ocupar su lugar.

Había llegado el momento de conquistar su propia vida.

A Pedro le gustaban las rubias, pero tenía que reconocer que aquella morocha era espléndida. Los culos rellenos eran lo suyo, y esa niña no sólo lo tenía, sino que sabía menearlo. Discretamente la observó, mientras marcaba los pisos que la gente requería. En todos sus años como ascensorista había aprendido a mirar a las mujeres sin ser obvio. Y aquella joven desconocida había endulzado buena parte de su rutina del día.... Y no sólo por detrás merecía ser vista, también...

—Pedro, ¿no me reconoce?. Soy yo, Renata....—

Si su piel no hubiera sido tan oscura, el buen hombre se hubiera ruborizado. ¿Esa beldad era la gordita fofa que había desaparecido de la oficina meses atrás?

—¿Pedro?—

—¡Ah, si!.... Disculpa. Estás tan cambiada....—

Renata sonrió con picardía.

El ascensor estaba a punto de cerrar sus puertas cuando, con esfuerzo, el mismísimo R.H. lo detuvo. Pedro lo saludó con la reverencia que guardaba para los jefes de las distintas oficinas, y luego inició el ascenso.

En las pocas oportunidades en que Renata había compartido el ascensor con el mandamás, se las había ingeniado para ocultar su inmensa humanidad en el fondo, y así pasar desapercibida. Pero ahora era delgada y hermosa, y ya no tenía miedo de los hombres. Podía sentir la admiración de los que la rodeaban, y la envidia de las mujeres, así que abrirse paso entre ellos le fue fácil. Espero entonces llegar junto a R.H. para hablarle con desparpajo.

—Los lunes son fatales...— le dijo con encanto.

La curiosidad que en un principio le produjo a su jefe, se tornó rápidamente en deseo y admiración. Obviamente no la había reconocido.

—Deberían quitarlos del calendario— dijo, sin saber que responder, y con el aire juguetón de quien creía una conquista asegurada.

Las puertas se abrieron y, para sorpresa de R.H., la bella extraña se le adelantó en bajar.

Aquel hombre joven aprovechó para mirarla a su antojo. ¡Era hermosa!...

Renata se detuvo justo frente a la puerta de la oficina. Antes hubiera entrado como una tromba, urgiendo al tiempo para esconderse en su cubículo, pero ahora sabía disfrutar de las delicias de ser mujer, así que se limitó a esperar a R.H. con una sonrisa. Él la miró confundido. ¿Acaso era una de sus clientes? Por la ropa y el porte, seguramente era una joven empresaria..

—No tiene la más remota idea de quién soy, ¿verdad?— dijo ella con esa sonrisa cálida que había aprendido en los últimos meses, y esa voz seductora que la había acompañado siempre.

—¡Renata!— exclamó el otro con sorpresa.

Esbelta, elegante, fastuosa... ¡Renata!... ¡Increíble!.

R.H. volvió a mirarla, de pies a cabeza, y la joven disfrutó esa mirada. Había aprendido a dejarse acariciar por el deseo de los hombre, y le gustaba. Más que eso: ¡le fascinaba!. Y esa mirada ardiente fue sólo el preludio de lo que terminó siendo la vuelta triunfal a la rutina de su trabajo. R.H. la presentó a sus antiguos compañeros con toda la pompa que la situación ameritaba, y algo más.

Aquella mirada encendida de su jefe se convirtió en un fuego abrasador, azuzado por los ojos atónitos de los demás hombres de la oficina. ¿Qué pensaría el torpe de Alberto, que en medio de tartamudeos se había atrevido a rechazarla?. ¿Sería capaz ahora Nacho de apagar la luz con ella todavía en la oficina?. Renata sonreía, paladeando el placer de la venganza, que encubría con encanto. Pero lo mejor de todo, aquello que hacía que lo pasado hubiera valido la pena, fueron los ojos desorbitados de la bella Susana..., “Susy” como iba a llamarla de ahora en más. La pobre muchacha la miraba con una mezcla de asombro y horror, sin atinar a reaccionar. Y tuvo que ser la misma Renata la que finalmente la saludara con descaro.

—¡Tanto tiempo sin vernos!—

—Estás.... , estás..., cambiada—balbuceó la otra, finalmente.

—Tu, en cambio, estás igual... Bueno, quizás unos kilos más rellenita, pero te queda.... simpático—

Susana, (Susy), se ruborizó. En verdad había engordado varios kilos. Las veleidades de R.H. la enloquecían, y poco a

poco había ido perdiendo seguridad en su propia belleza. Y la repentina vuelta de Renata a la oficina, convertida en una mujer sexy y hermosa, no hacía más que agudizar la situación.

“Gorda pedorra”, pensó Susana con furia.

“Gorda pedorra”, dijo para sus adentros Renata, satisfecha.

Por su parte, R.H. parecía encantado con su nueva adquisición. Ahora entendía los motivos de su amigo para jugarse por esa muchacha. Aquella debía ser una mujer ardiente. Tanto como para atraer a Guillermo, aún con veinte kilos de más....

A partir de ese día, la vida de Renata comenzó a transcurrir entre algodones. Mimada por sus compañeros varones, los clientes, y hasta su propio jefe, y odiada en silencio por su antigua contrincante (ahora una pobre rival para ella), ocupaba un lugar principal en la oficina, justo allí, en el escritorio que enfrentaba la puerta de entrada, donde la luz pegaba de lleno. Junto a ella, Susy languidecía. Decididamente había comenzado a ganar peso, y casi calificaba para el puesto que Renata había dejado vacante. “Gorda pedorra”, susurraba la antigua reina de la oficina, como un mantra, mientras comía dulces durante las horas de trabajo. Renata, en cambio, sonreía. Sonreía a sus compañeros, a su jefe, a todos los hombres que se le acercaban con fruición, a todos los que le decían cosas por la calle, o en los negocios. Sí, su hermosura la hacía contar con innumerables ventajas. Pero nadie daba nada gratuitamente: todos pedían a cambio su atención incondicional, y una sonrisa que prometiera algo más.

Ahora Renata perdía horas de su vida acicalándose para ser perfecta, muriéndose de hambre, y corriendo en una aburrida cinta de gimnasio. Y es que una vez reintegrada a su vida de

siempre, todo lo enseñado por su mentora se había desdibujado. Desoyendo sus consejos nunca había forjado una rutina de vida sana y placentera. Por el contrario, haberse subido una vez a la balanza, la había vuelto dependiente de ella. Se pesaba dos o tres veces al día, obsesivamente. Y cada pequeño aumento de cien o doscientos gramos era castigado con horas de gimnasio...

Y tampoco le había hecho caso en cuanto a su relación con los alimentos:

“La forma más fácil de liberarse de aquello que nos disgusta es volverlo una rutina. Así pronto desaparece de nuestra atención. Si odias comprar o cocinar tienes que planear la comida de quince días (desayunos, almuerzos, meriendas y cenas), y cumplirlas a rajatabla. Tiene que ser un listado general y fácil de llevar a cabo. No elijas algo así como “ensalada de rábanos”, sino algo más simple, como “ensalada de hojas de estación”. Y, fundamentalmente, no olvides el placer. Nunca se persevera en aquello que a la larga o a la corta no nos deleita”

Palabras ahora olvidadas.

Su vida se parecía cada día un poco más a la de antes, cuando era gorda. La compulsión por la comida había sido reemplazada por la de la dieta y el gimnasio. Su soledad y ostracismo se habían convertido en una suerte de eterno viaje en metro, rodeada de gente desconocida que la observaba y con la que tenía contacto, pero que, llegados a destino, partía cada cual por su lado, dejándola sola. Como cuando era una gorda pedorra.

“Todavía no lo he intentado”....

Las palabras de la señora resonaban una y otra vez en su mente: “Todavía no lo he intentado”. ¿Qué cosa no había

intentado?... Ya era delgada y admirada, pero.... ¿y su sueño?. ¿Dónde había quedado esa promesa que se había hecho camino al pueblo de Escobar, y de un futuro incierto?.... Parecía imposible cumplirla...

¿Cómo conquistar a Guillermo Pardo, el único hombre que se había interesado en ella, no por su apariencia, sino por lo que era en su interior? ¿Cómo trabar relación con aquel que había escuchado su voz durante horas, a pesar de no conocerla?

Sí... Parecía imposible cumplir la promesa que se había hecho....

Pero en verdad, todavía no lo había intentado....

V

¿CUANTOS KILOS DEBO BAJAR PARA CONQUISTARLO?

Por el intercomunicador sonó la voz preocupada de la secretaria de Guillermo.

—Disculpe, señor Pardo. Estoy segura de que debe tratarse de un error, pero... Hay algo aquí para usted.... No tiene remitente—

Guillermo se levantó de un salto y se apuró a abrir la puerta. La seguridad no era algo para tomar a la ligera. Durante la última crisis del país había tenido que despedir a más de doscientos empleados. Eran doscientas familias que hoy querían verlo muerto. Bajo esas circunstancias, un paquete sin remitente era algo de mucho cuidado....

Pero bastó llegar a la oficina contigua para que prorrumpiera en una sonora carcajada. Allí estaba Lucila, su secretaria, rodeada de guardias de seguridad y con el objeto en cuestión entre los brazos: un ramo de flores exactamente igual al que unos meses atrás hubiera comprado para la tal Renata: veinticuatro rosas amarillas.

Se apuró a leer la tarjeta: “No me digas que no”, decía, y luego una hora y una dirección. La risa de Guillermo se volvió una sonrisa cómplice. ... Era evidente que la niña tenía agallas.... Y que la tía le había enseñado muy bien.... Repitiendo la misma frase que él había escrito (robada de una película, por cierto),

creaba un nexo entre los dos. Pero al no indicar el motivo o el tema de la cita, daba a todo el asunto un aire misterioso y encantador. Podía tratarse de una simple entrevista social, de un pedido de trabajo o (y esto era lo que más lo excitaba) de un encuentro amoroso. Podía terminar en la cama con ella, o comprando algún condominio que no le interesaba...

Volvió a sopesar la situación: había sólo un diez por ciento de probabilidades de terminar la velada con buen sexo.... Y considerando que Renata le había parecido bastante inexperta y torpe, en aquel caso en particular, ese porcentaje descendía bruscamente al uno por ciento.... Las chances jugaban en su contra.

Dejó las flores en brazos de su secretaria, hizo un pequeño bollo con la tarjeta, y lo encestó en el papelerero. Sin pensar más en el asunto volvió a su escritorio y a su vida.

El día apenas estaba comenzando.

Renata miró descorazonada su reloj.

La cita era a las ocho de la noche, y ya habían pasado cuarenta minutos.... Guillermo no iba a aparecer.

¿Cómo había imaginado que él iba a interesarse en ella?... Lo único que podía decir en su defensa era que, si bien él sólo la había visto gorda y fea, ella había creído percibir una extraña conexión entre los dos.... ¡Pero que sabía ella!... ¡Qué sabía del amor!. Como siguiera así iba a morir virgen... Y es que si no se

apuraba a encontrar a alguien iba a terminar recobrando todo el peso que había perdido, ¡y entonces sí que estaba lista!. Y es que a pesar de la dieta rigurosa y toda la gimnasia, en el último mes había engordado setecientos cincuenta gramos. Y es que....

Sintió unas horribles ganas de comer chocolate. De encerrarse en su casa, y comer chocolate mirando televisión... De encerrarse y....

Sus íntimos reproches se interrumpieron abruptamente: el mismísimo Guillermo Pardo estaba parado allí, a la entrada del salón, y la miraba incrédulo. Y fue justamente esa mirada la que hizo que Renata volviera a su lugar. A su nuevo lugar. Al de mujer hermosa, segura y deseada. Al de aquella que dominaba la situación.

No le hizo seña alguna. Se limitó a sonreírle con encanto. Él se acercó lentamente, tratando de encontrar en aquella beldad a la gordita simplona que había conocido.... Pero Renata había cambiado... Mucho.... Demasiado.

Se sentó junto a ella y la observó hablar durante la siguiente media hora: sus formas, su estilo, sus palabras. Renata era ahora igual a las demás mujeres que solían acercársele, simulando ser interesantes. Mujeres que hablaban sin escuchar, tratando únicamente de llamar la atención sobre su propia persona. Mujeres que buscaban obsesivamente su imagen en cualquier superficie que pudiera reflejarla... Estaba acostumbrado a esas mujeres, y, de no haber conocido a la antigua Renata, no le hubiera importado... Pero ahora lo asqueaba. Por eso, cuando terminó su taza de café, creyó prudente dar por finalizada la entrevista.

—¿Entonces?— preguntó impaciente, desviando la mirada.

—Entonces me parece justo compensar de alguna forma a tu tía por todas sus molestias... ¿La apuesta era que yo podía conquistar a tu primo José Ignacio? ¡Estoy ansiosa por demostrar que puedo hacerlo!—

—La apuesta fue sólo una excusa para que mi tía aceptara volver al trabajo, y superara la muerte de mi prima. No tiene ningún sentido insistir con eso. Además, ni siquiera sigo de novio con Ana Laura...—

Los ojos de Renata relampaguearon y Guillermo lo notó de inmediato, pero continuó la frase como si nada.

—... y a José Ignacio lo conquista cualquiera—

—Sin embargo, tengo que insistir— retrucó la muchacha con una cierta desesperación en la voz.

Guillermo la miró a los ojos. Tras la pintura brillante, había una mirada profunda y triste. Una mirada desesperada. Igual a la que había visto en aquella simpática gordita de su encuentro previo, y que ahora le costaba tanto reconocer en aquella mujer fatua que tenía delante. Una mirada que lo había conmovido entonces, porque se parecía demasiado a su propia mirada....

Suspiró y asintió con la cabeza. Aquella muchacha no quería simplemente sexo. Quería conquistarlo. En su inocencia era obvio que se había enamorado de él... ¡Patética!. Pero.... ¿quién no lo era?

¿Acaso él, jugando todos los días a ser el gran empresario, no era tan falso y presuntuoso como Renata, que se creía lo suficientemente hermosa como para ganar su corazón?

—¿Entonces...?— preguntó ella, tratando de disimular sus sentimientos.

—Entonces voy a ayudarte— contestó él, mientras en su fuero íntimo se preguntaba que tan lejos era capaz de llegar por lástima.

La vida en la oficina se había vuelto horriblemente aburrida. Al menos cuando era telefonista podía encerrarse en su cubículo y soñar sin que la molestaran. Ahora, en cambio, la cara le dolía de tanto sonreír ante las continuas insinuaciones de los clientes. Gordos, viejos o estúpidos, Renata sabía que buena parte de su encanto radicaba en esa sonrisa invitante, y en su voz melodiosa. No era (ni aún ahora, después de tanto esfuerzo) lo suficientemente bella como para ser despreciable, y que la gente se lo perdonara. No. Ella no era naturalmente hermosa. Sólo era atractiva. Tan atractiva como para engañar a muchos, pero.... ¿sería eso suficiente como para encandilar a Guillermo Pardo?...

Aquella tarde, más que cualquier otra, necesitaba desesperadamente hablar con la señora. Pedirle consejo. Contarle sus miedos... Extrañaba a aquella mujer que la había acogido con tanto amor. Extrañaba sus charlas nocturnas, cuando “la gran Nadia” daba paso a una dama cálida y sonriente.

No transcurría ni un día sin que pensara en ella. Pero aquella tarde en especial su ausencia le dolía como nunca...

Suspiró. No podía llamarla. A pesar de la tonta excusa que había inventado para acercarse a Guillermo, sabía que nunca más iba a poder volver a la vieja casona... Había traicionado a

su mentora. Había accedido a operarse con aquel hombre que era su enemigo....

¡Y no sólo eso!

Cuando pensaba en la vieja dama sentía la misma congoja que tenía al evocar a su madre. Y como había ocurrido con ella, ahora era ya muy tarde para arrepentirse de su desamor.

—¿Tienes una cita esta noche?—

La voz cascada de Susana la trajo de vuelta a la realidad.

—Si— contestó con legítimo orgullo. —Con Guillermo Pardo—

—¿Otra vez estás saliendo con él?—

“Ojala”, pensó Renata, pero se limitó a sonreír.

—¿Y R.H.?—

—¿Qué pasa con R.H.?—

—Eso pregunto yo: ¿qué pasa con R.H.?— repitió angustiada.

Renata miró con sorpresa a su antigua rival.

—No pasa nada... No me interesa....—

—Pero a él le interesas tu—

Y a pesar de que la otra lo negó rotundamente, Susana continuó con amargura:

—Es evidente.... Siempre te está mirando. Te hizo poner aquí el escritorio...., te manda los mejores clientes...—. Escondió la cabeza, y concluyó con ojos llorosos: —¡Yo sé!—

Renata la miró sorprendida. Había demasiados sentimientos en su adversaria. Y ella no sabía lidiar con los sentimientos propios, y mucho menos con los ajenos, así que se limitó a volver a negar, ya sin mucho convencimiento, y comenzó a juntar sus cosas. ¡No había tiempo que perder!. Aquella noche iba a conocer al primo José Ignacio, y eso la ponía un poco nerviosa... Pero lo que realmente la emocionaba era que, esa mágica velada, iba a ser la pareja de Guillermo Pardo. ¡Como en un sueño!...

Y soñar era lo único que le importaba.

Se apuró a salir, apagando la luz de la oficina tras ella (a R.H. no le gustaba que quedaran luces encendidas si no quedaba nadie allí).

Cuando la puerta se cerró, Susana, envuelta por las sombras, comenzó a llorar.

Guillermo volvió a mirarla de reojo. ¡No había nada que hacer! Por mucho que hubiera cambiado, la pobre muchacha no era ni remotamente tan distinguida o sofisticada como la bella Ana Laura... ¿Dónde estaría ahora Ana Laura?. A veces extrañaba su actitud distante. En cambio, la ex—gordita lo miraba con arrobamiento desde que había subido al auto. En lo que a él respectaba, ya lo había decidido: sus obligaciones para con ella culminaban aquella misma noche. Le presentaba a José Ignacio, atestiguaba su rotundo fracaso (su primo no era tan

tonto, después de todo), y la llevaba de vuelta a casa, desconsolada. Pero nada más...

—Primo José Ignacio, esta es Renata—

—“Eni”— se apuró a corregir la muchacha, en medio de aquella sonrisa deliciosa, tantas veces ensayada.

Guillermo la miró con desagrado, y sintió aún más fastidio al ver la cara complacida de su primo. Al parecer, el idiota era más estúpido de lo que él había previsto.

—Renata es mi novia— se vió obligado a aclarar Guillermo, injustificadamente, como se dio cuenta al ver la expresión de “Eni”.

—¿Lo de ustedes “va en serio”?— preguntó José Ignacio, sin dejar de mirar a su nueva presa.

—Me gustan las cosas serias, mientras no dejen de ser divertidas— retrucó ella con encanto.

A partir de entonces, Guillermo comenzó a sentirse fuera de lugar. Era evidente que el imbécil, hijo de... su tío, no sabía distinguir entre una paloma y una gallina... Aunque también había que reconocer que la gran Nadia había vuelto a lucirse. La gordita que lo había mirado con interés en su camino a la fiesta era ahora una mujer encantadora, llena de promesas, y que manejaba la situación (y a José Ignacio) a su antojo. Una mujer a la que, por alguna extraña razón, no podía dejar de mirar, aún cuando la misma Ana Laura se había presentado ante él, despampanante, y empeñada en reconquistarlo.

Y es que aquella ex—gordita se movía con tanta gracia, bailaba tan bien, era tan chispeante en sus comentarios, que...

Que ¡¿qué?!

Una y otra vez volvían a su recuerdo las palabras profundas, dichas con voz melodiosa, por aquella niñita asustada que jugaba con ser mujer, a las tres de la tarde, mientras creía no ser escuchada... ¿Estaría jugando también ahora?. Porque, al menos para José Ignacio, parecía ser muy convincente.

Guillermo apuró el último trago de su bebida y tomó a Ana Laura del brazo, con cierta violencia. ¿Quería quedarse “Eni” con su primo?... ¡Qué se quedara!. ¿Quería convertirse en una “any”?¹. ¡Qué lo fuera!. Él iba a dejarla allí, y se iba a ir solo... ¿Solo? ¡No!. Mejor con Ana Laura. ¡Sí!. Iba a hacer el amor con ella... ¿Hacer el amor?. ¡Que va!... Iba a tener sexo. Sexo del bueno. Sexo como el que se tenía con las mujeres que no se escondían detrás de una mirada inocente o arrobada para dar lástima. Sexo como el que, ahora se daba cuenta, nunca iba a tener con Renata.

Como siempre últimamente, a Renata ya le dolían los labios de tanto sonreír. Festejaba cada ocurrencia de José Ignacio en la medida justa como para complacerlo, sin halagarlo en exceso. Y José Ignacio no hacía otra cosa sino pavonearse a su alrededor. Dado que aquella hermosura era la novia de su primo Guillermo, era lo menos que se podía esperar de él. Conquistarla era una cuestión de familia....

¹ Any: del inglés, cualquiera. Se pronuncia “eni”.

Quién los mirara a la distancia, hubiera pensado que Renata y José Ignacio eran la pareja perfecta: los dos eran hermosos, sus trajes despampanantes y llamativos, y juntos brillaban en la pista de baile. Hubieran podido llenarse varias hojas de la revista *Hola* con sus fotos: gente hermosa, en un lugar magnífico.... Pero como la vida no pasa por las hojas de una revista, ni la felicidad queda atrapada en una foto, aquella velada memorable se había convertido en un verdadero suplicio para Renata. Mientras bailaba, sin perder el paso ni la sonrisa, había podido observar como se desvanecía su única posibilidad de conquistar a Guillermo Pardo. No sólo él no se había quedado estupefacto, admirándola y deseándola en secreto, como Renata había soñado, sino que había terminado yéndose con una rubia impresionante... Y sin él allí, toda aquella noche carecía de sentido. José Ignacio era increíblemente buen mozo, y seguramente tan rico como su primo, pero Guillermo.....

Renata suspiró.

—¿Te he aburrido?— preguntó José Ignacio, preocupado.

—No, de ninguna forma.... Es que... Se me ha perdido mi novio y....—

Renata paladeó cada letra de la palabra “novio”, y la boca se le llenó de placer.

—Creo que por esta noche te ha cambiado por Ana Laura—

—Ana Laura....— repitió, pensativa, la muchacha. Y se inundó de amargura.

—¿Estás ofendida?— preguntó con esperanza José Ignacio, que conocía muy bien la dulzura de una mujer amargada. Pero el tono de Renata al contestarle lo sacó rápidamente de su

ilusión. No parecía sentirse tan despechada como simplemente “triste”.

— No te preocupes..., — trató de consolarla, —... seguramente se enojó por vernos juntos... ¡Ya se le pasará!... Guillermo me ha celado toda la vida. Siempre se ha comparado conmigo. Y es que, modestamente, soy un verdadero “ganador”, mientras que él.....—

—¿Él?— preguntó Renata asombrada.

—El es un completo fracaso. ¡No te ofendas! Ya se que es tu novio, pero también es un verdadero inútil para los negocios. ¡Y con las mujeres...!—

Se interrumpió abruptamente.

—¿Y con las mujeres?— repitió la muchacha, anhelante.

José Ignacio la miró a los ojos. La muy estúpida estaba realmente enamorada de su primo. ¡Mejor!. Eso hacía más interesante la conquista....

—¿Y con las mujeres?— insistió Renata.

—Es sumamente inseguro y torpe. ¡Mira sino lo que acaba de hacer!: al ver que formábamos tan buena pareja se sintió amenazado y te dejó aquí, justo en mis brazos....—

Se irguió y se apuró a cubrirla con su cuerpo.

—¿No te parece maravilloso?— insistió.

Pero, como hacía últimamente cada vez que no tenía idea de que hacer, Renata sonrió enigmáticamente y se soltó con suavidad. Ya era hora de volver a casa e ir a dormir.

Ya era hora de dejar de soñar.

Una, dos..., tres horas habían pasado. Las piernas le dolían de tanto estar parada en el mismo lugar. Ya estaba considerando irse cuando miró a su alrededor, y no pudo evitar una sonrisa. Rápidamente se puso en marcha. Comenzó a abrirse paso por entre la gente, con la urgencia de aquel que está muy ocupado. Y entonces, “casualmente”, se tropezó con él.

—Renata...— dijo Guillermo con sorpresa, al verla.

—Eni— lo corrigió ella. —Ahora me hago llamar Eni... Suenas mucho mejor que mi nombre, ¿no te parece?—

Guillermo le lanzó una mirada fría, y parecía dispuesto a irse. La pobre muchacha comenzó a desesperar.

—Pero que sorpresa encontrarte...— dijo la nueva “Eni”. — ¿Qué andas haciendo por aquí?—

—La Química está en la otra calle, y suelo salir todos los días a esta hora para buscar mi auto—

—¿No lo guardas dentro de tu empresa?—

—Prefiero no hacerlo porque... —

Pero Guillermo se interrumpió en medio de la frase, y la miró con recelo.

—¿Pero qué haces tú por aquí?. Lo de R.H. queda muy lejos...—

—He ido a la casa de una amiga, a llevarle una falda que me ha pedido prestada. Ya me iba a casa... ¿Y tu?—

—Yo no le presto faldas a mis amigas—

Renata lo miró directamente a los ojos, con aquella sonrisa tan ensayada en los labios.

“Ya está”, pensó él. “Ya estamos jugando al gato y al ratón: el primer paso de toda conquista. Yo digo una tontería, ella sonríe, alentándome.... ¡Que cansancio!...”.

—No seas tonto— le replicó Renata, aprovechando para empujarlo con suavidad, y así establecer el primer contacto físico entre los dos. —Te preguntaba si tú también ibas a tu casa—

“Obvio”, pensó él, pero sólo se limitó a mover afirmativamente la cabeza. Y luego, por pura maldad, se quedó callado, mirando la cara de desesperación de ella.

—¿Serías tan bueno de llevarme?— dijo finalmente Renata, sabiendo en su interior que el haber dado el primer paso la ponía en situación de desventaja.

Guillermo otra vez se tomó su tiempo. Segundos, que parecieron horas para Renata...

—Bueno...— dijo finalmente él, sin mucho convencimiento.

—Bueno, si dudas tanto, no hay ninguna obligación... Puedo tomarme el metro y...—

—No, está bien...— se arrepintió. —No es ninguna molestia— terminó diciendo, con algo más de entusiasmo.

Renata sintió que otra vez tenía la pelota en su lado de la cancha.

—No. De verdad... Me he arrepentido de pedírtelo... Te debo demasiadas cosas como para adicionar otro favor... Es sólo que no estaba muy segura de cómo regresar, y al verte, pensé... Pero entiendo que no sea prudente que nos vean juntos...—

—¿Prudente? ¿A qué te refieres?— preguntó Guillermo, con legítima curiosidad.

—A que quizás tu novia pueda ofenderse si te andas paseando con otra mujer... Y yo no quiero causarte problemas...—

Guillermo sonrió. Otra vez tenía la ventaja. Aquella referencia a Ana Laura había resultado demasiado obvia.

—Ana Laura...— dijo él con un estudiado tono pensativo.
—Ana Laura... —repitió.

Y luego sonrió a la antigua gordita.

—Vamos, Renata. Mi auto está a dos calles...—

Y tomándola discretamente de la cintura, comenzó a caminar hacia la trampa que los dos se acababan de tender.

Desde que había muerto su madre, Renata no había recibido demasiadas visitas en su piso. A ella no le gustaba limpiar u ordenar, por lo que el lugar solía ser invariablemente un

chiquero. Además, era oscuro, pequeño y mal ventilado. Nada para sentirse orgullosa. Por eso aquel día de su primer encuentro con Guillermo, cuando todavía era la gorda Renata, él había entrado allí casi por la fuerza. Ahora, en cambio, era la mismísima “Eni” la que quería forzarlo a entrar.

Se había pasado varias horas arreglando el desastre, porque entendía que hacerlo subir era la única forma de retenerlo a su lado en relativa intimidad. ¡Y vaya que quería retenerlo!. Estaba dispuesta a todo. Su inexperiencia hacía que marcar límites le resultara difícil. ¿A que la comprometía el dejarlo entrar a su casa?; ¿qué esperaba lograr él una vez franqueada la puerta?....

Pero de una cosa estaba segura: no iba a ser ella la que dijera que no.

—Pero sólo unos minutos— seguía insistiendo Guillermo. —He dejado el auto mal estacionado—.

—Sólo un café— rogó Renata.

Finalmente aquel conquistador que se oponía a ser conquistado, entró sin mucho convencimiento. Una vez cerrada la puerta caminó hasta el centro del único cuarto que conformaba la casa, y miró todo a su alrededor con sorpresa.

—Esto está bastante cambiado— dijo al fin.

—Cuando entraste la última vez estaba un poco desarreglado porque yo había estado enferma ...— se excusó avergonzada la antigua gordita.

—No, no me refiero a eso... Ciertamente está más limpio,— dijo, con brutal sinceridad. —... pero... Hay algo más... ¿Sabes? Le has dado a tu casa el aspecto de una tienda del centro.... Es como si aquí todo estuviera a la venta—

Guillermo clavó una mirada de reproche en la muchacha, que bajó la cabeza.

—He tenido que comprar algunos percheros...Tu tía me ha regalado demasiada ropa— se justificó finalmente.

—Lo imagino... Y esto también te resultará ahora imprescindible...—

Guillermo estaba señalando un gran espejo (uno de varios que había en el cuarto). Renata se paró junto a él y, por un brevísimo momento, su mirada quedó extasiada en su propia imagen. Fue sólo un instante, pero lo suficiente para que Guillermo lo notara.

—Estás muy cambiada, Renata— dijo él, con un tono imperceptible de dolor.

—¡Muchas gracias!— respondió ella, con orgullo.

Aquel hombre joven tomó distancia y buscó sentarse. No había mucho para elegir: una silla bastante destartada, o la cama. Eligió la cama, y se sorprendió cuando Renata se sentó junto a él. ¿Qué estaba buscando aquella niña?... Porque no iba a tardar mucho en encontrarlo.

—¿Y?... ¿Cómo te ha ido con mi primo?— preguntó finalmente, luego de un incómodo silencio.

—Bien... Me ha mandado un ramo de flores a lo de R. H.—

—Entonces puedes considerar la apuesta como ganada, y el honor de mi tía, satisfecho. Eres libre de dejar de verlo... A menos que...—

Renata sonrió al escuchar estas últimas palabras. ¿No había, acaso, un leve tono de celos en ellas?

—¿A menos?— repitió, encantada.

—A menos que estés interesada en él... ¿Estás interesada?—

Ventaja para Renata.

—Si, lo estoy— repitió con convicción.

No quería desperdiciar aquella ventaja. Si de verdad, como decía José Ignacio, a Guillermo le gustaba competir con él, aquel supuesto interés podía resultar un buen aliciente para que él se fijara en ella. No quizás el que Renata hubiera preferido, pero... en la guerra como en el amor...

—Y si estás tan interesada, ¿qué estoy haciendo yo aquí?—

Renata lo miró sin comprender. O comprendiendo demasiado, lo que era peor: no lo había engañado ni por un minuto.

—Yo... Nos encontramos y...—

—¡Vamos, Renata!... Prácticamente me has forzado a subir...—

Por un momento “Eni” se sintió la Renata de siempre, y miró a Guillermo con esa cara desconsolada que a él, particularmente, lo ponía en desventaja.

—Yo..., yo... — comenzó a tartamudear la pobre niña. —Yo no quería molestarte, pero... Tú sabes... Tu tía me ha enseñado muchas cosas. Me ha enseñado a caminar, a vestir, pero...—

—¿Pero?—

—Pero hay cosas que una mujer no puede enseñar a otra... ¿Sabes? Tu primo me cree una mujer de mundo. Y en eso, lo se, radica buena parte de su interés por mí... Pero yo..., yo...—

Otra vez la ex gordita se había estancado, y Guillermo, como el caballero que era, se sintió en la obligación de correr a su auxilio.

—Y tu, en la intimidad, no tienes experiencia—

Renata lo miró con agradecimiento.

—Bueno...— continuó él, —no tienes por que llevártelo a la cama en la primera cita—

—No se trata de eso... Es que yo..., yo...—

Otra vez empantanada.

—Tú habrás tenido antes algún noviecito y...—

Renata lo interrumpió abruptamente.

—No— dijo con seca convicción.

—¿Cómo que no?. ¡Vamos!. Todo el mundo ha tenido aunque sea una cita... ¡Ya sabes!. una salida, una caricia..., un beso...—

—No, no y no— insistió.

Guillermo la miró conmovido. Por un momento en sus oídos volvió a resonar toda la ternura de aquella nenita triste, esa que hablaba con voz melodiosa a las tres de la tarde.

Y “Eni” volvió a ser simplemente Renata.

Y entonces la besó.

Lentamente al principio, con cuidado. Luego con ternura... Pero finalmente con pasión. Él era un hombre, y una boca era

igual a cualquier otra boca de mujer. Y no había nada en Renata que la convirtiera en excepción.

Para ella, en cambio, aquel beso tan sorpresivo como planificado, la sacó de personaje.

Ya no era “Eni”, la que dominaba la situación, la que tendía la trampa, sino la pobre Renata, la presa.

Imperceptiblemente para él, y como algo natural (un mandato de su cuerpo en el que ni su cabeza ni su corazón participaban), Guillermo fue convirtiendo sus besos en caricias apasionadas. El cuerpo de Renata trepidaba a su sólo contacto. Él la recorría con avidez: sus pechos, sus muslos. Ella se dejaba dominar mansamente, su mente en blanco, su boca callada, sólo atenta a su propio cuerpo que no dejaba de hablar, de gemir de placer.

Repentinamente, una extraña vibración surgió de la entrepierna misma de él.

Era su teléfono móvil, olvidado en un bolsillo del pantalón. Guillermo, como salido de un trance, se apuró a contestar, mientras que Renata, a su lado, lo miraba confundida, con las mejillas todavía arrebatadas por la pasión, y la blusa ligeramente salida.

—¿Si?. ¿Ana Laura?... Si, me he detenido un momento.... No, no lo he olvidado. Es que...—

Guillermo, antes de terminar la frase, observó a aquella criatura inocente que lo miraba asustada.

—...tenía algo pendiente. Pero ya voy para allí.—

Como si fuera un niño atrapado robando un dulce, aquel hombre grande se apuró a terminar la conversación y a escapar de aquella casa. No podía determinar hasta que punto había sido víctima o victimario, pero decididamente la mirada de Renata lo ponía incómodo. Por fortuna, las cosas no habían llegado a nada de lo que tuviera que arrepentirse...

¿O sí?

—Bueno, como primera lección ha estado bien. Ahora tengo que irme— dijo apresuradamente.

Y sin darle tiempo a reaccionar, escapó de aquella muchacha y de aquella casa, con la íntima convicción de que si no se apuraba, podría quedar fácilmente atrapado allí para siempre.

Resultaba increíble lo poco que duraba el dinero. La señora le había enseñado que para ser atractiva no sólo era cuestión de vestir bien, sino que también había que prestar atención a los accesorios. Aquellas pequeñas cosas que hacían que una mujer sobresaliera del resto: un par de trenzas, unos lentes de sol, un sombrero. Esos detalles que la ponían en el candelero. Esa estrecha línea entre lo llamativo y lo ridículo por la que, por ser tan riesgosa, muy pocas mujeres se animaban a transitar, y menos aún lo hacían con éxito.

Esos detalles eran, a no dudarlo, ridículamente caros. Un collar de fantasía podía costar igual que un vestido. Un adorno para el pelo, como un mes de gimnasio. Y Renata sólo contaba

con su sueldo de secretaria para mantener esa parodia de “mujer de mundo”...

Un gemido agudo de José Ignacio la sacó de su ensueño. Su mano (algo afeminada para un hombre tan grande, por cierto) había trepado, sin que ella se diera cuenta, por su muslo, casi hasta su sexo.

Renata se apuró a retirársela con gracia.

¿Cuanto hacía que la estaba besando?. Miró el reloj del auto: ¡quince minutos!.

Prestó atención a la respiración agitada de su enamorado, y se dio cuenta de que era hora de calmar los ánimos... (Los de él, porque los de ella....).

Lo había pensado cuidadosamente, y José Ignacio era el único medio que tenía para mantener una relación con Guillermo. Debía salir con éste, para conquistar al otro.

—Se ha hecho tarde. Llévame a casa, por favor—

—¿Me dejarás subir esta vez?—

—No, no insistas...— dijo ella, con un tono indiferente, que al otro, desacostumbrado a los rechazos, lo volvía loco y lo excitaba.

—¿Cuándo, Eni?... ¿Cuándo?—

—Todavía soy la novia de tu primo... ¡No lo olvides!—

—Eso me enciende más todavía— respondió él, mientras se le echaba encima, con esa furia lasciva que tanto le repugnaba a ella.

Y es que desde que era atractiva, no eran pocas las veces en que veía esa mirada convulsionada en los ojos de un hombre. Era esa voz sibilante que ponía el idiota de Cáceres para hablarle en la oficina. Como le pedía siempre, en combinación con R. H., el bibliorato más alto. Podía sentir sus ojos recorriendo su espalda mientras ella se estiraba para alcanzarlo. O la manera en que Pedro, el ascensorista, se acercaba para rozarla. O la mano que el tipo del café estiraba, y que, hasta ahora, ella siempre había podido atajar.

Obviamente le gustaba ser atractiva, porque llamaba la atención de los hombres. Pero odiaba serlo, porque todos se creían con legítimo derecho a poseerla. Y a ella no le gustaban todos.... Sólo quería conquistar a Guillermo Pardo.

—¿Cuándo, Renata?... ¿Cuándo?— musitó José Ignacio, en medio de su estallido de pasión.

Y en la mente de la muchacha la pregunta quedó resonando:

¿Cuándo?

—Me sentí usado— sentenció con aire grave Guillermo, todavía envuelto en una toalla.

—¡No seas ridículo, hombre!— se burló su amigo.

—¡De verdad!... Aquella niña me llevó engañado, sabiendo exactamente lo que quería de mí—

Roberto sonrió sobradamente.

—Siempre podías decir que no— dijo al fin.

Guillermo miró a su amigo con ofuscación.

—¡Un hombre no puede decir que no!... Eso es cosa de mujeres. A ellas, les tocas una teta y sólo piensan: “¿le parecerá firme?”, “¿creerá que soy una cualquiera?”, “¿podré atraparlo después de esto?”... En cambio a nosotros nos muestran un pecho y sólo pensamos: “pecho, pecho, pecho”... Y nos lanzamos a la conquista. ¡No podemos decir que no!...— dijo con un tono que daba lástima, y terminó agregando, casi compungido: —Es hormonal...—

—¡Vamos, Guillermo!— insistió Roberto, mientras guardaba las raquetas y sacaba su camisa y su cuello de sacerdote.

—¡Para ti es fácil!—

—¡No seas idiota!... Antes de ser cura me he acostado con muchas, a ti te consta; y después de ordenarme...—

—¿Después de ordenarte?— preguntó el otro con suspicacia.

—¿Tú qué crees?... Doy clases en un colegio donde cada niña imagina que es la mismísima “Camila”², y que, como en la película, tiene obligación de “redimirme”. Han llegado hasta a

²Tercera película de María Luisa Bemberg y primer trabajo del actor español Imanol Arias en el cine argentino.

La verídica y trágica historia de amor entre la joven argentina Camila O' Gorman y el sacerdote Ladislao Gutiérrez, a mediados del siglo XIX, y los escándalos que provocó semejante relación en la Iglesia y en la sociedad de la época.

tocarme en el confesionario, o a gemir a mi paso. Aún las más tímidas me envían cartas... Pero yo siempre he podido decir que no. ¡Y eso que te aseguro que sigo siendo muy hombre!.—

Guillermo lo miró confundido. Ciertamente, de los dos, Roberto siempre había sido “el ganador”. Morocho, alto, y de ojos claros, su sorpresiva decisión de unirse a la Iglesia había hecho tambalear a más de una mujer.

—¿Sabes? Nunca he podido terminar de entender por qué lo haces...—

—¿Qué cosa?—

—Decir que no—

—Porque decir que sí es desviarme de mi verdadero llamado—

—¿Y cuál es ese llamado?—

—El de todos: ¡Dios!. Pero dentro mío, el Señor grita un poquito más fuerte... Como a ti te pasa con esa niña, ¿cómo dijiste que se llamaba?... ¡Renata!. Ella grita en tu interior, un poquito más fuerte que las demás—

—¡Renata no me grita nada!— exclamó Guillermo con ofuscación. —¡Ni siquiera me susurra!—

—¿Estás seguro?... Después de todo, bastó que te invitara a sentarte en su cama para que quisieras tumbarla en ella....—

—¡Porque soy un hombre!—

—¿O porque ella es Renata?... ¡Vamos!... Guiado por tu nuevo criterio, muchas mujeres han “abusado” de ti, y , hasta ahora, nunca te había oído quejar...—

—Pero las otras eran distintas...—

—¡Lo que yo digo!: ninguna de ellas era “Renata”—
respondió Roberto, con aire burlón.

Guillermo, ofendido, lo atacó con lo más mortífero que tenía a mano: las medias que acababa de sacarse, luego del partido. El otro logró atajarlas, y, en defensa propia, le revoleó su camiseta sucia, no menos letal.

Luego de tirar unos cuantos puñetazos fingidos, mover sus músculos, y terminar medio desnudos, ninguno de los dos volvió a mencionar el asunto. Aquella pequeña confesión había terminado. El corazón de Guillermo no había sido perdonado, y quizás por eso seguía bramando de culpa. Pero su dueño no lo quería escuchar. Renata no era distinta de las otras. Quizás un poco más astuta, como para aprovecharse de él. Como para usarlo...

Por eso estaba tan ofendido.

Por eso no podía sacársela de la cabeza...

Sí... Sólo por eso.

Su estómago comenzó a crujir, y Renata lanzó una risita nerviosa para tapar aquel ruido vergonzoso.

Tenía hambre. Mucha hambre.

Desde la tarde anterior que no comía, excepto por el yogurt tomado a los apurones en el gimnasio.

Lamentablemente, la brillante operación del doctor López había quitado hasta el último resto de comida de sus caderas, pero no había hecho lo mismo con su cerebro. Comer era una obsesión para ella, y por eso ahora, obsesivamente, no lo hacía.

—¿No quieres este bombón?—

José Ignacio había levantado el más delicioso bombón de la pila (aquel con una almendra..., ese que había subyugado a Renata desde el mismo momento en que lo habían traído a la mesa); lo había paseado delante de su nariz, sin ninguna misericordia, y, sin esperar respuesta, lo había devorado, con la misma actitud lasciva con que la besaba a ella.

—¡Buenísimo!— dijo, aún con la boca llena. —¡Lástima que no lo quisieras!—

“ ¡Sí!... ¡Sí, lo quiero!. ¡Lo quiero!... Ese y todos los otros... ¡Quiero todos!” , gritaba Renata en su interior.

Pero en vez de eso, sólo musitó:—No me gustan, gracias— mientras fruncía la boca con encanto.

Tanto, que José Ignacio, aprovechando la oscuridad del lugar, comenzó a besarla con pasión. Todavía tenía en sus labios el gusto del chocolate, así que Renata no sólo le devolvió el beso, sino que lo hizo con ganas. Y por primera vez su cuerpo comenzó a ceder a las urgencias de aquel hombre que intentaba vanamente despertarlo desde hacía casi un mes.

Renata se placía en el calor que le causaban aquellas caricias e imaginaba que era Guillermo, recorriéndola una vez más, como aquella tarde en su casa.

Después de todo, una boca era como cualquier boca, y, además de corazón, las mujeres también tenían hormonas....

Poco a poco la memoria de Renata dejó de funcionar, y sólo sentía esa pasión loca, ese deseo sordo que le abrazaba el sexo...

Ya estaba dispuesta a todo cuando, unas mesas más allá, se suscitó un pequeño escándalo: un marido infiel y una mujer despechada la volvieron a este mundo.

¿Qué había estado a punto de hacer?... ¡¿Había enloquecido?!... ¿Y el amor que sentía por Guillermo?... ¿Y....?

—¿Vamos a mi casa?— invitó él, tratando de salvar el clima logrado tan arduamente.

—No... Llévame rápido a la mía, por favor... No me siento nada bien...—

—¿Qué?... ¿Es por el profiláctico?... ¿Quieres que use un preservativo? ¡Puedo comprar!—.

Renata se sintió repentinamente aturdida. ¿Preservativos, profilácticos?. ¡Claro!. Embarazo, sida..., todo aquello que, en su solitaria vida de gorda, le había parecido tan lejano.... Preocupaciones de otra gente... ¡¿Cómo no lo había pensado?! Aquella tarde en su casa, con Guillermo, y lo que era peor, en aquel sitio nefasto, con el idiota de José Ignacio...

¿Tan poderoso era el sexo como para anular la razón y los sentimientos?...

Evidentemente sí... Y no sólo para los demás. También para ella.

Embarazo, sida...

También para ella.

—Guillermo—

—José Ignacio—

Los dos hombres se enfrentaron casi como en un duelo. Sus voces mostraban indiferencia, pero su actitud crispada decía todo lo contrario.

—¿Has visto la belleza que he conseguido?— dijo al fin José Ignacio, con orgullo.

Por un momento Guillermo se tambaleó de furia. ¿Acaso estaba burlándose de él?... Pero inmediatamente recobró la calma. Había visto un auto negro, deportivo, impresionante, estacionado en la puerta. A eso, y sólo a eso, se refería su primo.

—He visto la belleza que me has robado— respondió, sin poder evitarlo.

José Ignacio supo inmediatamente a qué se estaba refiriendo, y se sorprendió. En tantos años de parentesco, nunca había escuchado a su primo hablar en una forma tan directa... Al parecer la chica le importaba de verdad... ¡Mejor!

—¿Todavía estamos hablando de autos?— preguntó finalmente José Ignacio, con fingida inocencia.

—Hablamos de mi novia. O mejor dicho: de mi ex... ¿Ya te la has llevado a la cama?—

El otro sonrió.

—Un caballero nunca cuenta esas cosas de una dama....
¡Pero tú me conoces!...—

Si, Guillermo lo conocía demasiado. Había hecho mucho esfuerzo en afirmar lo que presuntamente no quería decir. Y José Ignacio no era un hombre de grandes esfuerzos, a menos que quisiera ocultar un fracaso.

No, evidentemente todavía no se había acostado con ella.

Y bastó tener esa certeza para que Guillermo se relajara. No porque le importara la gordita, por supuesto, sino porque se sentía un poco responsable por esa niña.

—¿Vas en serio con ella?—

—Ni tanto... Y quiero aclararte que yo no te he robado nada. Ella ha venido solita a mis brazos—

—A tus brazos, pero no a tu cama—dijo el otro con ironía.

—¡Yo no he dicho eso!... No lo he afirmado, pero tampoco lo he negado—

—¡Vamos!—

—No intentes sacarme de mentira, verdad, porque va a ser inútil.... ¡Soy un caballero!—

—¡Lindo caballero!...Un caballero que manda como regalo de navidad para sus amigos películas caseras de sus amantes—

—Tú no eres el único con gusto por los documentales... Lo mío también es arte. Placer y arte... Además, soy muy fotogénico desnudo...—

—Si. Tu culo es perfecto... Lástima que tus primeras actrices no sepan que las estás filmando—

—Mas de una me ha agradecido por la notoriedad—

—¡Siempre fuiste un canalla!—

—¿Desde cuándo tanto interés por los sentimientos de las mujeres? ¿Repentinamente te has vuelto sensible?—

—Nunca dejé de serlo... Por eso siempre primero me vienen a buscar a mi, y tu te quedas con las sobras....—

—Puede ser... ¡Pero ahora me quedé con “Eni”!—

José Ignacio miró con placer a su contrincante.

—Como si algo me importara—dijo finalmente Guillermo, un poco a destiempo. — Además... Ni siquiera la has llevado a la cama...—

—No. Es cierto, para que negarlo: todavía no me la he “volteado”. ¡Pero tú tampoco!—

—¿Ella te lo dijo?—

—Indirectamente... Le pregunté cómo se cuidaba, y me miró sorprendida. ¡Esa niña no tiene ninguna experiencia!. Es por el único motivo por el que todavía la perdono. Ya te dije, soy un caballero. Le estoy dando tiempo para habituarse, y luego... ¿Sabes?. Todavía no he filmado a ninguna perdiendo su virginidad. Eni será la primera.—

Estas últimas palabras terminaron con el poco buen juicio que todavía quedaba en Guillermo. Y como si su cerebro hubiera estado conectado a su puño, cruzó la cara de su primo con un sonoro golpe que lo hizo trastabillar.

Cuando lo vió caído en el piso, mientras todos en aquel elegante salón se arremolinaban a su alrededor, se dio cuenta de que había hecho mal. Se había dejado llevar por un impulso... Renata no le pertenecía, y él no era nadie para salvar su honor....

¿O sí?

—¡Por Dios!... ¿Qué te ha ocurrido, José Ignacio?—

Renata observó a ese hombre hermoso, ahora deformado por un moretón horrible que ubicaba su ojo derecho casi fuera del contorno de su cara.

—Nada... Me he tropezado...—

—¿Te duele? ¿Prefieres no salir?—

—¡No!... No he podido dormir pensando en verte...—

—Habrá sido por el dolor.... ¿Adónde tienes pensado ir?—

—¿Importa?... Lo fundamental es estar juntos, tú y yo, solos los dos.—

—En el cine están dando una buena película, y...—

—¿El cine?—repitió el otro, con decepción. —Sí... sí, puede ser... Pero antes me gustaría pasar por mi piso... Tengo que buscar algo... — y, agregó con una sonrisa: —Además, todavía no lo conoces...—

—¿Vamos a tardar mucho?—

—Te prometo que sólo lo necesario— respondió él, enigmáticamente.

Desde aquel encuentro con su primo, la noche anterior, José Ignacio pensaba obsesivamente como vengarse. Pero ya lo tenía decidido: iba a mandarle una linda película. Una preciosa historia sobre esa antigua novia que parecía interesarle tanto... Sí, no tenía sentido seguir esperando. Aquella iba a ser una noche propicia. Y aunque la niña siempre se había mostrado esquiva, no cabía duda que podía ser una mujer ardiente. Y muy fotogénica....

Ni bien llegaron al departamento, José Ignacio no tardó mucho en echarse sobre Renata. Era un hombre impaciente, capaz de devorar un bombón de un sólo bocado, o de tomar a una mujer en un solo asalto. Ya tenía preparada de antemano la filmadora. Estaba escondida tras unas estatuillas, en el coqueto librero que sólo servía como decorado.

Rápidamente comenzó a besar a Renata con pasión, y a acariciarla. Ella, como tantas otras veces, lo dejó hacer a su antojo, inmune a su deseo, pensando en la ropa que se iba a poner al día siguiente, o en el delicioso postre que había estado comiendo R.H. durante el almuerzo.

Pero cuando José Ignacio, descaradamente, y vulnerando los límites que marcaban sus prendas íntimas, tocó su sexo con avidez, y a mano abierta, Renata despertó.

—¿Qué te pasa?— le dijo, sin esconder su asco.

—Que quiero mi pedazo...—

—¿De qué hablas?— dijo ella, intentando vanamente poner distancia.

—No te hagas la estrecha... ¡Vamos!—

Como si fuera una película, las manos de José Ignacio se movían en cámara rápida, mientras que sus palabras llegaban lentamente al cerebro de Renata. Eran un sinnúmero de groserías. Cosas que se suponía que debían excitarla, pero que a ella simplemente le revolvió el estómago. Un lenguaje al que no estaba acostumbrada.

La boca abierta de aquel hombre, su lengua húmeda, su olor reconcentrado a perfume caro, su desesperación, su mirada torva... ¿Eso era el sexo?

Renata intentó una y otra vez oponerse, pero se sentía débil y ligeramente mareada. Aquel día tampoco había probado bocado, pero ahora era muy tarde para arrepentirse.

El sucio de José Ignacio intentaba arrancarle la ropa. Era inmenso y desagradable... ¡Pero Renata no había pasado en vano tantas horas en el gimnasio!. Con más agilidad que fuerza, logró zafarse, y comenzó a correr por el cuarto, hasta tropezar con la filmadora escondida. Y como burla del destino, fue precisamente esa cámara lo que usó para liberarse: pegándole un tirón, la revoleó con tal fuerza sobre la cabeza de su victimario, que este quedó tendido en el piso, inerme.

Para cuando aquel hombre grande pudo despertar, no sólo su ojo estaba en compota, sino que de su frente surgía un inmenso chichón. Con mucho trabajo, y a pesar del intenso dolor de cabeza, logró levantarse, pero al hacerlo pisó los restos de la cámara, que estaban tirados por doquier.

Ya era un hecho: su carrera de cineasta amateur acababa de terminar.

Cuando Renata llegó a su casa y cerró la puerta, todavía con la camisa desgarrada y la pintura de la cara corrida, cerró la puerta también a parte de aquella nueva vida tan deseada, y que ahora la atrapaba sin piedad.

Con cuidado vació el contenido de su cartera en la cama: chocolates, bombones, galletas... Todo aquello que había sido, y era, lo único capaz de calmarla.

Rápidamente, y entre llantos, comenzó a devorar su botín.

Si alguien la hubiera estado espiando, hubiera pensado que se trataba de un ritual. Desenvolvía cada golosina con cuidado, como si se tratara de un tesoro, sólo para engullir el contenido, como si no valiera nada.

Cuando acabó con el último paquete se levantó, y se miró en un espejo:

Allí estaba la verdadera Renata. No “Eni”... ¡Renata!. Sucia, gorda, fea...

Fue hasta la hornilla y buscó unos fósforos. Estaba desesperada...

Puso todos los envoltorios vacíos en un bol metálico, y comenzó su propia fogata, sin importarle el peligro.

Y mirando el fuego sintió que el estómago se le doblaba....

Y comenzó a vomitar.

Durante aquella semana, su vida fue así. De día era “Eni”, sonriente, flaca y hermosa. Pero de noche, reinaba Renata. Los chocolates se acumulaban, y la culpa se convertía en vómito.

“¿Estás resfriada, Eni?”, le preguntaban aquellos que, acostumbrados a su voz grave y melodiosa, ahora la escuchaban ronca.

Vomitara era fácil, pero doloroso. Lastimaba su garganta. Pero era lo menos que se merecía por comer sin medida.

Culpa...., culpa...., y más culpa.

¿Culpa? ¡Que va!.... Él no era culpable de nada...

Eso se repetía Guillermo una y otra vez. Pero igual la culpa lo atormentaba...

“¡Si el estúpido de José Ignacio le hace algo a Renata!”, pensaba con furia.

“ Pero si Renata quiere que se lo haga...”, se decía a si mismo, con decepción.

Y eso era muy posible.

Renata había demostrado ser una tonta. Una mujer vana como todas las demás. Una, como tantas, que sólo buscaba un “candidato” a quien atrapar. Y él no estaba dispuesto a caer en su trampa.

Así que, contra todos sus deseos, luego del violento encuentro con su primo, se obligó a no interferir más en la historia de la gordita. A dejarla seguir su curso...

Esa era su última palabra. Su cabeza ya había decidido... Ahora sólo faltaba su corazón.

Bulimia.

Si, era eso. En eso se había transformado: en bulímica. Comía y vomitaba. Era una enfermedad, ¡y muy seria!, según tenía entendido....

Pero también era una buena forma de mantenerse flaca, sin privarse de nada. Las modelos lo hacían, y nadie las creía enfermas. En Internet explicaban los métodos, y parecía algo realizable e inofensivo, si se tenía bajo control...

¿Qué estaba diciendo?! ¿Se estaba volviendo loca?... La bulimia era una enfermedad, y una enfermedad horrible. En Internet también había visto las fotos de cadáveres caminantes que, como ella, no podían dejar de vomitar...

Tenía miedo, mucho miedo.

Necesitaba con desesperación hablar con la señora Nadia, y pedirle ayuda. Ella era la única que podía entenderla, sin juzgarla. Necesitaba que la calmara, que le mostrara el rumbo, que le hablara de celebrar la vida...

Comenzó a llorar en medio de arcadas.

No, no podía volver a la señora. La había traicionado. Una a una había olvidado todas sus enseñanzas.

No. Estaba sola.... Tanto esfuerzo adelgazando, embelleciéndose, y... estaba igual de sola que cuando era gorda. Y encima, era bulímica.

Volvió a vomitar, y un pequeño hilo de sangre se escurrió por su boca.

Espantada, se sentó en el piso frío del baño.

No. Todavía no estaba tan demente. Todavía tenía una esperanza de romper con su soledad. Y es que, ahora se daba cuenta:

todavía no lo había intentado.

Durante aquella semana su vida fue así. De día, el Guillermo de siempre, vestido de Armani, y decidiendo sobre lo que no sabía, como si fuera un experto. Pero de noche, después de hacer el amor con Ana Laura, el corazón comenzaba a estrujársele, y la voz melodiosa de la ex gordita le susurraba en el alma.

No podía sacársela de la cabeza. Era como si presintiera que algo no estaba bien con ella. Como si corriera un grave peligro, del que sólo él pudiera salvarla...

¡Que idiota había sido! ¡Desperdiciar así toda una semana!

¡Y esa gorda infame!... ¡Vaya que tenía agallas!

Quizás por haber perdido a su madre siendo un niño, a Guillermo las mujeres “lo podían”. No necesitaban ser demasiado astutas para manejarlo a su antojo. Como la tal Renata, que no era muy brillante, y sin embargo se las había ingeniado para dominarlo. Ella ponía su carita de pobre desamparada y él...

¡Que caradura!....

¿Así que no había vuelto a lo de la tía ni para dar las gracias? ¿Así que no había tal cosa como “cumplir la apuesta”? ¡No!... Lo único que quería era sacarle rédito a su nueva belleza, conquistando a alguien “rico”, que hiciera valer la pena el esfuerzo.... ¿Y de dónde podía conocer una pobre telefonista a un millonario?... ¿Y a dos?.

¡Que estúpido había sido!... ¡Y él, que la había juzgado inexperta!.

Y Renata efectivamente lo era en las lides del amor. Pero había cosas que las mujeres no necesitaban aprender, porque las llevaban en la sangre: arruinarle la vida a un pobre hombre era un ejemplo.... ¿Por qué conformarse con un primo, si podía tener a los dos?. Podría haber intentado sólo conquistarlo a él, ya que tenía su número de teléfono (y él era tan estúpido que seguramente hubiera caído en la trampa), pero no. Había que

tener un reaseguro. Alguien, también millonario y, como él, dispuesto a dejarse engañar.

“¡Qué inocentes somos los hombres!”, no dejaba de repetirse en su interior, avergonzado.

—¡Guillermo!—

La voz de su tía lo sacó de su trance. A la gran Nadia no le gustaba que el te de nadie se enfriara, y mucho menos el de su sobrino favorito.

—Disculpa... He tenido una semana de infiernos... Me he estado haciendo problema por lo que José Ignacio pudiera hacerle a tu discípula, cuando el que corría verdadero peligro era él....—

—¡No digas tonterías!... Renata es muy frágil... Cuando no sabe que hacer con algo prefiere tragárselo. Literalmente tragárselo. Con pan y manteca.... —

—Pues no ha vuelto a engordar, si eso es lo que te preocupa...—

La gran dama miró a su sobrino extrañada.

—¿Me crees tan superficial?... Lo que quiero decir es que cuando Renata no puede dominar una situación opta por culparse, y se lastima. Obviamente no estaba lista para salir al mundo cuando lo hizo.... Eso, y no otra cosa, es lo que temo.—

—Pues no lo hagas. Si hay algo que me quedó en claro de este experimento, es que la belleza es un arma muy poderosa. Ayudaste a esta gorda fea a alcanzarla, pero no le enseñaste como usarla sin lastimar a nadie. No te preocupes por ella, sino por los hombres que se crucen en su camino... En cuanto a mi,

yo me salgo de su paso. No quiero morir aplastado por semejante tromba... —

Nadia miró a aquel niño, disfrazado en Armani, pero que todavía tenía miedo de que un sentimiento lo lastimara. ¡Como Renata!. Igual que ella, su sobrino no sabía escuchar lo que su corazón le reclamaba. Pero como hiciera con su discípula, también a Guillermo lo dejó partir. Había cosas que no se podían enseñar sino hasta que el otro se diera cuenta de que quería aprenderlas.

Renata caminó lentamente por el pasillo del supermercado. Miraba su objetivo por el rabillo del ojo, pero simulaba mantener la vista fija en el vacío. Tenía la cara colorada... Desde su época de gorda que estaba acostumbrada a que le diera vergüenza comprar comida (dulces, para ser más precisos). Siempre temía ser juzgada por los demás (“allí va la gorda pectorra, con los bolsillos llenos de calorías... ¡Y después se queja!”)... Pero, increíblemente, aquello era peor todavía... Podía imaginar las voces a sus espaldas: “allí va la gorda puta, comprando preservativos”.

Y es que eso, precisamente, había ido a comprar aquella tarde: preservativos, profilácticos, forros... Aunque se muriera de vergüenza.

Era hora de comenzar a vivir la vida de verdad. De tomar el control. Y no era posible que tuviera veinte años y siguiera siendo virgen... ¿Hasta cuándo?... ¿Qué iba a esperar?. En la

vida había que experimentarlo todo, también eso... Y, quizás, el tener sexo regular la ayudara a dejar de vomitar... La gente, el cine,...., todos decían que hacer el amor era una experiencia fantástica. Aún a las tres de la tarde, en cualquier casa de familia que tuviera encendido un televisor, podían escucharse los gemidos complacidos de dos (cualquiera fuera su género) teniendo sexo.... ¿Por qué ella iba a quedar afuera?... ¿No era esa, acaso, una buena cura para la soledad?.... Si hasta Guillermo, que parecía no estar enamorado de Ana Laura, jamás se sentía solo. Al parecer, no necesitaba más que una mujer y una cama para pasarlo magníficamente...

Ella, como todos los otros, iba a hacer el amor... Y si tenía que hacerlo, qué mejor que con el hombre del que estaba enamorada. Ya lo tenía decidido: iba a entregarse a Guillermo. Y aunque él después la rechazara, haber perdido la virginidad en su cama, y por propia voluntad, siempre era mucho mejor que terminar siendo forzada por un idiota como José Ignacio, o como los demás.

Rápidamente, y como si se tratara de un pase mágico, tomó una cajita cualquiera del estante, y la hizo desaparecer tras un cartón de leche que llevaba en la canasta. Y no es que tomara leche (le parecía horrible fuera del chocolate), sino que sentía que aquel envase era casi como una declaración de que estaba casada, era madre de familia, y tenía derecho a comprar lo que quisiera.

Pero abonar fue otro infierno.

—Pedro, ¿a cuánto están los extra grandes, texturados?— preguntó la empleada a viva voz, como si consultara el precio de las manzanas.

Renata se quería morir.

Culpa, culpa, y más culpa.

Pero sus penurias no acabaron allí.... Al salir del negocio, con la bolsa que contenía su vergüenza muy apretada entre los brazos, se encontró cara a cara con su tía Edilma. ¡Eso era el colmo!. En un principio se sintió morir, pero finalmente enfrentó la situación como una verdadera adulta... Como una verdadera adulta que fuera sobrina de Superman: esperó a que la tía se descuidara, y abandonó el paquete en una esquina, como si la anciana mujer tuviera vista de rayos equis y fuera capaz de ver el contenido a través del plástico.

Para cuando llegó a su departamento, frustrada y preguntándose si la tía Edilma habría notado algo (la imaginaba corriendo hacia la esquina, recogiendo la bolsa y mirando su contenido), Renata decidió que aquello de ser adulta no era precisamente para ella.

Quizás aquel encuentro casual era un signo que le mandaba su madre desde el más allá...

Pero, si nunca le había hecho caso a la pobre mujer cuando estaba con vida, ¿por qué hacerlo ahora, que ya llevaba varios años de muerta?.

La suerte estaba echada. Renata no quería acabar sus días virgen, sola, y en medio de un vómito. Quería estar con un hombre, como todas las demás. Quería sentirse elegida. Quería, de una vez por todas, convertirse en “Eni”, la mujer que valía la pena amar.

¿Sida, embarazo?... Guillermo la iba a cuidar. Después de todo, él era el único (ahora no le quedaban dudas)...

¡Su verdadero amor!

Guillermo no era precisamente un experto en belleza femenina. Por supuesto sabía reconocer un buen par de tetas, o un culo firme, pero era incapaz de diferenciar esos pequeños detalles que sólo una mujer podía advertir en una rival: una piel tersa (¿que significaría eso?), ropa a la moda (¡como si a algún hombre le interesara ver a una mujer vestida!), un peinado ridículo, o unos kilos de más o de menos. Pero, para su sorpresa, en el mismo momento en que vio a Renata supo que algo estaba mal en ella. Ciertamente no había engordado. Incluso parecía haber perdido más peso. Pero... ¿Qué era esa sombra negra debajo de tanta pintura? ¿Estaba desmejorada, o era impresión suya?...

—¡Que culo!—

La voz del tipo que estaba parado frente a él, lo sacó de su ensueño. Automáticamente desvió la mirada hacia esa región del cuerpo de Renata, la misma que hipnotizaba a todos los varones que, desde hacía cinco minutos, hacían círculo alrededor de ella. ¡Realmente era un buen culo!... Relleno, pero firme... Muy sensual. ¡Y sabía exactamente como menearlo!. La nueva “Eni” bailaba “salsa “ con pasión, y provocaba deseo en los hombres, y envidia en las mujeres.... ¿Y en él? ¿Qué le pasaba a él con este encuentro inesperado?

Suspiró...

El problema era que no se la había llevado con suficiente rapidez a la cama. ¡Ese había sido su error!... Era un ley sabida

por todos: “Cuanto menos se conoce a una mujer, más fácil es escabullirse de su lado a la mañana siguiente. Si, en cambio, uno comete la equivocación de dejar pasar varias citas antes de tener sexo, huir de su lado se complica. La mujer deja de ser un pedazo de carne, para convertirse en una persona. Entonces hay que dar infinitas explicaciones, y prepararse para soportar el llanto”.

Con Renata todo había estado mal parido desde el comienzo. Con esa voz grave y melodiosa se había vuelto una persona, mucho antes de ser real. Y ahora él pagaba las consecuencias.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí!— dijo una “Eni” todavía agitada por el baile, con aquella voz sensual que la caracterizaba.

—Sí. Es increíble que justo “yo” esté en la reunión de la cámara de la industria química, que, casualmente, “yo” presido...— respondió él, con salvaje desprecio.

—No sabía...— contestó “Eni”, intentando sonar lo más sincera posible. —Me invitó un viejo amigo y....—

—¿Un viejo amigo?... ¿Acaso no has venido con Cáceres?...— inquirió Guillermo, con desconfianza.

—Sí.... Cáceres.... Es cliente de R.H.—

—¡Lindo tipo!... “Cáceres”... ¿Por qué no lo llamas por el nombre?... ¿O es que acaso no lo conoces?... A ver: ¿cuál es el nombre de pila de tu “viejo amigo”?—

Por un momento “Eni” se convirtió en Renata. Estaba asustada. Había sido descubierta.

Pero no había llegado tan lejos para dejarse vencer en el “segundo round”.

“Eni” volvió a tomar el control.

—De acuerdo— dijo, con esa sonrisa seductora tantas veces ensayada. —He venido aquí por ti... Desde aquella breve lección en mi departamento, no has vuelto a llamarme—

—¿Lección?... Ah..., si, la lección que me diste de cómo conquistar a uno, sin dejar al otro...—respondió, sarcástico.

Pero ella no abandonó su tono seductor:

—No.... La primera lección de cómo ser una mujer...—

—No me necesitabas a mi. Ya tenías a José Ignacio...—

—Para eso se necesita a un hombre... ¡Y tu primo resultó ser un cerdo!—

—Ahhh... Ahora comprendo: falló el plan “A”, y vas en busca del plan “B”....—

—¿A qué te refieres?— preguntó con auténtico enojo.

—Lo lamento.... No soy tan estúpido como para dejarme atrapar... ¿Por qué no lo intentas con Cáceres, que nos está mirando con ojos desorbitados?—

—Busco un hombre, no un monigote— respondió ella con impensada sinceridad. Pero se arrepintió inmediatamente.

—Ahhh.... ¡Por fin llegamos a la verdad!... Lisa y llanamente, me estás buscando—.

—¿Por qué no?— se defendió. — ¿No es, acaso, lo mismo que hacen ustedes con nosotras?...—

La cabeza de Guillermo, muy a su pesar, comenzó a discurrir.... Sí, ciertamente era lo que hacían los hombres: buscar a una presa y disparar... Pero a él le gustaba ser cazador. Él prefería conquistar y no ser conquistado....

—¿Qué buscas, Renata?— preguntó al fin, con cansancio.

—A ti....— contestó una “Eni” seductora. —Quiero la segunda lección...—

Guillermo la miró. Con aquella faldita corta, y esa blusa que apenas contenía su pecho todavía palpitante, se veía sensual... Mala.... ¡Pero increíblemente sensual!

Tuvo una pequeña lucha interior, pero fue inútil. Por mucho que le asqueara, ella tenía la partida ganada.

Y es que un hombre nunca podía decir que no.

El silencio resonaba en el interior del automóvil. El gesto adusto de Guillermo no parecía concordar con la noche de pasión que estaba a punto de iniciar. A su lado, Renata temblaba. ¿Adónde había quedado ahora “Eni”, la mujer fatal, la que estaba absolutamente segura de estar haciendo lo correcto?...

Renata, en cambio, dudaba. ¿Y si entregarse a Guillermo no era suficiente como para que él se enamorara de ella? ¿Si después de esa noche no la llamaba? Había pensado que daba lo mismo, pero a medida que se acercaba a su destino, se daba cuenta que no era así.

—Ya hemos llegamos— dijo él, con un tono de enojo que no condecía con el romance.

—¡Pero esta es mi casa!— respondió ella, horrorizada.

—¡Claro!... ¿Adónde pretendías que fuéramos?—

Por un momento Guillermo había considerado llevarla a su propio piso, pero había desistido de inmediato. “Cuantas menos huellas, mejor”, se había dicho. Y es que después de aquella noche, estaba seguro, no iba a querer ver nunca más a la gordita.

—Pero es que..., ¡hoy no he tenido tiempo de ordenar! — casi rogó la muchacha, a modo de excusa.

—No voy allí para revisar nada. No soy tu suegra. Soy...—

Guillermo, que había comenzado la frase con un tono severo, se interrumpió. ¿Cuál era su papel en aquella historia? ¿Qué era él para Renata? ¿Su amante? ¿Su maestro?... ¡Su presa! La primera víctima de lo que, estaba seguro, en unos meses iba a ser una larga lista.

En silencio bajaron del auto y entraron en el edificio, el más miserable de la cuadra.

Caminaron por los pasillos sin mirarse.

Renata estaba simplemente asustada, pero Guillermo tenía tanto enojo como excitación. Acostarse con aquella niña de culo redondo y pechos llenos era algo que había querido hacer desde el principio. Ser su primer hombre, y tirársela así, en medio de aquel sucio apartamento, era algo que (muy a su pesar) hacía estallar su sexo.

Sin mediar palabra, Renata (o “Eni”, vaya uno a saber) se sentó en la cama deshecha. Accidentalmente, (o quizás con un gesto estudiado), cayó un bretel de su blusa, dejando ver el inicio de un pecho palpitante. Bastó eso para encender aún más la lujuria de Guillermo, que literalmente se arrojó sobre ella y comenzó a besarla con furia. De un tirón arrancó los botones de la blusa y comenzó a mordisquear su pecho, sin siquiera tomarse el trabajo de desabrochar el sostén. Pero fue ese fatal instante cuando, todavía obnubilado por la pasión, se dio cuenta...

Por un momento su vista se había desviado hacia el enorme espejo que reflejaba el culo torneado de su amante. Enfrentado con otro, su imagen se repetía millones de veces. Pero fue la misma Renata lo que lo despertó. Fue verla a ella mirandose al espejo, totalmente ajena al momento, arreglándo su labial, ligeramente corrido. Fue cruel para Guillermo verse enrojecido, enredado en el cuerpo de ella, mientras que ella...

¿Qué estaba haciendo él allí?

—No— se escuchó decir Guillermo.

—¿Qué has dicho?— preguntó Renata, sorprendida.

—Que no— respondió él, incorporándose. —Que no quiero. Que no. Que no tengo ganas de hacer el amor (o lo que sea esto), contigo. Que me das asco, tu, tu casa ..., ¡tu inmensa vanidad!—

Y diciendo esto se puso de pie.

—¡Guillermo!— comenzó a llorisquear Renata, medio desnuda, ahora sola en aquella cama revuelta.

Sordo a sus ruegos, él comenzó a reunir sus cosas, pero ella corrió para detenerlo.

—No he hecho esto por vanidad— se defendió la muchacha.
—No lo he hecho por atraparte—

—¡¿No?!.... Y entonces, ¿por qué?. ¡¿Por qué?!—

—Porque me he enamorado de ti— dijo ella, agachando la cabeza, con ese gesto de desprotección que a Guillermo “lo podía”.

Pero aquel hombre hermoso no se dejó vencer. No era la primera vez que una mujer intentaba conquistarlo apelando al amor (¿quién no se enternecía, aunque fuera un poco, al saberse amado?). ¡Pero esta vez Guillermo no iba a caer! (ya lo había hecho demasiadas veces).

—¿Enamorada? ¿Enamorada de quién?.... ¿Qué sabes tú de mí, como para enamorarte? ¿Sabes, acaso, qué cosa hago en mi tiempo libre?; ¿por quién he votado en la última elección?; ¿si quiero a los niños, o si soy un asesino en serie?... ¡Tú no sabes nada de mí! Únicamente lo que te han dicho tus ojos: que soy alto, rubio, musculoso, y que visto de Armani. ¡Eso es lo único que sabes! Y has hecho conmigo justamente aquello que tanto te enojaba que hicieran contigo: me has juzgado por mi apariencia, como tantos daban vuelta la cara por tu fealdad. ¡No eres mejor que ellos, Renata!—

—¡No es cierto!— intentó defenderse la muchacha, cuya belleza se había desvanecido en medio del llanto. —¡Yo te conozco! Tú eres una buena persona, que pones pasión en todo lo que haces y...—

Guillermo no esperó a que acabara la frase, y la interrumpió con vehemencia.

—¿Pasión?! ¡Qué estás diciendo, Renata! Yo, más vale que lo creas, soy un perdedor..., ¡del peor tipo!: del que no lo parece. Hago un trabajo que no me gusta, y me acuesto con mujeres que desprecio. Hasta hoy, Renata. Hoy, por primera vez, digo que no. Aunque mi sexo esté a punto de romper el pantalón, “yo” digo que no. Que no quiero acostarme contigo, porque eres “Eni”, una cualquiera. Una mujer hermosa, como hay tantas...—

Renata lo escuchaba, envuelta en llanto, sin dudar que aquellas palabras tan dolorosas eran ciertas.

—Adiós, Renata... Y no vuelvas a llamarme jamás—

Guillermo se fue dando un portazo.

Renata, en medio de aquel cuarto que ahora le resultaba inmenso, estalló en un ataque de furia. Comenzó a destrozarlo todo: derribó los percheros, pisoteó la ropa, e hizo trizas los espejos, que se astillaron con violencia, lastimándola. Insensible, y a pesar de la sangre que corría por su rostro y sus brazos, continuó destruyendo aquella nueva vida conseguida con tanto esfuerzo, y que ahora la ahogaba. Y así, hasta que su cuerpo, debilitado por las hambrunas a que lo sometía, ya no pudo más.

Entonces se echó en el piso, y comenzó a vomitar.

VI

¿CUÁNTOS KILOS DEBO BAJAR PARA SER FELIZ?

La señora estaba tomando su te de manzanilla, prólogo infaltable de un buen sueño, cuando los gritos exaltados de la servidumbre la volvieron a la pesadilla de la realidad.

Hecha una tromba, una Renata desgastada por la vida, retornaba a la antigua casona, gritando con furia.

—¡Usted me ha engañado!... Yo lo único que quería era no estar sola. Que alguien me amara... Tener un hijo, quizás... Y usted, en cambio, me hizo hermosa. Me enseñó como atraer a todos... ¡¿Para qué quiero atraer a todos?! Yo solamente quería que Guillermo se enamorara de mí, y...—

La furia de Renata se trastocó en llanto. Un llanto profundo, sentido. Como el de una niñita abandonada en medio del bosque (o de la vida).

Por primera vez la señora no la cuestionó. No era hora de consejos ni enseñanzas. Por el contrario, se puso de pie, la abrazó, y comenzó a acunarla, dándole una lección que no requería de palabras, y que era, justamente, la que Renata necesitaba escuchar.

—¿No te ha gustado el desayuno, Renata? ¡Casi no lo has tocado!—

La señora miraba a su antigua discípula con preocupación.

—Es que, después de la cena que me ha obligado a comer ayer, ya no tengo apetito—

—¿Has pasado una buena noche?—

—Había olvidado lo placentero que es dormir en sábanas limpias—

Luego de aquellas frases de cortesía, un incómodo silencio se produjo entre las dos.

—Señora Nadia, yo...—

—¡Espera!. Antes de que hablemos, quiero que mires algo—

Renata sonrió al ver nuevamente aquel televisor de plasma que tanto temor le había producido durante su anterior permanencia en la casona.

—Lo lamento.... No tengo tiempo para películas. Debo ir a trabajar. Además, he decidido que ya no me interesa...—

La dama no le permitió acabar la frase.

—He llamado a R. H. Lo conozco desde la infancia, y le he pedido que te diera quince días de licencia. El muy desvergonzado intentó negarse, pero finalmente no encontró el valor de decirme que no... En cuanto a la película, creo que te va a interesar...—

Renata la miró con agradecimiento. Quedarse quince días allí, junto a la Señora, que no parecía amarla menos a pesar de su traición, era casi un sueño para ella.

La dama encendió el televisor. Inmediatamente se vieron las imágenes de Renata, cenando la noche anterior. La gran Nadia la había obligado a arreglarse antes de sentarse a la mesa, así que, si bien era evidente que tenía la cara desencajada por el llanto, su aspecto era digno, y sus modales, impecables.

—He progresado, ¿verdad?— dijo al fin la muchacha.

La Señora la observó con dolor.

—Mira, Renata... Presta atención a esta parte... Aquí, cuando te sirven el postre. No hay nada en tu gesto que te delate, pero tu mirada... Obviamente tenías deseos de comer ese helado de chocolate con fresas, pero no lo has hecho... ¿Por qué?—

—Porque engorda— respondió la muchacha sin dudar.

—¡Ah!... ¡Claro!... Engorda... Por eso elegiste la ensalada, y dejaste de lado la carne... Debían ser como dos mil calorías las que evitaste...—

—Dos mil doscientas—

—¡Claro!... Aunque la ensalada también tenía lo suyo: crema de leche, huevo... ¡Es increíble lo que engorda el huevo!—

—Setenta y cinco calorías cada uno—

—¡Claro!... Así que después de comer la ensalada... no te quedó otra opción que vomitarla...—

El tono de la señora se mantuvo sereno y monocorde, pero sonó como un grito destemplado a los oídos de Renata... ¿Cómo lo había sabido?... ¿Era tan fácil descubrir su secreto?.

—Yo...— trató de excusarse.

—Ni lo intentes, Renata—

La muchacha bajó la cabeza, avergonzada.

—Si, es verdad... Me he convertido en bulímica—

—¿Bulímica?... ¿Cuánto hace que vomitas, Renata?... ¿Una semana?... ¿Dos? ¡Todavía no tienes ni idea del infierno que esa palabra encierra!—

—¿Cómo lo supo?—

—Uno siempre reconoce los lugares que ha transitado—
respondió aquella dama, con la gracia que la caracterizaba.

—¿Usted?!— preguntó la otra, incrédula.

La señora le sonrió, con aquel gesto angélico que hacía pensar que nunca había experimentado el dolor o la fealdad. Luego la tomó de la mano y la condujo hasta la sala de los espejos.

Mansamente Renata se dejó llevar (le encantaba esa sensación de dependencia).

Una vez allí, rodeada por su propio reflejo, comenzó a observarse con curiosidad.

—¿Qué te gusta de ti, Renata?—

—Todo. ¡El doctor López hizo un trabajo excelente!... Aunque quizás podría adelgazar unos kilos más...—

—Permíteme disentir, Renata... Claro que a los ojos de la multitud eres hermosa... Pero tu piel se ha vuelto cetrina. Tu pelo está resquebrajado por tanta tintura y secadora. Tu cara tiene ojeras, y un rictus de amargura. En cuanto a tu cuerpo... Se te ven las costillas. Hay demasiado músculo y poca grasa.

Más pareces una atleta subalimentada que una mujer sensual...—. La señora le dio la espalda, y continuó:

—Pero lo peor de todo no sale reflejado: es ese olor rancio del vómito, mezclado con la menta que usas para disimularlo—

Ahora Renata podía, como la primera vez que había estado allí, ver en el espejo la certeza de las palabras de su mentora. Pero mientras que antes había descubierto belleza en su fealdad, ahora eran defectos los que afloraban de su aparente perfección.

—Quiero volver a ser la Renata de antes— imploró al fin. —Estoy harta de sonreír sin ganas, de vomitar para ser flaca, de gustarle a todos aquellos que nunca me interesó atraer... Lo único que quiero es volver a mi cubículo de telefonista, para poder seguir soñando mientras como un dulce... Y es que en los sueños todo es hermoso, pero en la vida...—

—Vístete, Renata. No hay mucho más que podamos hacer aquí... Te espero en el salón—

La muchacha, obediente, comenzó a arreglarse, todavía hipnotizada por su propia imagen... ¿Cuándo había cambiado tanto?... Vista bajo aquella luz rabiosa, en verdad parecía un esqueleto gordo. ¿Eso habría espantado a Guillermo? ¿Sus huesos aflorando de la piel transparente?...

No. No era su cuerpo lo que lo había hecho correr de su lado. Era su alma. Un alma de gorda, destinada a la soledad.

Cuando terminó de vestirse se dirigió hacia la sala. Lo hizo con lentitud, disfrutando el paseo por los pasillos de la elegante casona... Aquellas paredes habían sido mudos testigos de la época más feliz de su existencia. Los días en que su única misión en el mundo era “celebrar la vida”.

Para su sorpresa, la sala estaba desierta. Caminó desorientada hasta toparse con el despacho de la vieja dama. La puerta estaba abierta, pero dudó en entrar. Nunca antes había estado allí. Era una de las habitaciones prohibidas, junto con el dormitorio de la señora, y el de su hija Rocío.

—Entra, Renata—

La voz de la señora la sacó de su ensueño.

A pesar de lo que ella siempre había imaginado, la estancia, rodeada de ventanas, no tenía ningún escritorio. Sólo dos cómodos sillones, enfrentados, y una pequeñísima mesa de roble. Era un lugar que invitaba más al recogimiento que a los negocios.

—Ven querida, siéntate a mi lado. Quiero que veas algo...—

La muchacha obedeció con recelo. Temía arruinar con sus defectos la perfección de aquel bello lugar.

—Mira Renata— dijo la dama, mientras apoyaba un pesado álbum de fotos entre sus piernas.

Eran fotos de la señora. Pero no como las numerosas que poblaban la casa, surgidas de revistas de moda o fotógrafos de profesión. Por el contrario, aquellas eran fotos personales, que daban testimonio de su vida íntima, partiendo desde la infancia.

—Observa.... ¿No era yo una bebita hermosa?... La más linda en el colegio, también. Mira mis rizos dorados. ¡Como contrastaban con el azul profundo de mis ojos!. Los niños mayores venían a mi salón sólo para observarme. Era la estrella en cada acto escolar, y, sin importar si olvidaba los versos o desafinaba, siempre era aplaudida. ¡Fue una época maravillosa!—

La señora dio vuelta la hoja.

—Aquí tengo diez años. Lo recuerdo muy bien, porque fue aquella misma tarde cuando un amigo de mi tío abusó de mí...—

Esa dama fascinante había pronunciado aquellas terribles palabras sin variar el tono de voz, vaciándolas de toda emoción. Pero fue un involuntario grito de Renata el que la obligó a dar una explicación:

—¿De qué te sorprendes, hija? Muchas mujeres hermosas han sido abusadas en sus primeros años de vida... La belleza física es algo que todos desean, y no es fácil para una pequeña impedir que alguien la tome por la fuerza...—

Una nueva foto.

—Aquí tengo trece años... Fue entonces cuando, caminando por la Rue Saint Honoré de la mano de mi madre, (por aquella época mi padre era agregado cultural de la embajada argentina), la dueña de la agencia de modelos más importante de aquel entonces me vió. Dijo que le impactó la belleza de mis ojos, que podían distinguirse a gran distancia. ¡Pero no te equivoques!. No era aún el momento de las “súper modelos”. Lo que ella buscaba era alguien sin pechos, con muslos delgadísimos y altura suficiente como para hacer lucir un vestido de un gran diseñador. La inglesa Twiggi hacía furor, y se necesitaban niñas escuálidas y sin curvas para modelar las cortísimas minifaldas...—

La señora suspiró y miró a Renata con amargura, antes de continuar:

—¿Soledad? ¿Tú pensabas que vivías en soledad, Renata?... Déjame contarte de mi adolescencia transcurrida entre aviones, cuartos de hotel, y desfiles... Recuerdo poco de aquellos años: las luces de los flashes, el alboroto..., y mi primer intento de suicidio—

Renata la miró, incrédula.

—Sí. Tenía quince años... Me enamoré con locura de un fotógrafo (¡de quién más!). Él me enseñó que también podía haber placer en el sexo, y no sólo violencia. Era la única persona en todo el mundo que parecía no tratarme como a un objeto. Era dulce, buen mozo... Tenía casi cuarenta y yo... Yo para él no era más que otra cara bonita... ¡Una de tantas!...—

Ahora que ella misma lo había experimentado, Renata pudo advertir en los ojos de la señora el dolor, todavía vívido, del rechazo y el desamor.

—Ese fue mi primer aborto. Fui llevada de la mano de mi propia madre, que no estaba dispuesta a soportar un escándalo, a una clínica en las afueras de París. Un lugar tenebroso, que todavía vuelve en mis pesadillas... Recuerdo a la enfermera entregándome una tarjeta con sus datos: “La próxima vez no la traigas a ella”, me dijo, mientras señalaba a mi madre... “La próxima vez”... ¿En esto va a convertirse mi vida?, pensé... Entonces llegué a mi habitación en el hotel Ritz, abrí el frasco de los calmantes que me habían dado antes de salir de aquel infierno, y me los tomé de un trago...—

Tanto impresionaron estas palabras a Renata que, vanamente, levantó sus manos como para impedir aquel pasado imperfecto. La señora, sin notarlo, continuó con su relato.

—Por supuesto, también entonces me ayudó mi belleza. En la clínica todos fueron especialmente amables. No se cansaban de repetirme: “ ¡Cómo una niña tan bella como tú pudo...!”—

La señora dio vuelta la hoja.

—Mira, mira esta foto, Renata... Es mi cumpleaños número dieciocho. Ese día me independicé del rigor de mis padres. Tenía demasiado dinero y suficiente belleza como para hacer lo que quería. Y por aquellos años todos queríamos lo mismo: sexo, drogas y rock and roll... ¡No sabes lo afortunada que era, mi niña! Por supuesto que a mi no me importaba demasiado el chocolate o los dulces, pero podía tomar todo el champagne del mundo sin engordar ni un gramo. Las drogas y los vómitos me aseguraban esas ojeras y esa cara demacrada tan en boga por aquel entonces. Pero cuando tuve mi primera sobredosis me obligaron a decir basta. Tenía veinticuatro años... Lo curioso es que, a pesar de que nunca pasaba una noche sola, (siempre volvía con algún galán después del “party”), en la enfermedad tuve que volver a recurrir a mis padres. Ni mi novio “oficial”, ni mis amantes. Ni siquiera mi agente. Sólo mi madre que, por cierto, me acompañaba al mero efecto de poder reprocharme... Fue una época dura. Acabé en rehabilitación durante un año...—

Una nueva foto.

—¡Mira!... Aquí tengo veinticinco. Como todavía era muy hermosa, no me fue difícil reinventarme. Los viejos amigos me consiguieron las portadas a las que estaba acostumbrada: Sport Illustrated, Glamour, Cosmopolitan, Hola... Fue un año glorioso, en que era hermosa y feliz... El problema no empezó sino hasta el año siguiente. Tenía veintiséis. Las niñas de trece reinaban. Mis caderas comenzaban a aflorar, y todo en mi

demostraba a las claras que ya era una mujer. Entonces fue cuando comencé con las dietas y el ejercicio. Pero todo eso llevaba tiempo, y yo no lo tenía, así que fui hasta el consultorio del cirujano estético más famoso, y le entregué mi viejo cuerpo—

—Saverio López...—

—Si, Saverio... Mira aquí... Este día cumplía veinticuatro. Bueno, en verdad cumplía treinta, pero las diez operaciones que me habían practicado habían rendido fruto...—

Rápidamente, como en torbellino, la señora dio vuelta varias hojas con fotos de revistas.

—A partir de allí mi vida se transformó en un calvario. Sonreía en público y lloraba en soledad. Parecía segura y confiada ante las cámaras, y me deshacía en la camilla de Saverio... ¡Mira ésta!... Ese día cumplía veintisiete..., o treinta y cinco, según si lo leías en una revista o en mi pasaporte. Recuerdo aquella tarde como pocas de mi historia. Había conseguido un desfile en París, de aquellos que ya no abundaban para mi. Estaba excitada con toda aquella adrenalina a mi alrededor. El diseñador gritaba y se movía de un lado a otro. Estaba haciendo los últimos arreglos en el reparto de las prendas que cada modelo iba a desfilas, cuando comenzó a sacudir una adorable faldita roja. Todas querían lucirla, pero yo me adelanté. Era la más famosa del grupo y me correspondía... ¡Entonces sucedió!: “No, tú no”, me dijo. “Estás gorda”... ¿Crearás que me fui a casa y vacié un frasco entero de las pastillas que usaba para dormir?. Y si no hubiera sido por la mucama, que entró para hacer el cuarto, nadie más hubiera notado mi ausencia... Así de sola estaba—

La dama suspiró antes de retomar su relato.

—Aquí cumplía cuarenta y tres... De verdad, cuarenta y tres. Ya había comprado esta casa, tenía un programa de televisión, y había preparado al menos a dos supermodelos. Era tan estricta con ellas como lo había sido conmigo misma. Les gritaba, las despreciaba... En ellas volcaba toda mi rabia y mi frustración... Pero el día que murió mi hermana, la madre de Guillermo, decidí que ya era hora de decir basta. ¿Por qué desperdiciar mi sabiduría con las demás? ¿Por qué enterrarme en esta casa? ¡Todavía era joven!... Y había una única manera de demostrárselo al mundo. Algo que me asegurara notas en las revistas, y la atención y el afecto del gran público. Porque, ¿sabes, Renata?, es fabuloso ser hermosa. ¡Pero cuando lo pierdes!... Es como ser rico: el dinero no hace la felicidad pero, ¿quién está listo para renunciar a él?. Estaba aterrada de perder lo último que me quedaba de belleza y juventud. Sentía que cada arruga me volvía invisible a la mirada de los otros... Y no podía soportar vivir sin ser admirada—

Por un momento la señora calló, y Renata pudo sentir su dolor.

—Pero, como te decía...,—continuó, tratando de sobreponerse, —...a los cuarenta y tres años urdí un plan... Algo que iba a dejar en claro al mundo que todavía era mujer. ¡Tenía que quedar embarazada!... Era simple para todas, ¿por qué no iba a serlo para mí?... Lo primero era buscar un hombre...—

—Debía tener cientos...— interrumpió Renata, con un dejo de admiración.

— Créeme, no es fácil pedirle a un amante que sea el padre de tu hijo. El sexo poco tiene que ver con el amor. (¡No se quién fue el hipócrita que confundió el buscar placer en la cama

con “hacer el amor”!).... Como sea, no sabía a quien recurrir. Hasta que mi mente se iluminó: ¿a quién llamaba cuando me sentía fea o vieja?...—

—Saverio López...— dijo Renata, entendiendo muchas cosas.

—Si. Saverio.... Como yo, era soltero, y aún a sus cincuenta años era lo suficientemente buen mozo como para fotografiar bien en las portadas...—

—Así que Saverio López es su marido...—

—No. Él se negó... Y se negó también a la paternidad. Tuve que engañarlo para lograr lo que quería... Al principio no se mostraba muy dispuesto a perdonarme, pero, a medida que mi vientre crecía, comenzó a conmovirse... Hasta que nació mi niña. Entonces se fue, dando un portazo, y me dejó sola. Dijo que no podía afrontarlo. Que era demasiado para él—

—¡Qué cobarde!— murmuró Renata, que entendía ahora las miradas que ambos amantes se habían prodigado aquella tarde en que conoció al doctor.

—¡Más de lo que imaginas!—

—Pero al menos ya no estaba sola... Tenía a su hija—

—¿Alguna vez escuchaste el término “depresión post-parto”?—

Renata asintió, ensombrecida.

—... ¡Yo sí que tuve una depresión!. Hasta intenté matar a mi bebé mientras dormía en su cuna... Dos años estuve encerrada en esta misma habitación, sin querer mirarla...—

Compartiendo su dolor, Renata acarició su mano. La señora la miró, conmovida

—¿Qué sabes de mi hija, pequeña?—

—Que era hermosa...—

—La mujer más hermosa que he visto, en una vida dedicada a la belleza. ¡Mira! Esta es su foto...—

La señora dio vuelta una página y dejó al descubierto su gran tesoro.

Renata se sobresaltó.

Claro que estaban los rizos dorados, y el azul profundo de los ojos. Por supuesto que la imagen denotaba una cierta belleza... Pero Renata no podía alejar su mirada de aquellos ojos rasgados, casi orientales, ni de las manos regordetas, con dedos cortos, que saludaban con inocencia. Rocío, la bella Rocío, tenía síndrome de Down... O era mogólica, como gustaban decir los niños, sólo por ofender.

—Te imaginas lo difícil que fue para mi aceptar... Y Saverio... Él creaba perfección, ¿entiendes?. Yo, que había contratado exclusivas, y portadas de revistas, tuve que decir que mi bebé había muerto... Y es que estaba muerta para mí. Yo, que había soñado con uno de esos chiquitos retratados en las bolsas de pañales, había parido un...—

—Lo lamento— atinó a decir Renata, que apenas estaba aprendiendo a lidiar con los sentimientos propios y ajenos.

—¿Lo lamentas? ¿Por qué?— preguntó la señora, con auténtica sorpresa. —Rocío fue lo mejor que me pasó en la vida. La única persona en este mundo que me ayudó a conocer

la verdadera felicidad... Claro que me llevó tiempo aceptarlo. Como te dije antes, durante los dos primeros años de su existencia, me encerré en este cuarto. Decididamente la juventud me había abandonado, y la llegada de aquella niña defectuosa me hundía en el dolor de mis propia imperfección. No había motivos para seguir viviendo. Así que hice que arreglaran primorosamente mi cuarto, subí hasta él, me vestí con mi traje más hermoso, me maquillé, y me tomé un frasco entero de pastillas. Pero como había aprendido por la experiencia, esta vez me aseguré de no ser interrumpida. Ordené a la servidumbre que no me molestara hasta el día siguiente. Bajé las persianas, puse música suave, y me apresté a encerrarme en aquel cuarto que iba a ser mi bella tumba... Pero cuando iba hacia la puerta, me tropecé con la figura regordeta de aquella que se suponía era mi hija, (fruto imperfecto de mi vientre), y a la cual, desde el día mismo de su nacimiento, sólo había visto de lejos... “¿Qué haces aquí?!” le grité con severidad, como si se tratara de una de mis díscolas alumnas... Y entonces, así, con total sencillez e infinita belleza, como hacía todas las cosas, me dijo aquellas dos palabras que lograron cambiar toda mi vida: “Hola, mamá”... ¡La recuerdo como si fuera hoy!. Sonreía con esos ojitos traviesos... “Mamá”. Yo era su mamá. Y ella me necesitaba. Por primera vez no era yo, no se trataba de mi. Era ella. Alguien para quien, en verdad, yo hacía la diferencia. Alguien que le daba sentido a mi vida... Y si bien ni ella ni yo éramos perfectas (¿quién lo es en este mundo, más allá de la ilusión?), el amor que nos unía sí lo era... Y al darme cuenta, vomité. Vomité por última vez, mientras ella sostenía mi cabello... ¿Sabes?, durante su corta vida Rocío iluminó esta casa, llenándola de dulzura. Jugar con ella era un bálsamo. Su corazoncito, tan simple como hermoso, era un lugar seguro para protegerme del dolor y la soledad. No

hay quien la conociera y no la amara. Por eso me fue tan difícil cuando el Señor se la llevó. Ella era mi vida. Una vida perfecta, que valía la pena celebrar...—

La señora calló, y Renata fue incapaz de hablar. Demasiados sentimientos, todos juntos...

—Bueno,...— dijo al fin la gran Nadia, cerrando el álbum de fotos, y guardándolo cuidadosamente en un armario escondido en la pared —...ya casi es el mediodía. Hora de comer. He invitado a una amiga que seguramente te encantará...—

La muchacha se alegró de que la señora cambiara el tono, sin esperar a que ella la consolara. Rápidamente ambas mujeres compusieron el rostro, secaron sus lágrimas y, en el preciso momento en que la puerta se cerró, se dispusieron a guardar el secreto de lo ocurrido en aquel cuarto.

Comenzaron a caminar por el pasillo hacia el comedor.

— En cuanto a la comida, Renata, quiero que elijas sólo aquello que te gusta... Si ya tienes decidido dejar de ser delgada (o hermosa, ya que tú crees que son sinónimos), puedes comer en libertad. Saboreando sin culpa cada bocado. Líbrate de la trampa de las calorías. Abandona las matemáticas en la mesa... Un trozo de pan no es sino otra forma de nutrirte, de abrirte a una nueva experiencia. De celebrar la vida... No busques en él nada más, ni lo culpes de tu desdicha—

La muchacha siguió a la dama con mansedumbre, dispuesta a obedecer.

En el comedor las esperaba la invitada de la señora. Se trataba de otra modelo, bastante más joven, que Renata pudo reconocer con facilidad gracias a las revistas.

Era delgada, altísima y perfecta. Su mirada risueña, y su charla, encantadora. Era muy fácil reconocer en ella a una mujer feliz.

El almuerzo transcurrió entre risas y chismorreos, que tenían por víctima a los actores del momento.

No fue sino hasta que se sentaron en la sala, que Renata lo notó: aquella hermosa mujer tenía las manos más horribles que había visto en su vida. Musculosas, lastimadas, encallecidas, totalmente descuidadas. Tanto que Renata no podía evitar mirarlas. Eran una mancha imperfecta en toda aquella belleza y armonía.

—¿Te gusta el anillo de Amanda?— preguntó la señora con picardía.

—No lo he visto— respondió la muchacha, confundida.

—Es que como observas tanto sus manos, creí que...—

Renata enrojeció al ser descubierta, mientras la joven modelo sonreía, halagada.

—¡No te preocupes!— se apuró ésta a consolarla —¡Todos las miran!. Es fácil darse cuenta que son algo especial. Y, en verdad, es la parte de mi cuerpo que más me enorgullece— explicó, mientras ella misma las contemplaba, embelezada.

Renata quedó confundida.

—Con estas manos doy vida al mármol, cincelo sus formas y creo belleza... Soy escultora, Renata. Parece que Nadia no te lo ha advertido—

—No—

—Olvidé hacerlo. Pero siempre hay tiempo para que Renata conozca tu obra, y admire también tus manos... ¿Por qué no la llevas a ver tu museo?. Está apenas a unos pocos kilómetros—dijo la señora con entusiasmo, y con ese tono que Renata sabía más de orden, que de sugerencia.

¿Un museo? ¡Lo último que quería ver era un museo!. Nunca le había interesado el arte... Además, el estómago se le doblaba, y se moría de ganas de llorar cada vez que recordaba la cara que había puesto Guillermo al irse de su lado...

Por supuesto, no tuvo el valor de oponerse a la excursión, así que, después de un breve viaje, estaban a la puerta de una especie de galpón, acorde con la pobreza circundante. ¿Aquel era el “museo”? ¿Qué podía ver allí?: ¡Nada!.

Y, efectivamente, eso fue lo que vió.

Y es que, una vez franqueada la última de las tres puertas de entrada, quedó completamente a oscuras. Sola y a oscuras. “¿No viene conmigo?”, le había preguntado a la señora, con inocencia, pero ella, sonriente, le había respondido: “No, ésta, como la vida, es una experiencia individual”

Y allí estaba ella, ahora. Sola y a oscuras. Como siempre.

Primero intentó encontrar la puerta por la que había entrado, para huir cuanto antes de allí (¡el lugar le daba pánico!). Pero no hubo caso, así que tuvo que resignarse. Comenzó a desplazarse a tientas, hasta que chocó con una superficie helada. Era mármol. Posiblemente una de las esculturas...

—¡Hey! ¡Se cortó la energía!... — gritó varias veces, en busca de cordura.

Pero cuando se dio cuenta de que era inútil, se rindió.

En silencio comenzó a palpar aquella obra de arte. Sentía su fuerza, la potencia que brotaba de la quietud de la piedra. ¡Era un caballo!.

Ya no con miedo, sino con curiosidad, siguió palpando a su alrededor.

Chocó con la estatua de una niña gorda, que le recordaba aquella figura que, con mucha pompa, habían ubicado en una plaza de Buenos Aires, y que pertenecía a un tal Botero. Renata se quedó saboreando sus formas redondeadas y suaves. Hermosas...

Para cuando la muchacha llegó hasta la salida, luego de complacerse con más de veinte piezas, lo lamentó. Pero ya no había vuelta atrás. Palpando había removido el paño de una gruesa cortina, filtrando la luz del exterior, e iluminando todo el recinto. Otra vez los ojos dominaban sus sentidos, acallando los demás.

—¿Te gustó, pequeña?— dijo la señora, descontando su respuesta —Es el primer museo para ciegos creado en el país—

—¿Por eso no hay luz allí?— preguntó su discípula, con inocencia.

—No, Renata. Los ciegos no necesitan de la oscuridad para ver. Somos nosotros los que tenemos que descubrir otra forma de conocimiento. La imagen engaña... Como tu, esta mañana, frente al espejo. Pensabas que todavía podías adelgazar. No notabas como las costillas casi perforan tu piel, moldeando la desdicha que te corroe... Vivimos en un mundo de imágenes: cine, películas, fotos... Creemos conocer a alguien por haberlo visto. Como tú con Guillermo. Como él se engañó contigo...—

—Soy una tonta—

—¿Quién no lo es?— replicó la anciana dama. —Seguros son los necios, o aquellos que tienen demasiado miedo a equivocarse. Gente tan asustada como tu, pero que ha aprendido a disimularlo—

—No hay seguridades en este universo— afirmó la amiga de la señora, con una sonrisa.

Renata, que ya casi se había olvidado de ella, se sorprendió al verla. Tenía puesto una especie de mono, un overall de mezclilla, manchado y raído. ¿Tanto había tardado en el museo como para que su anfitriona hiciera tiempo a cambiarse?

—¿Te ha gustado mi pequeña trampa, Renata?— preguntó aquella mujer, cuya ropa simple no podía ocultar su gran belleza. —A Nadia le gusta llamarlo “museo”. Yo, en cambio, lo siento como una parte de mi propia historia. ¿Te has dado cuenta de que cuando uno vive es como si estuviera a oscuras?...—

La muchacha la miró con incredulidad. ¿También aquella mujer bella y perfecta se sentía así?...

—... Nunca estás muy seguro de ir en la dirección correcta, te caes todo el tiempo, y, por más que lo intentas, no puedes saber donde está la salida— continuó, indiferente a la sorpresa de su invitada.

—¿Acaso hubo alguno de los que trajimos hasta aquí que no gritara al iniciar el recorrido?— preguntó la señora a su amiga.

—¡Todos lo hicieron!. Incluso, ¿recuerdas?, finalmente nos dimos por vencidas, y tuvimos que ir a rescatar al conde... ¡Estaba aterrado!—

Ambas damas rieron.

—Sí...,—le dijo la gran Nadia a su discípula, —... pedir ayuda no está mal. Es una opción. Pero debes estar preparado para que nadie venga en tu auxilio. Otra opción, en cambio, es hacer lo que tu hiciste: caminar en sombras, tropezar, lastimarte, pero no dejar de complacerte en la belleza que te rodea. Como en la vida, esa es la única forma de recorrer el camino—

Las dos damas callaron, con una sonrisa cómplice en los labios. Renata las observó a su antojo. Cada una de ellas encarnaba todo lo que una vez había querido alcanzar: belleza, elegancia, seguridad...

Pero nada de eso valía todo el sufrimiento que hacía falta para conseguirlo...

En cambio, había algo más en ellas... Algo que Renata en verdad deseaba. Algo que daba sentido a todo lo otro...

Y es que, ahora se daba cuenta, lo único que había querido siempre era, simplemente, ser feliz.

—¡Bienvenida a tu nueva vida, pequeña!— dijo su maestra, justo antes de besarla.

Y Renata se dejó inundar por aquel cariño tierno, tan dulce como las caricias de su madre. Un sentimiento profundo.

El primero de los muchos que de allí en más iban a poblar su corazón...

Muy a su pesar, la señora había insistido para que Renata volviera al mundo real dos días antes de que venciera el plazo de sus “vacaciones”. Quería que se adaptara a aquella vida que le había tocado en suerte y que descubriera todo lo valioso que también había en ella. Para eso le había regalado una cámara instantánea que había pertenecido a la pequeña Rocío, y le había hecho prometer que, como en el museo, se iba a esforzar por encontrar belleza en medio de las sombras del mundo exterior.

Era domingo por la mañana y Renata, bastante deprimida por haber pasado la noche en su propia cama, en aquel hogar horrendo que le pertenecía, decidió que la mejor forma de encontrar belleza era recorriendo el barrio de Belgrano, distante a varias cuadras del suyo, pero que reflejaba, con sus casonas amplias, una dignidad y un respeto que valía la pena capturar en imágenes. Estaba caminando así, despreocupada, mientras sonaban las campanas llamando a la misa, cuando vio un árbol frondoso, de los que abundaban en el lugar. Era muy bello, y bien valía una foto.

—¿Me zzacas un retrato?—

Renata, que se pensaba sola, se sorprendió al escuchar aquella voz a sus espaldas.

De inmediato giró sobre sus talones y se enfrentó con su interlocutora. Se sobresaltó. Era una niña, con cuerpo de adulta, que le hablaba por detrás de una reja. Renata la miraba con estupor, sin saber que contestar.

—¿Me zzacas una foto...?— insistió la otra, con dulzura.

“Escuela diferencial”, rezaba el cartel a su espalda.

Por un momento Renata dudó. No era buena con los sentimientos propios ni los ajenos, y aquella niña distinta la asustaba... ¿Habría sido así Rocío?...

—Mira, zzi quiedes zzonríó...— dijo la niñita, posando con gracia.

Renata, mas por miedo y desconcierto que por otra cosa, accedió. Disparó el botón, y pronto la foto comenzó a salir, revelándose con la luz.

—Aquí tienes— le dijo, mientras se la alcanzaba como si pudiera contagiarse de algo.

Pero mientras lo hacía, una voz autoritaria casi gritó.

—¿Qué pasa aquí?!... ¿Quién es usted?—

La maestra, rodeada por otros niños tan peculiares como la que se asomaba por la verja, asustó a Renata.

—Ella me pidió una foto y yo...— se defendió la muchacha, casi balbuceando.

—¿Me saca una a mí?—

—¿Y a mí?—

—¡Yo también quiero!—

Las voces de los otros niños, emocionados al ver la foto que les mostraba su compañerita, se escucharon al unísono. La maestra, ahora con una sonrisa en los labios, miró a Renata, suplicante.

—Les gusta que los visiten, pero la gente duda en acercarse— se disculpó. —¿No les sacarías unas fotos?... La escuela puede pagarte la película...—

Sin saber como negarse (¡y como deseaba hacerlo!), Renata aceptó, sintiendo, a medida que atravesaba aquella verja, que penetraba en el mismísimo infierno.

Aterrada, comenzó a disparar foto tras foto, entregándoselas a aquellos seres extraños, que sonreían emocionados. Para su sorpresa, no todos los retratos eran horribles. Algunos hasta eran... hermosos... ¿Así habrían sido los de Rocío?.

Un poco por deber hacia la señora Nadia y sus sentimientos, y pasado el terror inicial, Renata intentó esmerarse en su trabajo. Instaba a los alumnos para que posaran con gracia. Pronto comenzaron a rodearla, y a jugar con ella. Para cuando ya había pasado una hora, la muchacha corría junto a aquellos niños grandes, riendo y fotografiándolos en movimiento. Buscaba los contraluces que enseñaran todo lo que esos (ahora entendía) bellos seres tenían para mostrar. A diferencia de la otra gente, no la juzgaban. No sabían de peso o calorías, no miraban el valor de su ropa, y no se conmovían por sonrisas ensayadas. Por eso, durante su estancia, una risa genuina comenzó a surgir de sus labios, dando paso a la Renata real, aquella que llevaba muy dentro.

Para cuando anocheció la muchacha dio por finalizada su tarea. Besó a todos y cada uno de sus nuevos amigos. Ellos le agradecieron las fotos, y ella, en el interior de su corazón, les agradeció por esta nueva lección que acababa de aprender.

—¡Renata, a mi despacho!...—

La voz de R. H. había sonado poco amistosa. Nada extraño, considerando que su jefe la había observado con seño fruncido durante toda la mañana.

Resignada, la muchacha se puso de pie. Sus compañeros de trabajo agacharon la cabeza, apesadumbrados, presagiando lo peor. Susana, en cambio, la miraba con insistente recelo.

Mientras caminaba hacia la tan temida oficina de su jefe, Renata evaluaba las posibilidades de conseguir un nuevo empleo (algo que la hubiera aterrado unos meses atrás, pero que ahora, confiada en sí misma y en sus capacidades, la seducía).

Bastó cerrar la puerta del despacho para que la mirada torva de su jefe se trastocara en una sonrisa seductora.

—Siéntate Eni, que no estás en un tribunal...—

Renata lo obedeció con desconfianza. Había aprendido a dudar de un hombre que mostraba una amabilidad tan repentina.

—No sabía que también conocías a la gran Nadia... ¡Claro! Fue muy estúpido de mi parte no haberlo imaginado... ¡Después de semejante transformación!—

¿Por qué su jefe se aproximaba tanto al hablarle?... ¿De qué se trataba todo aquello?...

La muchacha comenzó a incomodarse, pero, R. H. actuó como si no lo notara, y agregó:

—... Es que creí que la vieja se había muerto—

—¿Se refiere a la “señora”?— lo corrigió, molesta —Ella es sólo una amiga personal...¿Necesita alguna otra aclaración?. Si es por los quince días que no he venido a trab...—

—¡No, no es por eso!... Ayudarte es un verdadero gusto... Me siento un poco responsable por ti. Sobre todo ahora que Guillermo se ha ido a España...—

Dijo esta última frase con un tono cómplice, mientras se ponía de pie y se acercaba a ella, casi rozándola. Renata, ajena a estos movimientos, no podía sobreponerse a lo que acababa de escuchar.

—¿Guillermo se ha ido a España?— repitió tontamente.

—¡Vamos!... No finjas sorpresa. Se que has influido en su decisión de dejar el negocio y radicarse en Madrid...—

Sin razón alguna, su jefe comenzó a acariciarle los hombros. Ella, molesta, le retiró las manos con cierta violencia. Todavía estaba tratando de procesar el hecho de que Guillermo, “su” Guillermo, se había ido para siempre, cuando R. H. acomodó una silla justo a su lado, y se sentó con confianza.

—Parece que eres una mujer difícil de olvidar, Eni— le dijo al fin, aprovechando su turbación.

—Por favor, no me llame más así. Prefiero que lo haga por mi nombre—

—¿Por qué?... “Eni” suena bien y...—

—Nadie más me llama de esa manera...—

—¡Mejor! Entonces lo haré solamente yo. Será como nuestro pequeño secreto, “Eni”—

El tono lujurioso con que pronunció su nombre, y su peligrosa cercanía, trajeron a Renata de vuelta a la realidad.

—¿Cómo el que tenía con Susana cuando la llamaba “Susy”?...— dijo con ironía. —Y eso me lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué las mujeres en esta oficina tenemos que tener nombres secretos?—concluyó con enojo.

El rostro de R. H. empalideció.

—No seas tan quisquillosa... Susana está acabada y...—

—¿Ahora es mi turno?—

—Tendrías que estar contenta de que te haya elegido...— murmuró, mientras comenzaba a acariciar sus piernas.

—¡Hey! ¿Qué le pasa?— gritó ella.

De un salto se puso de pie. Pero su jefe no estaba dispuesto a dejarla partir tan fácilmente. Con rapidez la tomó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo, logrando que casi chocaran sus bocas.

Si esto le hubiera ocurrido a la gorda pectorra, se hubiera quedado quieta, incapaz de defenderse. Si en cambio hubiera sido a “Eni”, habría tratado de sonreír con gracia, y de salir de la situación en forma airosa, sin comprometerse ni perder el empleo. Pero ahora, lamentablemente para R. H., la que estaba al mando era Renata...

Enfrentó a su jefe, y comenzó a hablar. Sin enojo, pero con autoridad.

—No quiero pensar que ahora que Guillermo se ha ido a España, usted se siente en libertad de abusar de mí—

— “Abusar”... que fea palabra. No. Lo que quiero es protegerte... No es bueno que alguien tan hermosa como tú esté sola... El mundo está lleno de gente peligrosa...—

Renata, que había estado tratando de soltarse mientras él la tenía asida con fuerza, optó por un práctico y doloroso pisotón, que dejó a su agresor dando saltos por todo el cuarto.

Una vez calmado, R. H. la miró enfurecido.

—¡Que te has creído!... Que porque has bajado unos kilos...—

—No. Esto no tiene nada que ver con el peso, sino con la dignidad. ...—

—Pues, a ver si ese estúpido orgullo tuyo te da de comer... ¡Estás despedida!—

La muchacha comenzó a caminar hacia la puerta, mientras su jefe seguía rezongando:

—Eso es lo que uno saca por tenerles paciencia— decía. — ¡Vete!... No te precisamos en esta oficina...—

Pero fueron esas últimas palabras las que hicieron retroceder a la muchacha.

—¿Cómo dijo?— lo enfrentó.

—Que no precisamos a gente complicada y presuntuosa aquí... Consigo veinte como tú en un minuto—

—¿Veinte como yo?... No. Quizás veinte gordas, veinte mujeres dispuestas a venderse por una atención, pero no veinte como yo. Porque yo, querido R. H., voy a hacer la diferencia en esta oficina... Lo he pensado mejor... No voy a irme para que lo intente con la próxima. Por el contrario: ¡pelearé!—

—¡No seas ridícula!... Voy a despedirte, ¿no lo has oído?—

—No, no lo va a hacer... ¿Y sabe por qué?... Porque si lo hiciera, yo no dudaría en demandarlo por acoso sexual...—

—¡No seas idiota! ¡No tienes pruebas!... Sería tu palabra contra la mía...—

—¿Mi palabra? ¡No! ¡Nuestra palabra!... A “Susy” tampoco se la ve muy feliz... Ya seríamos dos. Y la señora... Vieja y todo, estoy segura de que los jueces se pondrían del lado de la gran Nadia, si ella testificara a mi favor... La señora lo conoce demasiado, ¿lo olvida?...—

—No serías capaz...—

—Pruébeme...—

Renata lo miró con esa sonrisa largamente ensayada, que ahora no usaba para seducir, sino para burlarse.

R. H. la contempló, desolado. Sabía cuando estaba vencido. Renata no sólo era hermosa... “Si no hubiera estado tan entretenido mirando su culo...”, se reprochaba a sí mismo, mientras resoplaba, “... me hubiera dado cuenta a tiempo de que, además, era inteligente”. Odiaba a las mujeres inteligentes. Era lo único en la vida que no era capaz de dominar...

—Una última cosa...— agregó la muchacha, justo antes de irse. —No me llame Eni nunca más. No me gustan los nombres secretos R. H..., ¿o puedo llamarlo... Radamés?, ¿es la “R” de R. H., verdad?—

Renata cerró la puerta tras de sí, y enfrentó a sus compañeros. Todos simulaban estar abstraídos en su trabajo, levantando apenas la cabeza para observarla. Sólo Susana la miraba con ojos llorosos, mientras se apuraba a guardar algo en su cajón.

Susana, su enemiga... Renata la miró como si fuera la primera vez en mucho tiempo: la pobre muchacha había ganado peso, ya no se arreglaba como antes, y, en verdad, parecía estar sufriendo. Y últimamente Renata se había vuelto muy sensible a las necesidades de los demás.

—¿Qué tienes ahí?—

Susana empalideció al ver que su contrincante había descubierto su más oscuro secreto. Por fortuna, el resto de sus compañeros no las observaban.

—¿Qué te importa?—

—Claro que me importa— respondió la otra, tratando de abrir el primer cajón del escritorio, mientras que Susana hacía lo posible por impedirlo —Me importa porque yo también tenía uno así—agregó al fin.

La pobre Susy quedó congelada al escucharla. Si, ahora era ella la que trataba de paliar con chocolates su amargura. Ahora era ella la gorda pectorra de la oficina.

—Déjame tranquila, Renata— rogó casi entre llantos.

—No. No voy a dejarte tranquila. ¿Sabes por qué?... Porque mereces que alguien se ocupe de ti... ¿Y sabes quien lo va a hacer?—

—¿Tu?— preguntó la otra con ironía.

—No. ¡Tu!... Ese idiota no vale la pena... No vale un minuto de tu desdicha... ¿Por qué darle el gusto de verte destruida?—

—¿Por qué me dices esto?— preguntó confusa.

—Porque uno siempre reconoce los paisajes que ha recorrido y, créeme, yo soy una verdadera reina del drama. A ti, en cambio, no te sienta. ¡Eres una principiante!... ¿Sabes? En esta oficina hay lugar de sobra para dos mujeres hermosas. No tengo miedo a la competencia....—

—¡Muérete!... No necesito una amiga...—

—Claro que no. Lo que necesitas con urgencia es una maquilladora... ¡Dás lástima!... ¡Vamos! Ponte de pie. Ya es la hora del almuerzo. Vamos a arreglarnos un poco y a vernos espléndidas. Conozco un lugar que prepara unas ensaladas riquísimas... Después podemos ir a caminar por el parque, y respirar algo de verde, mientras charlamos... ¡Te vas a divertir en grande cuando te cuente la escenita que me acaba de montar R. H. ahí adentro!...—

Por primera vez desde que eran compañeras de trabajo, Susana le sonrió. Moría por saber que había ocurrido a puertas cerradas. Y, después de todo..., ¡Renata no parecía tan antipática!

No extrañaba nada.

Como muchos argentinos con un ciento por ciento de sangre europea corriendo por las venas, Guillermo se sentía en Madrid como en su propia casa. Hasta había dejado de decir “boludo” todo el tiempo, y, sin ningún esfuerzo, había incorporado la palabra “coño” a su florido vocabulario (ya era, a no dudarlo, un mal hablado multilingüe).

No extrañaba nada de Buenos Aires.

Sólo le dolía un poco el orgullo cada vez que el antiguo colaborador de su padre lo llamaba para decirle lo bien que iban los negocios gracias a su ausencia. Pero se recuperaba al colgar el auricular. Sus logros profesionales le reafirmaban que aquella huida había sido en la dirección correcta. En efecto, después de meses de ardua labor, ya casi tenía terminado su primer mediometrage. Era un documental sobre la vida de los “nuevos refugiados” en la madre patria. Gente que había hecho el camino inverso al de sus abuelos, buscando como ellos, en otro suelo, las oportunidades que su propia tierra les negaba.

Su vida, como el verano madrileño, se había vuelto luminosa.

No extrañaba nada.

Nada.

Quizás...

Había algo que lo incomodaba un poco (¡muy poco!). Y ese algo eran las madrileñas... Y no es que no fueran hermosas... Por el contrario. Aunque eran muy distintas de las argentinas: sin tantas cirugías, ni tanto rollo con los rollos. Más confiadas en si mismas...

Y eso le gustaba, pero... Había algo...

Y es que cuando veía una madrileña, no demasiado alta, con piel oscura, pelo negro, ojos grandes y profundos, pechos generosos y culo firme, le recordaba a...

A alguien que no tenía interés en recordar.

—¡Vamos, chaval!... ¡Qué no te entiendo! ¿Lo has dejado todo por una mujer que no ha sido ni tu novia ni tu amante?—

—Justamente por eso. Creía conocerla, y cuando estaba a punto de intimar con ella, me defraudó—

—¿Por qué creíste esa tontería? ¿Quién te dijo que un hombre puede conocer a una mujer?—

—Es que pasé horas escuchándola... Cuando hablaba con esa voz increíble parecía describir paisajes de mi propia alma. Su infancia, sus miedos a la vida, su soledad... Era como escuchar mis secretos más oscuros de la boca de una perfecta extraña. Por eso creí que era alguien especial...—

Guillermo se quedó pensativo, pero luego continuó con amargura:—Después me di cuenta de que esas frases dichas con dulzura no eran más que una puesta en escena para dar lástima—

—Y entonces te has venido aquí, desengañado—

—Desengañado de mi mismo. Ella sólo era una mujer. Y las mujeres son así: falsas y calculadoras...—

—¡Buen comentario para hacerle a la dama que tienes metida en tu cama!—

Guillermo miró a su amante, que lo contemplaba vestida solamente con una sonrisa irónica en la cara.

—No lo digo por ti. Tú eres...—

—Distinta, ya lo se. Porque no quiero matrimonio ni hijos. Pero si los quisiera, ¡ay!, sería falsa y calculadora... ¿no es cierto?—

¡Tenía razón! Era fácil para un hombre confundir el compromiso que exigían las mujeres con algo más tenebroso.

Ellas siempre parecían estar planeando un “futuro perfecto” que excluía la palabra “libertad”.

—Así que tu chica te habló de matrimonio y te espantó hasta este lado del Atlántico...—

—¡No!. Por el contrario, ella...—

A Guillermo se le ahogaron las palabras. Luego continuó.

—No, no fue ella... O si lo fue... Pero, más que nada, fui yo. Y es que yo también estaba dispuesto a entregarme. No por amor, ni siquiera por pasión... Cada día que entraba a la empresa de mi padre estaba vendiendo un poco de mi alma. Como ella, la noche que la rechacé... Al verla en un espejo, he visto toda mi vida reflejada—

—Ay, tío... ¡que complicado!. A vosotros, los argentinos, tanto psicólogos os han sorbido el seso... Mira, todo ese rollo de la muchacha y tu vocación, lo entiendo. Inclusive me doy cuenta de porque has dejado tu país... Pero lo que no entiendo es porque, a pesar de que te gusta lo que haces aquí, y pareces feliz, todavía la echas de menos... ¿No es que para ti ella no significaba nada?—

Guillermo la miró confundido.

Nunca lo había pensado...

Lo que ocurrió en el edificio de Renata fue algo muy extraño.

Ahora que iba a lo de la señora cada fin de semana, despertar en su propia cama de lunes a viernes se le hacía muy difícil. Abrir los ojos y encontrarse con el pequeño patio de un metro cuadrado, hundido en el primero de cinco pisos que le restaban luz solar, era deprimente. Para peor, todavía estaban en él los cadáveres de las plantas que su madre había cuidado con desvelo, y que ahora le recordaban su ausencia... ¡Algo tenía que hacer!. Y cambiar “ausencia” por “recuerdo” le pareció un buen primer paso. Tenía que devolverle a aquella pequeña conexión con el mundo exterior parte de su antiguo esplendor. Claro que para eso se necesitaba dinero, algo que Renata prefería gastar en comida sana (¡decididamente no le gustaba cocinar!), salidas con amigos, y, sobre todo, películas y revelado fotográfico. No había dinero para mucho más.

Pero Renata había aprendido con sangre que no había otro “no” que el que alguien se imponía a sí mismo. Por eso un día tuvo una repentina inspiración. Vió un vecino con unas latas de pintura, y supo exactamente lo que tenía que hacer: se le acercó con su sonrisa largamente ensayada, que prometía mucho, y con su voz seductora y grave, y le pidió consejos sobre la forma de arreglar una pared. El vecino le respondió, encantado. Todos los hombres del edificio habían reparado en la llegada de aquella dulce niña que ahora ocupaba el departamento de la gordita antipática que había vivido allí por años. Ayudarla era para él un verdadero placer... Un placer que terminó despertando la envidia de los otros. Así que Renata se apuró a incorporarlos también al proyecto: toda excusa era buena para pedir un consejo, y cada uno de sus asesores terminaba con una brocha en la mano.

Por supuesto, esto no agradó a las mujeres del edificio: ¿dónde habían pasado el domingo sus maridos, que volvían tan contentos?. Así que Renata las invitó a participar.

Mientras la señora del tercero cosía un edredón y las cortinas, la del cuarto cultivaba brotes para el jardín. La del segundo, profesora de dibujo, se encargó de trazar unos hexagramas del “I Ching” en unas cartulinas. Su marido los enmarcó, y los colgó con arte. Las paredes del patio se cubrieron con una celosía de madera por donde comenzó a trepar una planta de flores azules (para Renata todas eran “plantas”, porque tampoco era buena en botánica). Las macetas de su madre fueron restauradas, y el lugar se llenó de verde. Como la luz era poca, el vecino del quinto escondió unos focos especiales para ayudar al sol en las tardes grises. Los espejos, de los que Renata ya no abusaba, fueron ubicados de forma de multiplicar aquel bello jardín.

A puertas abiertas, cada domingo se reunían todos los propietarios en aquel departamento minúsculo, hasta que, tomando mate y chismorreando, se llegó al final de la obra, que se celebró con una gran (pero humilde) fiesta.

Estaban tan satisfechos que pronto decidieron seguir con cada uno de los apartamentos. Y luego los pasillos... ¡Y hasta la entrada de la calle fue remozada!.

Con un costo mínimo la casa se llenó de espejos, luz, verde y alegría.

Sólo la vecina del apartamento contiguo al de Renata no había colaborado. Su casa era ahora un verdadero manchón gris en medio de tanto arte. Pero nadie tenía valor ni siquiera para proponerle un cambio. La vieja, una mujer que sólo ladraba, no

hacía más que quejarse del ruido y las risas. ¿Cómo convencerla?

Por decisión unánime se le encargó la difícil tarea a Renata. Ella no era buena pintando, cocinando o cosiendo, pero sabía como comunicarse con la gente: ¿quién podía oponerse a esa sonrisa encantadora, o a esa voz melodiosa y suave?. Pero no fue ninguno de esos atributos los que hicieron que aquella anciana le franqueara la puerta de su casa y de su corazón. Fue, en cambio, la extraña habilidad que había adquirido Renata para lidiar con los sentimientos propios y ajenos. Era ese profundo conocimiento que tenía del dolor y la soledad, lo que ahora le permitía acercarse a los desesperados.

Durante varios días había intentado vanamente lograr su objetivo. La señora era inmovible. No había bizcochitos o chocolates que la ablandaran. Pero cuando Renata la invitó a conocer su propia casa, su vecina, inexplicablemente, aceptó. A la semana todo el grupo estaba pintando el departamento de la anciana. Las latas necesarias habían sido compradas con aportes de todos los vecinos, y la señora Dina (ese era su nombre) los recompensaba con tortitas fritas que llenaban el edificio de olor a membrillo.

Para cuando ya no quedó más pared que pintar la dama tuvo un último pedido: quería un cuadro con “garabatos” como los que tenía Renata en su casa.

La muchacha no tomó el pedido a la ligera. Escogió para ella un hexagrama del I Ching que conmemorara todo lo ocurrido. Y cuando la vecina del quinto lo terminó, fue la misma Renata la que escribió, a un costado del dibujo, el nombre:

Hexagrama nro. 46: “La fuerza del ascenso”.

—¡Renata, a mi oficina!—

La orden de R. H. la obligó a ponerse de pie. Susana, su amiga, la miró con una sonrisa cómplice. Juntas estaban comenzando a domar el mal temperamento de su jefe, pero todavía había mucho por hacer.

—Cierra la puerta— gruñó R. H.

Renata obedeció con algo de desconfianza.

—¿Es cierto que Susana está saliendo con alguien?— le espetó.

—Puede ser...— respondió la muchacha con aire intrigante (no estaba mal hacerlo sufrir un poco).

—Se que ahora te dedicas a la fotografía...—

—Me apasiona—

—¿Ese tipo alto que vino la otra tarde, es tu profesor?—

—Si. Tiene varios premios internacionales y me está ayudando con...—

—¿Viene por ti?—

—No—

—¡Entonces, el muy estúpido viene por Susana!—

—Puede ser...—repitió la muchacha, con una involuntaria sonrisa que terminó de sacar de quicio a su jefe.

—Mira, Renata, a mí me gusta Susana...—

—¿Le gusta?—

—Me gusta mucho. Siempre me gustó. La he dejado simplemente porque ella pretendía que...—

—¿Pretendía?—

—Sí..., como todas las mujeres...—

—¿Y usted?—

—Yo no—

—Entonces, ¿cuál es el problema con Roberto?—

—No me gusta nada como la toca a la primer oportunidad. ¿Qué clase de intenciones tiene él para con ella?...—

—¿Le importa tanto saberlo?—

—Soy un hombre de negocios, Renata. Se exactamente lo que quiero, y no me gusta dejar pasar oportunidades. Creí que tú eras una oportunidad, pero me equivoqué. ¡No importa!. Creí que Susana era una oportunidad. La usé mientras pude, y la dejé ir. Pero, la verdad, la extraño... Es una amante de primera, y sabe escuchar. No hay muchas como ella... Y yo la quiero—

—¿La quiere?... ¿Qué significa eso? ¿Qué la quiere como a un juguete, o que la ama?—

—La quiero, Renata. Sin tantas aclaraciones...—

—Querido R. H., yo, como usted, también me dedico a negociar. Usted lo hace con dinero, yo lo hago con la gente... Y así es como veo este problema: usted “quiere” a Susana. (Le advierto que ha cambiado, y ya no es tan complaciente..., pero seguramente eso también la ha mejorado como amante). Por otra parte, mi amigo Roberto también la “quiere”, pero además la “ama”. La oferta de él es clara: compromiso, matrimonio..., ¡ya sabe!... ¿Y la suya?—

—No esperaba que ese tipo hubiera hecho una apuesta tan fuerte...— comentó decepcionado.

—Entonces, lo lamento, pero hay un ganador...— respondió la muchacha, mientras se dirigía hacia la puerta.

La voz de su jefe la detuvo.

—Puedo estirarme...—

Renata sonrió, y se apuró a exigir:

—Anillo, presentación a familiares, y Dios dirá...—

—Presentación a familiares, sin anillo—

—¡Fuera de toda discusión!... Anillo, y casamiento en menos de un año—

—Anillo y Dios dirá— se rindió al fin aquel hombre fuerte, que Renata sabía muy enamorado.

—Haré lo posible por convencerla— simuló ceder.

Gracias a su amigo Roberto el plan había dado resultado. Además de fotógrafo, era un excelente actor. Pero el hecho de que Susana y R. H. estuvieran tan enamorados también había ayudado en algo.

Después de todo, amar era la parte fácil. Lo difícil era darse cuenta...

El invierno había alejado a Guillermo de Madrid. Las heladas no eran lo suyo, y aquel frío que calaba los huesos le hacía evocar con nostalgia la maldita humedad de su patria.

Hasta que la ciudad comenzara a descongelarse, se había mudado a Palma de Mallorca. Al sol, y en medio de aquel ambiente cosmopolita, revivía. Le gustaba despertarse a primera hora, peregrinar hacia el pequeño castillo que dominaba la zona, y terminar la mañana en una buena librería del centro. Con suerte, al fin de la jornada, conquistaba alguna turista nórdica, y volvía a casa acompañado.

Eso lo ayudaba a no pensar en ...

En alguien que prefería no recordar.

Aquella mañana había tenido que suspender la caminata. La noche se había alargado, y la hora del almuerzo no llegaba nunca, así que decidió desperezar la resaca que taladraba su cerebro en la librería cercana. Sentarse un rato, paladear una buena lectura, y no pensar. Y es que por aquellos días estaba pensando demasiado...

A pesar de que las cosas no podían ir mejor, de que el sexo era increíble, de que se sentía viviendo en el paraíso, a pesar de todo eso, no podía negar que todavía extrañaba a...

¡Renata!...

¡Frente a él!. Allí, en Palma de Mallorca. De carne y hueso...

No. En realidad, de cartulina y papel. Una imagen tamaño natural de Renata (la bella “Eni”, para ser más precisos), parada allí, en medio de la librería.

“LA BELLEZA DE LA APARIENCIA”, ese era el título del libro que publicitaba. ¿Así que ahora era modelo? ¡Buen oficio para su gran vanidad!.

Guillermo la miró a los ojos, incrédulo. Ahí estaba ella, monísima, espléndida. Pero falsa y vacía (como la original).

—Este libro viene de su patria, señor Pardo... Es muy bueno. Ya he vendido varios... ¿Se lo alcanzo?—

La voz del vendedor lo arrancó de todos aquellos recuerdos que ahora acudían en tropel: Renata, la gordita, mirándolo con esos ojos tristes que “lo podían”. Eni, sentada sobre la cama deshecha, con el pecho palpitando bajo la blusa leve. Su reflejo en el espejo, de mujer aburrida, retocándose los labios, mientras él se consumía por la pasión...

—Aquí lo tiene—

Guillermo tomó el libro sin mirarlo, y lo ocultó, casi como si se tratara de material pornográfico y el hubiera tenido sólo quince años. Luego buscó la más alejada de las mesas del subsuelo desierto, y comenzó a observarlo con detenimiento.

Otra vez “Eni” le sonreía, espléndida. Esta vez lo hacía desde la portada. “LA BELLEZA DE LA APARIENCIA”. Rápidamente giró el libro para ver la contratapa, y se sorprendió. Allí estaba Renata, la gordita, fea y asustada, desviando la mirada de la lente de la cámara. “LA APARIENCIA DE LA BELLEZA” decía ahora el título.

Buscó la primera hoja. Un agradecimiento de la autora... ¿La autora? ¡Renata era la autora del libro!... ¡Ahora si que no entendía nada!.

Se trataba de un libro de fotografías. Buscó la siguiente página. Era la imagen de una niñita embelezada por el vuelo de unas palomas. La luz y el encuadre reafirmaban la idea de movimiento y libertad. Conmovido por su perfección, dio vuelta la hoja y se sorprendió. Su corazón casi dejó de latir. A espaldas de aquella foto, la misma foto, pero con un encuadre más abarcativo: la niñita contemplaba ese vuelo hacia la libertad, pero lo hacía desde una silla de ruedas.

En la hoja impar, otra foto perfecta. Unas flores silvestres y el cielo de un azul purísimo. Una imagen celestial... hasta que se daba vuelta la página. Otra vez la misma foto con un encuadre más amplio. Aquellas flores hermosas habían crecido en medio de un horrendo basural...

De eso trataba todo el libro. Fotos a contraluz de gente bella, que al dar vuelta la hoja se convertían en monstruos urbanos. Niñitos felices y angelicales, conviviendo con la más desgarradora miseria. Ventanas que miraban al infinito, encerradas en casas semidestruidas...

De eso se trataba todo. De descubrir la belleza adonde estaba oculta. “LA BELLEZA DE LA APARIENCIA—LA APARIENCIA DE LA BELLEZA”. Pequeños milagros en medio de la oscura realidad.

Guillermo abrió el libro al medio y lo dio vuelta. La portada y la contratapa quedaron a la vista al mismo tiempo. Eni y Renata lo observaban...

Y entonces comprendió.

—Muchacha, lo que tú necesitas es un novio—

Renata había hecho un pacto con su vecina, la anciana señora Dina. Ella le cocinaba y hacía las compras para las dos, y la muchacha pagaba las cuentas de ambas. Pero además de comida sana y deliciosa, a la señora le gustaba aconsejarla. Y cada noche salía con la misma historia del novio. Renata sonreía.

—No necesito nada. Casi no tengo tiempo para todas las cosas que debo hacer, y siempre me encuentro rodeada de amigos. No me siento sola en absoluto—

—No seas necia, muchacha. Un novio no te quita la soledad... Mírame a mi, si no. Me he casado tres veces y tengo diez hijos. Y si tú no venías a rescatarme...No, un novio no sirve para eso— Y luego agregaba, con picardía: —Pero para aquello que sirve... ¡es muy útil!—

Renata sonreía. Claro que en el fondo de su alma sentía el vacío de algo. Pero ya no le alcanzaba “tener un novio”. Lo que ella en verdad quería era... enamorarse. Experimentar el amor en brazos de alguien que también la amara.

Ahora que todos los días hacía de su vida una celebración, no estaba interesada en conformarse con menos...

Por eso ya no buscaba. Sabía que, tarde o temprano, el destino iba a encargarse de sorprenderla.

Una, dos, tres..., cuatro horas habían pasado ya. Las piernas le dolían de tanto estar parado en el mismo sitio. Ya estaba considerando irse, cuando miró a su alrededor, y no pudo evitar una sonrisa. Rápidamente se puso en marcha. Comenzó a abrirse paso por entre la gente, con la urgencia propia de aquel que está muy ocupado. Y entonces, “casualmente”, se tropezó con ella.

—¡Renata! ¡Que sorpresa, tú por aquí!— dijo Guillermo.

La muchacha lo miró como si fuera un fantasma surgido del fondo mismo de su memoria ¿Lo estaba imaginando?.

—¡Guillermo!... Creí que estabas... en España— balbuceó, confundida.

—Hacía demasiado frío, así que decidí venir por unos días, para gozar por última vez de este delicioso y agobiante calor—

—Es increíble que nos hayamos encontrado ¿Qué haces por aquí, tan lejos de tu casa?—

—Es por una amiga... He venido a devolverle su falda— respondió con picardía.

Renata le regaló una sonrisa cristalina. Y Guillermo se quedó atrapado en aquella boca fresca, que había extrañado tanto.

La muchacha lo observó con detenimiento.

—Has cambiado. Se te ve más feliz—

—Tú también has cambiado. Estás más...

Se quedó mudo. No quería que sus palabras delataran ningún sentimiento. Entonces..., ¿cómo terminar aquella frase: “estás más hermosa”; “más seductora”; “más deseable”?

—...más rellena— dijo al fin.

Pero..., ¿qué había dicho?! ¿Cómo pudo salir semejante barbaridad de su boca?. No se hablaba con una mujer sobre su peso, ¡y mucho menos con Renata!. Sabía que si no hubiera estado tan trastornado por su cercanía, nunca hubiera cometido semejante desliz. Pero ahora estaba allí, hecho un idiota, y diciendo tonterías.

Por fortuna, a ella no pareció molestarle. Por el contrario.

—Si. He aumentado por lo menos dos talles... Pero, ¿no crees que me queda bien?— preguntó con encanto.

—¡Muy bien!— respondió el otro, con una sinceridad tan obvia, con una admiración tan evidente, que arrancó una nueva sonrisa de labios de la muchacha.

—Disculpa... Tengo que aprender a no hacer ese tipo de preguntas a un hombre. De verdad, sólo quería saber tu opinión. No te estaba coqueteando...—

—¡Qué lástima!—

Renata sonrió, pero ahora, con turbación. Había olvidado lo increíblemente buen mozo que era Guillermo, y su cercanía la intimidaba. Podía entender porque en el pasado se había portado invariablemente como una tonta, junto a él. Aquel hombre fuerte, de brazos musculosos y ojos serenos era, además, hermoso. Y lo era en el verdadero sentido del término. Con esa belleza interior que encandilaba. Eso la había enamorado entonces: esa tierna suavidad que mezclaba con su

estampa varonil. Era un niño triste en el cuerpo de un hombre grande. De tener que fotografiarlo, lo hubiera hecho desnudo, de pie, mirando hacia la cámara. Así habría podido captar a la vez la potencia de su masculinidad y la fragilidad de su mirada. Podía imaginarlo...

—¿En qué estás pensando?— le preguntó, intrigado.

Como en las viejas épocas, Renata enrojeció y no supo que contestar.

—¿Te puedo invitar a comer?— insistió Guillermo.

—Es que iba a mi casa. Tengo varios rollos que procesar y...—

—Me había olvidado que ahora eres fotógrafa...—

—¿Cómo te has enterado?—

—He visto tu libro en España ... ¡Es maravilloso!—

—¡Gracias! Pero como todo en mi vida, también eso es el fruto de la ayuda de muchos: tu tía, mi profesor de fotografía,...—

—Tu—

—Si...también yo... ¿Te vas a quedar algunos días?—

—Parto mañana... Pero, si no te molesta, hoy puedo acompañarte...—

No. No le molestaba. Por el contrario, la perspectiva de pasar unas horas junto a aquel galán la excitaba y... ¿Y?

Al revés de lo que siempre había imaginado, ahora que no encarnaba el ideal de la mujer perfecta (escuálida y sonriente), le

era mucho más fácil ganar a un hombre. Claro que con unos kilos menos, dos horas de arreglo y ropa cara, todos se encandilaban. Pero la mayoría no valía la pena el esfuerzo, y los que sí, huían al chocarse con los demás. En cambio, desde que había hecho las paces con la comida, y se engalanaba sólo para sentirse bien, los que se acercaban eran aquellos que la hacían preguntarse: “¿será este?”.

Aunque había intentado enamorarse de varios, finalmente ninguno parecía el adecuado. Y es que ahora que se conocía a sí misma en profundidad, todos aquellos galanes le resultaban... ajenos.

Bueno... , todos, menos...

—¡Guillermo!—

Guillermo miraba la calle, confundido.

—¿No recuerdas el edificio donde vivo? Es este...—

—Creí que... ¡Se ve muy distinto!—

Dócilmente se dejó conducir por la entrada y comenzó a seguirla por los pasillos que llevaban a su apartamento. Miraba hacia todos los lados, tratando de compaginar aquellas imágenes con sus propios recuerdos. Sin embargo, como su dueña, el edificio parecía haberse vuelto luminoso.

Cuando la muchacha abrió la puerta de su piso, Guillermo enmudeció. No sólo por primera vez veía limpio aquel lugar, sino que ahora revestía una simplicidad diáfana, que invitaba al reposo. Una cama doble dominaba el espacio, adornada con finas sábanas blancas y múltiples almohadas. A un costado del cuarto, una mesa de poca altura, rodeada de cojines, daba al lugar un toque oriental, reforzado por la presencia de un

biombo con figuras chinas, y un delicioso jardincito, de donde provenía el rumor de un pequeñísimo curso de agua.

Guillermo recorría aquel sitio con el mismo recogimiento y embelezo que hubiera tenido si Renata le hubiera abierto las puertas de su alma. Adoraba aquel apartamento. Y, a pesar de que cada detalle lo sorprendía, lo sentía como propio. Un lugar donde podía llegar a ser feliz.

—¿Esta eres tu, disfrazada?—dijo, mientras observaba una de las múltiples fotografías en blanco y negro, que ahora vestían con arte las paredes blancas.

—No. Es mi abuela Josefina—

—Son iguales...—

—Si. Claro que ella, con ochenta kilos bien puestos, y mi misma altura, era la mujer más hermosa de su pueblo...—

Renata se paró a su lado, y él se emborrachó con su aroma fresco. No pudo decir palabra, así que se limitó a escucharla.

—¿Sabes?... Siempre me avergonzó nuestro parecido. Para mi ella era una especie de ballena gorda. Por eso ocultaba la foto... Incluso una vez intenté quemarla. Mira, aquí se ve la esquina carbonizada... ¡Que tonta! Recién ahora noto su belleza... Y, después de tantos años, finalmente puedo mirarla con verdadero orgullo... Como lo hacía mi madre—

Guillermo sentía que su sexo estaba a punto de estallar. Deseaba a esa mujer. Pero no sólo deseaba sus pechos llenos, o su culo firme... No, también deseaba su sonrisa, su mirada profunda, su voz grave y melodiosa... Deseaba su alma.

Quiso besar su boca y...

—¡Renata!...—

...quedó suspendido en el aire. La voz de una anciana había distraído a Renata en el preciso momento en que... ¡Vaya suerte la suya!

—Disculpa, veo que estás ocupada— dijo la señora Dina, que había entrado con una fuente en las manos.

Renata corrió a ayudarla.

—No me había dado cuenta de la hora— se excusó.

—Hay suficiente ensalada para dos. Y, si quieren, puedo traerles una torta de chocolate para el postre... O para el desayuno de mañana— agregó con picardía.

La anciana se retiró, pero sus palabras dejaron pensativo a Guillermo. ¿Cuántos hombres pasarían habitualmente por aquella casa?. ¿Cuántos se quedarían hasta el desayuno?. Nunca había sido celoso, pero...

¡Que estaba pensando! No tenía motivo para inmiscuirse en la vida sexual de Renata. Como siempre, se estaba tomando a esa muchacha muy en serio. Y no era su asunto. Él iba a volver a España... Todo aquel viaje no era más que una tontería de un loco soñador. ¿Qué buscaba allí? ¿Sexo?... No se viajaban más de doce horas sólo para llevarse a alguien a la cama. ¿Amor?... Eso era cosa de mujeres. Lo que él sentía por ella era...

—¿Por qué no vienes a comer?. No es tan incómodo como parece—

La voz profunda de Renata lo sacó de su ensueño. Sin que él lo notara había arreglado la mesilla, disponiendo todo para la cena. Había dos platos cuadrados, niveos, apoyados sobre

esterillas negras. Un pequeño ramillete daba color. Más allá, sentada en un almohadón, estaba ella, invitándolo a su lado.

No sabía lo que sentía, pero tenía muy claro lo que deseaba. La deseaba a ella.

La comida transcurrió entre charlas. Ahora que Renata había aprendido a mirar a través del ojo de una lente, tenían infinitos temas en común. Su visión se había vuelto aguda y sus palabras, fascinantes. Tenía una forma especial de retratar a la gente, de descubrirle el alma, y conservaba aquella sensibilidad tan fina que había encantado a Guillermo por el teléfono, a las tres de la tarde.

Para la hora del café Renata sorprendió a su invitado con una exquisita variedad de chocolates suizos.

—Creí que los tenías prohibidos...— dijo él, con una cierta inocencia.

—¿Por qué?... Me apasionan...— se defendió ella, mientras se sentaba a su lado.

Guillermo se acercó, hasta casi rozarla.

—¿Y es frecuente que sucumbas a la pasión?—

Su tono era íntimo, y su intención, evidente. Pero Renata prefirió ignorarla con gracia.

—Mis caderas atestiguan que es “demasiado” frecuente—

Pero él no quería dejar pasar la oportunidad.

—¿Para todo eres tan apasionada?— le dijo, casi al oído...

¡Demasiado cerca!.

El chocolate se estaba derritiendo en manos de Renata. Las palabras de Guillermo hacían arder su cuerpo. Las llamas surgían de su cabeza, rozaban sus muslos, y se metían en la profundidad de su sexo. Una experiencia extraña, pero placentera. Muy distinta a la que una vez había tenido junto a José Ignacio. No existía esa urgencia por el propio placer, sino un dulce abandono en el deseo del otro...

Renata tomó distancia, tratando de recomponerse. Después de todo, Guillermo iba a irse al día siguiente, y ella estaba segura de merecer mucho más que una sola noche de pasión.

—Es curioso lo que me ha ocurrido con los dulces...— comenzó a decir, con fingida despreocupación. —Antes los comía sin parar, aunque me sintiera mal..., aunque me desagradaran. Era casi como una obligación. Algo que hacía, convencida de que, a pesar de todo, me daba placer... —

Guillermo la miraba confundido. ¿Había venido de España para hablar de chocolate?

La muchacha siguió, indiferente a sus dudas.

—Ahora, en cambio, disfruto intensamente al comerlos. Primero los busco. Pero no con arrebato. Por el contrario, tengo un buen amigo que, ni bien llega alguna novedad a su tienda, la guarda celosamente para mí. Él sabe que sólo quiero lo mejor. El chocolate más fino, las almendras más sabrosas. No me conformo con menos... Una vez que lo he seleccionado, espero a encontrar la situación justa para comerlo: una charla con amigos, el final de una jornada agitada. Encuentro el momento, preparo la mesa, pongo música ...Entonces, cuando ya todo parece propicio, cuando nada me distrae, comienzo a saborearlo lentamente...Me dejo inundar por su dulzura. Me

deleito con su aroma. Disfruto su suavidad... Puede llevarme casi una hora paladear un bocado...—

A medida que la escuchaba, los sentidos de Guillermo se encendían. Su voz melódica, sus gestos suaves, la luz sobre su bello rostro, la forma en que su pelo caía sobre sus pechos, su respiración palpitante...

Intentó besarla con suavidad, pero la muchacha lo evitó con gracia.

—Y si todo ese trabajo me tomo para abandonarme al placer de un chocolate...,— concluyó, —...te imaginas cuanto más cuidado pongo cuando se trata de un hombre...—

Renata se apuró a ponerse de pie. La cercanía de Guillermo la llevaba adonde ella no quería ir (por ahora). Pero tampoco escapando estaba a salvo. A pesar de estar ya casi junto al patio, podía sentir el calor de su mirada, recorriéndola con deseo.

—Es increíble lo que has madurado desde... la última vez que estuve aquí— dijo él con profunda emoción. —Me arrepentí mil veces de no haber sido yo el que te diera aquella “segunda lección”—

—¡Me la diste! Me has enseñado que no vale la pena el sexo si se pierde la dignidad...—

—Bueno, al menos te ha servido de algo— dijo con decepción.

Guillermo se quedó pensativo. Nuevamente una duda cruel se instalaba en su alma. ¿Cómo habría sido esa primera vez que él había rechazado?

—¿Te molesta si me pongo a trabajar mientras charlamos?. Mañana tengo que entregar unas fotos antes de ir a la oficina y...—

Sin moverse de donde estaba comenzó a mirarla como nunca antes había mirado a una mujer. ¿Qué eran todos esos sentimientos que le ahogaban el alma?... Necesitaba poseerla... Meterse adentro de ella, de una forma en que nunca lo había hecho con otra. Quedarse en aquel cuarto para siempre, despertar a su lado. No tener que inventar excusas. No mentir, ni mentirse...

Divagaba. Nada tenía sentido.

—Me imagino que maestros no te habrán faltado...— dijo finalmente.

Gran error. Era lo último que debía decir. ¿Qué iba a pensar ella? ¿Qué tenía celos, o algo así?...

Renata tardó un momento en darse cuenta a que se refería. Su voz la había sorprendido mientras estaba sentada en la cama, rodeada de fotos que observaba con una lupa.

—No... Hubo muchos postulantes...—

—Y no sólo postulantes, también maestros, de seguro... No tan buenos como yo, pero... Me refiero... Yo puedo ser muy...—

Otra vez estaba diciendo tonterías. Manejando toda la situación como si nunca...

Renata comenzó a juntar las fotografías a su alrededor. Ya era hora de terminar la velada. La distancia no había apagado el fuego que tenía adentro. Por el contrario, cada palabra de él no

hacía más que avivarlo. El recuerdo de aquella noche interrumpida, en que había estado dispuesta a entregársele, le producía vergüenza pero, a la vez, excitación. Ya había recorrido demasiado camino como para equivocarse nuevamente. Tenía que acabar con ese juego peligroso, y debía hacerlo en ese mismo momento.

Se puso de pie, y Guillermo comprendió el mensaje. Abandonó su lugar, mientras se prometía a si mismo volver cuanto antes a España, sin mirar atrás.

Pero bastó que se le acercara para despedirse, para perder la cabeza.

—¿Cuántos hombres te han amado, Renata?— le dijo, tan cerca de su piel, que casi podía sentir el latido tumultuoso de su corazón.

Ella se dejó abrazar, intimidada.

—¿Cuántos te han hecho el amor?— insistió.

Renata temblaba de una forma tal, que Guillermo, en el mismo momento en que la rodeó entre sus brazos, tuvo la certeza de su inexperiencia. Esa no era Eni, la mujer de mundo. Esa era Renata, la chiquita asustada, la que “lo podía”.

Y fue esa tierna sensación de haber capturado su fragilidad lo que lo hizo desistir. No quería lastimarla. Quería... Quería...

“La” quería.

Ya no le alcanzaba con saciarse.

Necesitaba que ella sintiera placer.

Necesitaba que fuera feliz.

Necesitaba que lo necesitara, tanto, como él la necesitaba a ella.

Comenzó a besarla con dulzura. Su sexo estallaba, reclamando aquello a lo que estaba acostumbrado. Pero Guillermo supo acallarlo. Una vez más (la segunda de muchas), dijo que no.

Por aquella noche sólo iba a acariciarla.

Y desde aquella mágica noche, sólo la iba a amar.

EPÍLOGO

Ana Laura bajó con gracia del auto y comenzó a caminar por la calle arbolada, buscando su propio reflejo en cada escaparate. Los zapatos la estaban matando. Tenían un taco de diez centímetros y una punta afiladísima (habían sido diseñados, estaba segura, por algún cruel homosexual que sentía placer en torturar a las mujeres). Sin embargo, le quedaban monísimos con su falda corta y una chaqueta de cuero verde agua.

Tenía que comprarse algo para el evento de aquella noche, una cena de gala con un millón de periodistas. Tenía que lucirse porque iba a ir acompañada del dueño de una de las principales explotaciones ganaderas del país, un tal... ¿cómo se llamaba?... ¡Cómo fuera!. Seguramente iban a sacarle miles de fotos, y tenía que brillar.

Sonrió divertida. ¡Como siempre!. Nunca faltaba el tonto que, por mirarla, se llevaba algo por delante. ¡Estaba espléndida!. Lástima que los zapatos la estuvieran matando, y que la falda se le enrollara entre las piernas... Estaba haciendo un poco de calor para la chaqueta, pero no iba a arruinar su imagen llevándola entre las manos. Además...

—¡Ana Laura!—

—¡Guillermo!... Hace años que no te veo. ¿Dónde te habías escondido?—

Ana Laura contempló a su “ex” de pies a cabeza. Seguía tan apuesto como siempre, pero esos estúpidos pantalones de mezclilla y la camisa suelta no lo favorecían en absoluto.

—Un tiempo en España y los últimos meses en Norteamérica. Justamente ahora estoy a punto de volver para allá. Voy a hacer mi primer largometraje...—

—Ah, sí... He visto en el diario que te han dado algunos premios...—

—Algunos...— repitió él con una sonrisa que escondía su orgullo por los ocho premios obtenidos por su medimetroaje, en los mejores festivales internacionales del planeta.

—¿Y ahora te vas a convertir en director de Hollywood?... ¿Necesitas una estrella?. Yo podría...—

—Te lo agradezco, pero lo mío es más el cine experimental. Además, ya tengo mi propia estrella—

—¿No estás libre?... Creí que estabas libre. Tienes cara de estarlo—

—Más libre que nunca—

—Entonces podemos vernos antes de que partas—

—Ah, no.... ¿Te refieres a eso?... Llegaste tarde. Hace un año que me he casado—

—Oh... Todos se casan...—

—Allí mismo está mi mujer—

Guillermo la señaló con orgullo. Ana Laura se apuró a “chequearla”. Aquella “dama” no mediría mas del metro sesenta, llevaba el cabella suelto y desordenado, y debía pesar... ¿cincuenta y siete kilos? ¿cincuenta y nueve?...

—Pero, ella es... gorda— dijo, sin poder disimular su asco.

Guillermo la miró sorprendido, y sin responderle, llamó a su esposa.

—¡Renata, ven aquí!... Quiero presentarte a Ana Laura...—

—Hola—

—Dice que eres gorda...—

Ana Laura lo miró con espanto. Renata, en cambio, lo hizo con picardía, y por un minuto su mirada se cruzó con la de su marido en una adorable complicidad. Para sorpresa de la otra, ambos comenzaron a reír, encantados.

Ahora sí que no entendía nada. Definitivamente esos dos habían enloquecido.

Finalmente Renata se apiadó de su desconcierto y le dijo.

—Sí, Ana Laura. Soy gorda... ¡Y muy feliz!.... Deberías intentarlo—

Parada allí, en medio de la calle, con cuarenta grados y una chaqueta de cuero, Ana Laura, sin entender, los vió alejarse abrazados y resplandecientes.

¿Serían los zapatos nuevos los que la estaban haciendo delirar?

FIN